

Jazmín®

Almas gemelas

Cathie Linz

Almas Gemelas (2006)
Título Original: Lone star marine
Serie: Hombres de Honor 5º
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2040 – 7.6.06
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Tom Kozlowski y Callie Murphy

Argumento:

Al principio la creyó una molestia… luego se dio cuenta de que era la salvación de su vida…

Herido de guerra, el capitán Tom Kozlowski sólo buscaba algo de paz, pero con la sexy Callie Murphy como vecina, sus días eran cualquier cosa menos tranquilos. La maestra de guardería no comprendía que Tom no quisiera hacer nuevos amigos, sobre todo si eran tan encantadores y tentadores como ella.

Pero la amabilidad y comprensión de Callie iban a darle a Tom el valor necesario para recuperarse y, antes de que pudiera darse cuenta, estaría pensando en el futuro con una ilusión que jamás habría imaginado poder sentir….

Capítulo 1

TOM KOZLOWSKI oyó que llamaban a la puerta de su cabaña, pero decidió no hacer caso. Estaba de baja de su querido Cuerpo de Marines y no tenía que obedecer a nadie. Se había refugiado en el rancho familiar a las afueras de San Antonio para escapar de las miradas de compasión y de las sonrisas forzadas.

Volvieron a llamar. Tom siguió sin hacer caso. La tercera llamada tuvo un tono apremiante. Tom, molesto, abrió la puerta de par en par.

—¿Qué pasa? —gruñó.

—¡Por fin! —exclamó una voz femenina y muy animosa—. Me alegro de que esté aquí.

Él parpadeó ante una visión tan sexy. Ella llevaba unos vaqueros ceñidos que resaltaban su magnífico cuerpo y una camiseta sin mangas debajo de la chaqueta vaquera. Era pelirroja y tenía unos labios irresistibles.

—¿Qué quiere?

—Me ha mandado su hermano Striker —contestó ella con una sonrisa mientras entraba.

Tom tuvo que agarrarse al marco de la puerta para no perder el equilibrio.

Hacía un rato, él había estado hablando con su hermano por el móvil. Striker no le había dicho nada de que fuera a mandarle a alguien. ¿Se suponía que esa mujer era una sorpresa? Striker ya le mandó una vez una bailarina de strip—tease.

—Te ha mandado Striker, ¿eh?

—Efectivamente.

—¿Cómo te llamas?

—Callie.

—Muy bien, Callie, ¿quieres quitarte la chaqueta?

—Sí, me parece que hace un poco de calor.

Él la observó mientras se quitaba la chaqueta vaquera y la dejaba en una silla.

Parecía un poco desconcertada, como si no supiera qué hacer después.

—Ya me conozco los pasos —intentó tranquilizarla Tom—. Puedes ir al grano.

—¿De verdad?

—Claro —Tom asintió con la cabeza.

—Sé que tu tiempo es oro...

—También lo es el tuyo.

Ella sonrió de oreja a oreja. Fue una sonrisa que lo conmocionó con la fuerza de una granada de mano. ¿Qué estaba pasando? Él tuvo

la extraña sensación de que la conocía, aunque estaba seguro de que no la había visto jamás.

—Gracias por decirlo —replicó ella—. No sé qué te habrá dicho Striker de mí...

—Poca cosa...

—Bueno, muchas veces se interpreta mal a la gente que hace mi trabajo.

—Puedo imaginármelo...

Lo que estaba imaginándose eran las manos de ella que agarraban el borde de la camiseta y se la quitaba por encima de la cabeza.

—No nos toman en serio —añadió ella.

—Yo no cometeré ese error.

Tom pensó que quizá fuera una estudiante que intentaba pagarse los estudios en la universidad.

—Eres muy amable. ¿Sabes una cosa? Aunque acabamos de conocernos, tengo la sensación de conocerte de antes.

—A mí me pasa lo mismo.

La otra chica que le mandó Striker lo acarició de arriba a bajo y él no reaccionó, pero Tom estaba completamente alterado sólo de mirar a Callie.

—A mucha gente no le parece que lo que hago sea enseñanza.

—Estoy seguro de que este encuentro será muy formativo.

Tom le puso una mano en el hombro y la estrechó contra sí mientras se apoyaba en el bastón con la otra mano. Ella dio un traspiés, hizo que él perdiera el equilibrio y los dos cayeron en el sofá.

—¡Perdona! —ella se zafó de Tom—. ¿Te he hecho daño?

Callie se inclinó para mirarlo más de cerca. Tom aprovechó la ocasión, pero sus labios casi ni rozaron los de ella por el empujón que le dio.

—¡Eh! —Callie se irguió y lo miró como una pantera—. ¿Qué te has creído?

—Quería... besarte... —a Tom no le salían las palabras.

—¿Estás borracho?

—No.

No podía tomar alcohol con la medicación. Su enajenamiento se debía a la proximidad de ella. Tenía algo que no le dejaba pensar con claridad. No era sólo su belleza. Ya había visto otras mujeres guapas. Ella, en abstracto, lo obnubilaba.

Algunos hombres de su familia tenían la costumbre de enamorarse a primera vista, aunque les costara reconocerlo. Él no quería que le pasara lo mismo, sobre todo cuando no tenía nada que ofrecer a una mujer.

—¿Qué te hace pensar que tienes derecho a besarme? —le preguntó Callie.

Tenía razón. Él no era un experto en ese tipo de situaciones y detestaba sentirse como un idiota.

—¿Tengo que pagar más por los besos? Si es así, me parece bien. Dime cuánto.

—¿Pagar? —Callie estaba roja de ira—. No hay dinero suficiente en todo el estado de Texas.

—Mira, no te pongas soberbia. Tú has llamado a mi puerta.

—Sí, tu hermano Striker me ha mandado.

—Ya, también me mandó la otra bailarina de strip-tease.

—¿Cómo?

Tom parpadeó ante el alarido.

—No soy una bailarina de strip-tease.

Callie agarró su chaqueta vaquera y se la puso bruscamente como si fuera a protegerla.

—Entonces, ¿a qué has venido?

—A recoger la llave de la cabaña norte. Striker me dijo que la tenías tú.

Tom frunció el ceño como si intentara comprenderlo.

—¿Por qué quieres la llave?

—Porque he alquilado la cabaña durante el verano.

Callie se dio cuenta de que a Tom no le hacía gracia. Era una pena, pero a ella tampoco le había hecho gracia que la confundiera con una bailarina de strip—tease.

Ni que él le gustara cuando abrió la puerta. Aunque había habido algo más que atracción física.

Le parecía como si lo conociera, pero seguramente sería porque había oído hablar mucho del oficial intachable de los marines.

Últimamente, Striker le había hablado mucho de las heridas de su hermano pequeño y de las tres operaciones que le habían hecho para arreglarle la pierna.

Había visto fotos de él de uniforme de gala y el pelo cortado a cepillo.

En ese momento, tenía otro aspecto. Parecía un ángel caído en desgracia. Tenía el pelo más largo y el rostro más anguloso. También tenía una cicatriz en la mejilla derecha que le daba un aire rudo.

Sin embargo, fueron sus ojos lo que la impresionaron. Tenían la mirada de quien ha pasado por mucho sufrimiento, como los de un guerrero herido.

Llevaba unos pantalones de algodón y una camiseta remangada que dejaba ver sus musculosos brazos. Aunque estaba apoyado en un

bastón, tenía una presencia increíblemente poderosa que hacía que se estremeciera.

Ella no era de las que perdían la cabeza por un marine sexy. Allí estaba pasando otra cosa, algo más. Había sentido una atracción increíble hacia él, como si notara que en él había mucho más de lo que se podía ver superficialmente.

—La cabaña norte está sólo a unos veinte metros de aquí —puntualizó Tom.

—Ya lo sé.

—No puedes quedarte. Ha tenido que haber algún error.

—Efectivamente. El enorme error ha sido que me confundieras con una bailarina de strip-tease.

—Tú dijiste que la gente solía confundirse con tu trabajo y que no te tomaba en serio.

—Me refería a mi trabajo de profesora de jardín de infancia.

Ella no se parecía a ninguna de las profesoras de jardín de infancia que él había visto. Solían ser afables y asexuales, ¿no?

—Llama a tu hermano y confírmalo si no me crees.

Tom empezaba a sentirse como un idiota por haber sacado conclusiones precipitadas.

—Es lo que estaba pensando hacer.

—Adelante...

Striker contestó inmediatamente.

—¿Quién es está mujer que me has mandado? —le preguntó Tom.

—¿Callie? Ha alquilado la cabaña norte para el verano. Le dije que pasara por tu cabaña para recoger la llave.

—Gracias por decírmelo con tanta antelación... —gruñó Tom.

—¿Pasa algo?

—Sí, no esperaba tener vecinos.

—No es culpa de Callie. Se amable con ella. Es la nieta de Tex.

—¿Tex?

—Mi secretaria ejecutiva.

—Ésa soy yo —anunció una mujer mayor desde la puerta.

Era casi diminuta, pero cruzó la habitación para mirarlo de cerca con el porte de un general.

—La puerta estaba abierta y he entrado para ver qué estaba pasando y por qué tardaba tanto en recoger una llave —añadió la mujer.

—El señor Kozlowski no me esperaba —explicó Callie.

—Capitán Kozlowski —le corrigió Tom.

—No te hagas el marine duro conmigo —intervino Tex—. No me impresiona lo más mínimo.

—¿Ésa que oigo es Tex? —le preguntó Striker a Tom.

—Efectivamente.

—Pásamela.

—Striker quiere hablar con usted.

Tom le pasó el teléfono y se alejó renqueando.

Callie aprovechó que Tex estaba hablando por teléfono y se acercó a Tom.

—No le digas a mi abuela que me has confundido con una chica de ésas.

Como si él fuera a cometer semejante estupidez...

—Le enfurecería —aclaró Callie.

—Te pido perdón por la confusión —dijo Tom con cierto bochorno.

—No sabía que estabas esperando... a alguien así...

A Tom le sonó como si ella pensara que tenía la costumbre de recibir ese tipo de chicas.

—No estaba esperando a nadie.

—¿No? ¿Siempre das por supuesto que las mujeres que llaman a tu puerta son unas... ya sabes...?

Evidentemente, ella no quería decir la palabra por si la oía su abuela.

—Claro que no.

—Entonces, ¿lo pensaste por mí? —el tono pasó a ser burlón—. ¿Es por mi forma de vestir? Me gustaría saberlo para que no vuelvan a confundirme.

—Muy graciosa —su ironía no sonó tan cortante como le hubiera gustado a él.

—¿Te pasa algo? —ella lo miró con detenimiento—. Pareces pálido.

—Sólo necesito un poco de tranquilidad.

También necesitaba un cuerpo biónico, se dijo él. Se sentía como si un tren hubiera pasado por encima de su rodilla una y otra vez.

Es lo que le había pasado por querer correr antes de poder andar. Había tenido ganas de echarse a correr y lo había intentado, aunque no llegó muy lejos.

Los fisioterapeutas del hospital militar de San Antonio, donde había ido todos los días a hacer la rehabilitación, le habían advertido que no lo hiciera. Sin embargo, él era un marine y el dolor era una debilidad...

—¿Necesitas tranquilidad? Perfecto —Callie se alejó de él—. Dame la llave y nos iremos en un abrir y cerrar de ojos.

Tom señaló a un gancho que había en la pared.

—Ahí la tienes.

—Striker quiere hablar contigo —Tex le pasó el teléfono—. Bienvenido a Texas.

Tom esperó a que las dos mujeres se fueran y se dejó caer en el sofá. La rodilla le dolía como un demonio y lo pagó con su hermano mayor.

—¿Por qué has alquilado la cabaña norte? Sabes que vine aquí para alejarme de la gente.

—Callie no es gente. Es casi de la familia.

—Te aseguro que no sentí nada familiar hacia ella.

Tom seguía sin poder describir lo que había sentido cuando rozó sus labios, pero había sido algo inolvidable y él no podía permitirse nada inolvidable, por el momento.

Su futuro estaba en el aire. Él ya no sabía ni quién era ni qué se planteaba en la vida.

—No habrás hecho alguna tontería, ¿verdad? —le preguntó Striker.

—¿Te refieres a si la he confundido con una bailarina de striptease?

—Dime que no lo has hecho... —gruñó Striker.

—Pues sí lo he hecho.

Tom cerró los ojos y se frotó la rodilla con la mano.

—¿Se ha enterado ella?

—Efectivamente.

—¿Por qué has pensado eso?

—Porque eso era la última chica que me mandaste.

—Sí, pero Callie...

—Es muy guapa y dijo algo que me hizo creer que trabajaba en eso.

—Pero si es profesora de jardín de infancia...

—¿Cómo iba a saberlo yo?

—Preguntándoselo.

—Perdóname si no estaba de humor para conversaciones.

Tom oyó una voz por detrás de Striker.

—Kate quiere saber si te has tomado la medicación contra el dolor —le aclaró su hermano.

Kate era la mujer de Striker, abogada y de una rica familia con un rancho por la zona. Tenían un hijo de tres años, Sean, y estaba embarazada de ocho meses. Kate había estado ocupándose de Tom desde que él llegó al rancho.

—O si sigues siendo tan cabezota y majadero con ese asunto —añadió Striker.

—No creo que haya dicho eso.

—Da igual, contesta.

Tom se crispó ante el tono imperante de su hermano. Era como si Striker no aceptara que ya era adulto. Se preguntó si no se habría equivocado al ir allí. Había podido elegir entre el rancho o la casa de la playa de Striker. Incluso habría podido ir a la casa de sus padres en Chicago.

También podría haberse olvidado completamente de la familia.

Tom oyó que Kate reñía a su marido y le decía que fuera amable con él antes de arrebatarle el teléfono.

—Hola, Tom. ¿Qué tal estás?

—¿Cómo puedes vivir con él? —le preguntó Tom.

—Me gusta desde que tengo diecisiete años —contestó Kate entre risas.

—Eso lo explica todo.

—Bueno, ¿qué tal estás?

—De maravilla.

—¿Te has tomado la medicina? —le preguntó ella con tono preocupado.

—Ya la tomaré.

—Ya sé que la detestas, pero es lo mejor para que te cures.

Tom no estaba seguro de que fuera a curarse jamás y no podía soportar la debilidad. Era un marine, una raza aparte, instruido para seguir un inflexible código de honor, valor y disciplina. Estaba curtido en mil batallas.

—Tom, llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo? —añadió Kate.

—De acuerdo.

Sin embargo, su cuñada no podía ofrecerle lo que él necesitaba. Nadie podía.

Necesitaba volver a sentirse entero y en lo más profundo de sí mismo dudaba que eso fuera a ocurrir.

—¡Caray! —exclamó Tex mientras Callie abría la puerta de la cabaña norte—.

El hermano pequeño de Striker está como un tren.

—¿Sí…? No me he fijado.

—Ya, y yo me chupo el dedo. ¿Crees que no me he dado cuenta de la tensión que había entre los dos? ¿Qué pasó?

—Nada.

Era una tontería, y peligroso para el corazón, establecer una relación con un hombre que acababa de conocer. Sobre todo, cuando a él le fastidiaba que ella hubiera alquilado esa cabaña. Callie no se dio cuenta de que había hablado en voz alta hasta que oyó la pregunta de

Tex.

—¿Qué quieres decir con que le fastidia? —Tex se puso en jarras como si quisiera pelea—. ¿Qué pasa? ¿Le parece que no eres suficiente para venir aquí?

—No, en absoluto. Creo que no quiere que venga nadie. Me parece que quiere estar solo.

—El y Greta Garbo. ¿Dónde dejo esta caja?

—Déjame, pesa demasiado.

Callie intentó arrebatársela, pero Tex no la soltó y la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Estás insinuando que soy una vieja?

—Claro que no.

Callie no iba a meterse en esa discusión. Tex era muy sensible con el asunto de la edad.

—Entonces, dime dónde la dejo.

—En la cocina.

Callie había dejado casi todas sus cosas en un guardamuebles y sólo se había llevado lo esencial para pasar esos tres meses hasta que su casa nueva en la ciudad estuviera terminada. El mal tiempo había retrasado las obras. Su casa nueva tenía que haber estado terminada cuando le venciera el contrato de alquiler, pero las cosas se habían torcido. Tex le comentó a Striker el problema de su nieta y éste se ofreció inmediatamente a alquilarle la cabaña vacía.

Normalmente, Callie no se habría aprovechado de la situación, pero no tenía otra alternativa. A su padre, un representante de herramientas, acababan de destinarlo a Dallas y no podía quedarse con él. Su madre murió en un incendio cuando Callie tenía diez años y su padre la había criado solo. Él siempre le había hecho sentirse como la niña de sus ojos y que siempre estaba dispuesto para cualquier cosa, incluso cuando él estaba de viaje y ella tenía que quedarse con su abuela Tex.

Callie no creía que su padre hubiera aceptado bien que Tom la hubiera confundido de aquella manera. Sin embargo, ella no iba a guardarle rencor por eso.

Ella, a pesar de tener una familia adorable, sabía lo que era sentirse completamente sola y no querer que nadie lo supiera. Había captado esa sensación en la mirada de Tom y había sido como un dardo disparado a su corazón.

Tom pasó otra noche espantosa, pero ya estaba acostumbrado. Como a las pesadillas en las que revivía el fogonazo rojo, los pitidos en los oídos, la sordera y la inmovilidad, la pierna ensangrentada... Detestaba recordar esas imágenes. Por eso rechazaba reconocer qué

había pasado. En cambio, todas las mañanas borraba su mente como si fuera la pizarra con la que jugaba su sobrina Amy.

Amy era la hija de su hermano Ben. Ben la adoptó cuando se casó con Ellie.

Tom no pudo ir a la boda, pero sí estuvo cuando renovaron los votos en su primer aniversario.

Ellie estaba embarazada y, según creía, la familia Kozlowski había cruzado apuestas sobre quién daría a luz antes: Ellie o Kate. Los dos nacimientos estaba previstos para finales de junio.

Tom era el único Kozlowski que seguía soltero. Incluso Steven, su hermano gemelo, había pasado por el aro y se había casado con una bibliotecaria. No era el tipo de mujer que Tom habría dicho que le gustaría a Steve y mucho menos que amaría.

Tom no tenía previsto casarse. Era un marine con dinero, fruto de una herencia de su abuelo Hank King, un magnate del petróleo, y tenía bastante aceptación entre las mujeres. Algunas lo habían rondado incluso después de la lesión, pero él había visto la aversión en sus ojos. Las había mandado a paseo.

Excepto a Penny. Ella le hizo daño cuando él estaba en su momento más vulnerable, cuando se enteró de que no volvería a mandar su compañía. Primero lo consoló y luego lo traicionó. Le enseñó una lección inolvidable: la vulnerabilidad significa debilidad.

Tom se levantó de la cama y casi pisotea a su perro Arf que estaba dormido en la alfombra junto a la cama. Arf tampoco había entrado en sus previsiones, pero acabó quedándose el chucho. Striker intentó convencerle de que era un tipo de perro faldero, pero Tom se negó a aceptarlo. Era imposible que un marine estuviera con perrito de niñas. Arf era un chucho muy leal y callado. Casi no ladraba, se limitaba a mirarlo con adoración. Para Tom, eso era más que suficiente.

—El desayuno se sirve a las seis —le dijo al perro—. ¿Estás preparado?

Primero, tenía que sacarlo para que hiciera sus cosas y el perro ya estaba en la puerta.

—Ya voy, ya voy…

Una de las cosas que más le costaba aceptar era tener que moverse tan despacio.

—Ya está.

Tom abrió la puerta y se quedó mirándolo vestido sólo con sus calzoncillos azul marino.

Entonces se dio cuenta de que no era el único que se había levantado tan temprano.

Arf corría hacia Callie, que estaba de espaldas a ellos.

—¡Cuidado! —gritó Tom.

Callie se dio la vuelta y Tom pudo ver sus ojos fuera de las órbitas al verlo en ropa interior. También vio el salto de Arf. Al principio creyó que el perro había tumbado a Callie, pero luego comprendió que ella tenía que haber perdido el equilibrio porque Arf era tan pequeño que no tumbaría ni una florecilla del campo.

Tardó un rato en llegar hasta donde estaba Callie, que seguía sentada en el suelo polvoriento, riéndose y con Arf lamiéndole la cara.

—Lo siento —se disculpó Tom—. Arf, déjala, siéntate. No, encima de ella, no.

Callie se rió.

—No sabía que tenías un perro.

—Casi no llega a la categoría de perro.

—Ayer no lo vi en tu cabaña.

—Estaba dormido y nada puede despertarlo. Vamos, . Arf, siéntate.

El perro obedeció y se sentó mirando a Tom con expectación.

—Dame la mano, te ayudaré a levantarte —Tom extendió la mano —. No estoy tan maltrecho como para no poder ayudarte —añadió él al ver que ella dudaba.

Callie no pensaba que estuviera maltrecho. Al contrario, pensaba que estaba demasiado sexy a esas horas de la mañana.

Le dio la mano y él la levantó con delicadeza. Con tanta delicadeza que ella acabó a escasos centímetros de su cuerpo casi desnudo.

Tom tenía unas espaldas anchísimas y en su cara se notaba la sombra de una barba incipiente. Irradiaba calor.

Ella vio en su pecho las cicatrices, bastante borrosas, de metralla. Sin embargo, las cicatrices de su pierna derecha eran mucho más rojas e impresionantes, eran el recuerdo de una operación reciente.

Él estuvo a punto de morir y ella no lo habría conocido. Sintió una punzada de dolor por él. Le habría gustado tener una varita mágica para quitarle todo el dolor.

No sentía lástima por él, ni mucho menos. No podía dejar de mirarlo a los ojos aturdida por los inesperados estremecimientos de placer que notaba en la espina dorsal.

Tenía unos ojos increíbles. Eran una mezcla de marrón claro y verde. Algunas personas habrían dicho que eran color avellana, pero ella había visto ojos color avellana y no eran tan fascinantes como aquéllos.

—¿Estás bien?

También tenía una voz bastante increíble; profunda y cavernosa.

Ella asintió con la cabeza y se dio cuenta de que estaba cayéndosele la baba mientras lo agarraba de la mano. Se soltó

precipitadamente.

—Sí, estoy bien.

—Lo siento. Arf no quería hacerte daño. Sería incapaz de hacer daño a una mosca.

Qué encantador, acababa de compararla con una mosca. Evidentemente, él no estaba tan impresionado con ella como lo estaba ella con él.

—Arf sale todas las mañanas a echarse una carrera. Espero que no te importe.

Callie negó con la cabeza, pero tuvo la impresión de que podría importarle tener que reprimir lo que sentía por un guerrero herido que no quería tenerla cerca.

Capítulo 2

TOM decidió que hacía mucho tiempo que no tenía una mujer entre los brazos y que por eso había sentido algo tan intenso por Callie. Era la única explicación lógica. Además, había vuelto a tener esa extraña sensación de conocerla. Sin embargo, si la conociera, la habría recordado. Estaba seguro. Como estaba seguro de que ella era un problema que él no podía permitirse en ese momento.

—¿Qué haces aquí fuera? —le preguntó él con cierta exasperación.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Te importa que esté aquí?

La mirada de ella dejaba muy claro que no iba a aceptar una respuesta afirmativa.

—Quería decir que qué hacías, literalmente. Parecía como si estuvieras boxeando contra tu sombra a cámara lenta.

—¿No has oído hablar del tai chi?

—¿No es una bebida?

—Eso es el té chai. El tai chi es una forma de meditación oriental y un ejercicio.

Estimula tu energía natural.

Tom se sentía plenamente estimulado y lo había conseguido sólo con verla con los pantalones cortos y la camiseta que se ceñía a sus abundantes pechos, de forma que dejaba en evidencia que no llevaba sujetador. Tenía la piel pálida típica de las pelirrojas y llevaba el pelo recogido con desenfado.

Sin embargo, el no se sentía desenfadado. Había visto muchas mujeres hermosas en su vida, pero ninguna le había afectado tanto como aquélla.

—El tai chi clásico se basa en la filosofía del yin y el yang —le explicó ella con tono didáctico—. La cual afirma que para conseguir el equilibrio natural, todo tiene que entrar en contacto con algo de naturaleza opuesta.

Tom se preguntó si eso era lo mismo que la atracción de los polos opuestos. Él era un hombre y ella una mujer... Un embrollo. Ella era un embrollo.

—La conexión entre el yin y el yang está en los torsos. Mi profesor nos ha explicado que hemos perdido contacto con los torsos. Sólo pensamos en la destreza de los pies y las manos, pero nos olvidamos del torso.

Callie se pasó las manos de los hombros a las caderas para ilustrar su argumento.

Él ya estaba bastante fascinado con su torso.

—Mi profesor dice que el torso es la parte anodina de nuestro cuerpo.

Había que estar ciego para decir semejante cosa de Callie.

—Los estudios dicen que el tai chi baja la presión arterial, reduce el estrés y da equilibrio.

Ella lo miraba de una forma extraña y Tom pensó que tenía que decir algo.

—Podrías enseñárselo a Arf. Le vendría bien un poco de equilibrio. Sólo tiene dos velocidades: o está parado o está disparado. Sólo está parado cuando está dormido. Como ya te he dicho, nada lo despierta, pero cuando se despierta...

Tom se calló al darse cuenta de que estaba balbuciendo. Era grotesco. ¿Se había olvidado de hablar con una mujer? Naturalmente, casi nunca había confundido a una mujer con una bailarina de strip—tease.

Tom se aclaró la garganta.

—En cualquier, caso te pido perdón porque Arf te haya tirado al suelo.

—Sólo me asustó. No me ha hecho daño.

—Claro —Tom notaba la lengua tan torpe como su perro—. Parece que va a hacer mucho calor.

Callie asintió con la cabeza.

—Sí. Bueno, como no me vaya llegaré tarde al trabajo.

—Claro —repitió Tom.

Tom se quedó mirando a Callie, que iba hacia su cabaña.

—La que has montado —le riñó Tom a Arf, que lo miraba con la lengua fuera

—. ¿No sabes que es de mala educación poner las manazas en una mujer sin su permiso?

Arf jadeó.

—No lo repitas, ¿entendido?

Arf levantó la pata y evacuó al lado del pie de Tom. Él soltó un juramento y se dijo que había días que era mejor no levantarse de la cama.

—¿Qué has hecho?

La pregunta la formuló Paula Gutiérrez, una profesora que estaba tomando café con Callie antes de que llegaran los alumnos. Paula llevaba más tiempo en el jardín de infancia. Tenía el pelo corto y moreno, la cara redonda y siempre estaba sonriente. Era una de las favoritas de los alumnos y del personal. Callie había congeniado con ella desde el principio.

—Esta mañana he hecho el ridículo —reconoció Callie.

—¿Cómo lo has hecho exactamente?

—Le he soltado un rollo sobre tai chi a Tom.

Callie ya le había explicado quién era Tom.
—¿Qué ha dicho él?
—Nada. Se ha quedado medio desnudo y mirándome.
—¿Qué mitad llevaba desnuda?
—La superior. Ya te lo había dicho.
—Intentaba hacerme una idea más clara.
—Era digno de verse.
Callie no pudo evitarlo. Si cerraba los ojos, todavía podía verlo con cara de pasmo y unos calzoncillos azul marino.
—¿Realmente pensó que eras una bailarina de strip—tease?
Callie abrió los ojos como impulsados por un resorte.
—Acuérdate de que me has prometido no decírselo a nadie.
—No lo haré. Aunque sería un tema muy bueno para la revista interna.
Callie la amenazó con el paquete de azúcar antes de • echar un poco en la taza roja que le había regalado su clase el año anterior.
—Así que está bien, ¿eh?
Callie sacudió la cabeza.
—Eso es decir poco. Está para caerse de espaldas, pero no es muy simpático.
—Tiene un perro. No puede ser tan malo.
—No le gusta tenerme de vecina.
—¿Por qué?
—No creo que sea nada contra mí.
—¡Eso espero! —Paula parecía indignada.
—Creo que le gusta estar solo —aclaró Callie.
—¿Cuánto falta para que terminen tu casa de la ciudad?
—Hasta agosto. Al menos eso me dijeron la última vez.
—Ya sabes que si yo tuviera una habitación libre podrías haberte venido a mi casa.
Paula, su marido y sus dos hijos estaban como sardinas en lata en una casa muy pequeña de dos dormitorios.
—Ya lo sé —Callie le dio un abrazo—. No te preocupes, todo saldrá bien.
—¿Entre tú y el marine?
Callie negó con la cabeza.
—Puedes estar segura de que no voy a tener una historia con un tipo rico, y este tipo es muy rico. Ha heredado parte de la fortuna de King Oil.
—¿Qué tienen de malo los tipos ricos?
—Creen que son los dueños del mundo. Es una actitud que no me gusta.

—¿Cómo lo sabes?

—Fui a un instituto muy selecto gracias a una beca. Estaba lleno de niños ricos que disfrutaban haciéndome la vida imposible.

A veces, Callie seguía oyendo aquellos insultos. Dio un portazo a esos recuerdos.

—Los niños ricos no son los únicos matones —puntualizó Paula.

—Ya lo sé.

—¿Ese tal Tom te parece matón? —le preguntó Paula.

—No, pero sería un disparate tener algo con él.

—¿Es el hermano al que hirieron en una emboscada en Oriente Próximo?

Callie asintió con la cabeza.

—¿Cuántos hermanos son?

—Cinco. Tom es el más pequeño.

—Pareces una experta en la familia.

—Todo gracias a mi abuela…

—¿Te examina sobre los Kozlowski?

Callie se rió.

—Casi. Tiene debilidad por Striker. Es su jefe.

—¿Sabe tu abuela que Tom te confundió…?

—¿Estás loca? No se lo diría en mi vida. Se pondría como una furia. Además, Tom se ha disculpado.

—Antes de azuzarte al perro…

—No hizo tal cosa. Es una monada.

—¿El marine?

—El perro. Ha llegado la hora de ponerse manos a la obra.

—¿Con el marine?

—No, con algo mucho más complicado —Callie sonrió—. Con veinte niños inagotables.

—¿Has insultado a alguna mujer últimamente? —le preguntó Striker por el móvil unas horas más tarde.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Qué te han contado?

¿Le habría dicho Callie a su abuela que el perro la había atacado o algo así?

—Nada, no me han contado nada, pero parece como si tuvieras sentimiento de culpa.

—Y tú pareces como una cabra. ¿Qué quieres?

—Incordiar, pero también quiero que me ayudes en una cosa.

—¿Qué cosa? —le preguntó Tom con recelo.

—No es gran cosa.

—Perfecto. Entonces, que te lo haga otro…

—Ni siquiera sabes qué voy a pedirte.

—Ya sé que no quiero hacerlo.

—¿Desde cuándo sólo hacemos lo que queremos?

Tom quiso contestarle que desde que casi le arrancan la pierna, pero eso era mostrar una debilidad que no se permitía consigo mismo y menos con su hermano.

—Muy bien —gruñó Tom—. ¿Qué quieres que haga?

—Recoger a alguien que tiene el coche en el taller.

Striker lo dijo con una naturalidad que a Tom le pareció muy sospechosa.

—¿Quién es ese alguien?

—¿Te importa?

—Si voy a tener que recoger a alguien, tendrás que decirme quién es...

—Primero dime que lo harás —replicó Striker.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque te lo he pedido.

—Una vez me pediste que saltara del tejado del garaje y no lo hice.

—Eso era un reto. Algo muy distinto.

—Una idea casi igual de absurda.

—Eso dirás tú.

—Lo único importante en este momento es lo que yo diga.

—Es algo muy sencillo.

—También lo era saltar del tejado.

—Sólo tienes que recoger a una persona en el trabajo y llevarla a un taller que está a unos kilómetros.

—¿Esa persona tiene nombre?

—Sí.

—¿Vas a decírmelo?

—Es Callie, la nieta de mi secretaria ejecutiva. La profesora de jardín de infancia.

—Que no es una bailarina de strip-tease...

—Has tenido suerte de que Tex no se haya enterado de tu traspié.

—¿Traspié? —se burló Tom—. Cada día pareces menos un marine.

—Ándate con ojo —gruñó Striker.

—Puedes meterte con los demás, pero los demás no pueden meterse contigo,

¿eh?

—Puedo encajar cualquier cosa que me digas, hermanito.

—Excepto sobre Tex.

Striker se aclaró la garganta.

—Tocado... —Tom sonrió.

—No hagas nada que pueda molestarla —le avisó Striker—. Ni a

Callie...

—En ese caso, lo mejor sería que te buscaras a otro para que te hiciera ese favor.

—No hay nadie que pueda ir. Si no, ya lo habría buscado.

Tom no sabía si sentirse halagado u ofendido por ser el último de la lista para ese encargo.

—Muy bien, dime qué tengo que hacer.

Striker le dio una dirección.

—Tu todoterreno tiene sistema de navegación, mete la dirección y te dirá cómo ir.

Últimamente, Tom detestaba que le dijeran a donde ir.

—No te retrases —añadió Striker.

—No te preocupes, te protegeré de la atroz Tex.

Tom se rió del insulto que le soltó su hermano antes de colgar.

Al cabo de unos segundos, el móvil de Tom volvió a sonar.

—¿Lo has pensado mejor? —preguntó Tom, que dio por supuesto que era su hermano.

—¿Pensarlo mejor? —preguntó su madre—. ¿El qué?

—Nada. He creído que eras otra persona.

—¿Alguien que yo conozca?

—Tu hijo mayor.

—Ah, Striker. ¿Qué tal os lleváis?

Tom y Striker siempre se habían llevado como el perro y el gato. Quizá fuera porque Striker era el mayor y Tom el menor; quizá fuera porque los dos eran igual de cabezotas o quizá fuera por el incidente del garaje.

—Muy bien —contestó Tom.

—Tenemos pensado ir al rancho dentro de un par de semanas, para el nacimiento del hijo de Striker y Kate. Iremos en la caravana, claro.

—Claro —Tom sabía que a sus padres les encantaba su caravana.

—¿Quieres hablar con tu padre?

—Muy bien...

Stan Kozlowski se parecía mucho a sus hijos. Había sido marine y era cabezota, orgulloso, honrado y valiente.

—¿Qué tal? —le preguntó su padre con una voz atronadora.

Tom se lo imaginó al instante. Granítico y con el pelo cortado a cepillo, aunque ya un poco canoso, seguía teniendo una presencia imponente e irradiaba autoridad.

—Bien —contestó Tom—. Todo bien.

—Me alegro. Te paso a tu madre.

Su padre no era muy aficionado al teléfono.

—A lo mejor vamos por otro camino y paramos en Arkansas.

Nunca hemos estado allí.

—¿Seguís empeñados en conocer los cincuenta estados con la caravana?

—Sí, pero puedes llamarnos al móvil si quieres algo.

—Ya lo sé.

—Soy tu madre y mi obligación es preocuparme por ti y por todos mis niños.

—Ya no somos niños.

—También yo lo sé —su madre suspiró—. Todos estáis casados y con hijos.

—Yo, no.

—Por el momento...

—Por una buena temporada —aseguró Tom rotundamente.

—¿Por qué?

—Por muchos motivos. No tengas prisa en casarme.

—No la tengo, sólo quiero que seas feliz.

Tom no supo contestarla. Lo único que podía hacerle feliz era lo único que no podía conseguir. No podía recuperar su vida de antes.

Tom, sentado en su todoterreno, observó la bandera americana que ondeaba delante del colegio. Los niños seguían en clase y Callie con ellos.

Sonó una campana, las puertas se abrieron de par en par y los niños salieron en tropel. La marabunta de niños hizo que Tom se preguntara qué sentiría si tuviera un hijo. Era maravilloso tener un sobrino y una sobrina, pero ¿cómo sería ser padre?

Se asustó al oír un golpecito en la ventanilla. Normalmente, como consecuencia de su formación, siempre estaba atento a todo lo que lo rodeaba. Estaba ablandándose, ¡estaba pensando en tener un hijo!

La mujer volvió a golpear en la ventanilla y él, de mala gana, la bajó.

—Hola —lo saludó ella con una sonrisa—. ¿Está esperando a alguien?

—Sí, señora.

—¿Es el padre de algún niño? No lo he reconocido, disculpe.

—No tiene que disculparse. No soy un padre.

—¿No? —ella lo miró con recelo y el móvil en la mano—. ¿A quién está esperando?

—A Callie. Da clase aquí.

La mujer relajó el gesto y volvió a sonreír.

—¿Es usted el capitán Tom Kozlowski?

Él parpadeó.

—Lo es, ¿verdad? Encantada de conocerlo. Mi cuñado es marine.

Los marines eran como una piña, aunque la gente creyera lo contrario, pero no se conocían todos.

—¡Rosie, ven! Es el capitán Kozlowski. Hemos oído hablar de usted —le explicó la mujer sin nombre.

—¿A quién?

—A Tex.

—¿A Tex?

¿Acaso la secretaria ejecutiva de Striker era un medio de comunicación por sí sola?

La primera mujer asintió vigorosamente con la cabeza.

—Disculpe, no me he presentado. Soy Sandi. Pertenezco al grupo de vigilancia vecinal. ¡Eh, Donna, acércate! —hizo una señal a otra mujer que había ido a recoger a su hijo—. Es el capitán Kozlowski. El héroe de guerra del que nos ha hablado Tex.

Tom hizo una mueca. Él no quería ese título. Había otros muchos soldados que se lo merecían más que él.

—Creía que el capitán Kozlowski dirigía King Oil —comentó una de las mujeres.

—Ése es Striker Kozlowski —replicó otra mujer—. Éste es su hermano Tom, al que hirieron en Oriente Próximo.

¿Por qué esas mujeres habían decidido que podían hablar de uno como si no estuviera presente? Estuvo tentado de poner el motor en marcha y largarse de allí.

—Vamos, señoras, déjenlo tranquilo.

Era la voz de Callie. Llevaba una falda de tela vaquera y una camiseta azul claro. Nada especialmente sexy ni moderno, de modo que no había ningún motivo para que su cuerpo reaccionara como lo hizo. Otra vez tenía el pelo recogido en la nuca, aunque un poco mejor que esa mañana. Aun así, tenía un aspecto ligeramente desordenado y él se la imaginó entre unas sábanas de satén negro después de haber hecho el amor durante toda la noche.

—Va a pensar que nunca han visto un marine guapo... . —añadió Callie.

Las mujeres se dispersaron entre risitas.

A Tom le gustó que ella pensara que era guapo, dado lo maltrecho que se encontraba.

—Tiene unas cejas raras —comentó una niña que estaba al lado de Callie.

Otra opinión que nadie había pedido... La niña salió corriendo antes de que Tom pudiera darle una respuesta adecuada.

Sin embargo, un segundo después otra mocosa apareció para sustituir a la primera. Esa niña se quedó junto a Callie como si

quisiera defenderla de Tom.

—Tiene una cicatriz en la cara —dijo, señalando a Tom—. ¿Le ha arañado su hermana?

—No tengo hermanas.

—Tiene suerte. ¿Le ha arañado el gato?

—Tampoco tengo gato.

—¿Se metió en una pelea?

—Sí —Tom se pasó el pulgar por la cicatriz.

—Nosotros no podemos pelearnos en el colegio y tampoco puedo hablar con desconocidos.

—Anna, es el capitán Kozlowski —dijo Callie.

—No lo conozco —replicó la niña.

—Yo tampoco te conozco —Tom empezaba a sentirse molesto por la mirada fija de la niña.

Ella le sacó la lengua y se fue corriendo a donde estaba su madre.

—Lo siento —se disculpó Callie—. ¿Qué haces aquí?

Tom tuvo la sensación de haber vivido aquello.

—¿No empezamos así esta mañana? —preguntó él.

—No, esta mañana me has preguntado tú qué hacía. Ahora te lo pregunto yo.

—Y los dos llevamos más ropa.

Ella se sonrojó. Hacía años que Tom no veía sonrojarse a una mujer. A ella le favorecía.

—He venido a llevarte al taller —contestó él—. Me ha mandado Striker.

—Lo siento. Quiero decir, siento que te haya molestado.

—Es mi hermano mayor. Vive para molestarme. Es lo que mejor sabe hacer.

—¿Qué es lo que tú sabes hacer mejor?

—Ya no lo sé. Era un marine muy bueno.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Y qué más sabes hacer bien?

Él estaba perplejo. Ella no apartaba la mirada ni lo miraba con compasión. Era como si lo desafiara.

—Jugaba bien al fútbol —contestó Tom.

—¿Y?

—Tiro al blanco.

—¿Y?

—Tocar el acordeón.

Ella parpadeó.

—¿De verdad?

Tom se sintió ridículo por haber contado ese secreto.

—Y besar.

—Naturalmente. Eso se supone. Todos los marines que juegan bien al fútbol y tocan el acordeón, besan bien.

Estaba burlándose de él, pero, para su sorpresa, le gustó.

—Casi estoy preparada para marcharme, pero antes tengo que terminar un par de cosas —le explicó ella—. ¿Quieres entrar?

Tom dudó.

—También puedes esperarme aquí y charlar un rato con las mujeres…

—Creo que puedo acompañarte un momento.

Su bajada del todoterreno fue más complicada de lo que le habría gustado a él y se quedó un momento parado en el reposapiés mientras colocaba bien la rodilla.

Aunque no le dolía tanto como el día anterior.

Detestaba tener que usar el bastón delante de tanta gente, pero era preferible a caerse de bruces. En honor de Callie, tenía que reconocer que en ningún momento hizo que él se sintiera como un inválido. Ella seguramente anduvo más despacio para ir a su paso, pero no se opuso a que él le abriera la puerta para dejarla entrar.

Más aún, le sonrió con una de esas sonrisas demoledoras que lo estremecieron hasta la médula la primera vez que la vio.

—Mi clase está por ahí.

Tom había participado en suficientes misiones de reconocimiento como para hacerse una idea del terreno en cuestión de segundos. No había enemigos a la vista.

Se sentía como un gigante en un cuarto pensado para pequeñajos. Las mesas y sillas de plástico eran diminutas. Una de las paredes era un gran ventanal y las demás estaban cubiertas con paneles de corcho y coloridos dibujos.

—Tiene que estar muy bien enseñar en un jardín de infancia —comentó él—.

Quiero decir, no les das tareas para hacer en casa, sino que les dejas jugar y todo eso.

Tom notó inmediatamente que no había dicho lo más adecuado.

—¿Qué? Yo les enseño, no me quedo cruzada de brazos mientras ellos juegan.

—No he querido insinuar que fueras una vaga ni nada por el estilo.

—Vaya, muchas gracias…

—Es decir —Tom se encogió de hombros—, no puede ser muy agotador…

—Eso está mucho mejor —Callie puso los ojos en blanco—. Si

creyera que estabas buscándome las cosquillas intencionadamente, te ibas a enterar…

Él tuvo que sonreír. Efectivamente, su último comentario había sido un poco provocador.

—Eres muy sensible con tu trabajo, ¿eh?

—Me encanta y me lo tomo en serio. Los estudios indican que la capacidad de aprendizaje de los niños está casi totalmente desarrollada a los seis años. En mi clase tocamos seis áreas de aprendizaje: lenguaje, matemáticas, ciencia, música, arte y estudios sociales. Además, lo que llamas «jugar» enseña comunicación y da destreza para resolver problemas. El contacto con los libros y la conversación puede hacer que un niño de cinco años tenga un vocabulario de veinte mil palabras en vez de las cinco mil que tiene de media un niño que no está en contacto con el lenguaje.

—Muy bien, muy bien… —Tom levantó una mano en señal de rendición—.

Estoy impresionado.

—Eso espero —Callie esbozó una sonrisa de timidez—. Lo siento, pero me he quedado sin comer por una reunión. Después de recoger mi coche, ¿querrías ir a algún sitio a comer algo? Te invito. Es lo mínimo que puedo hacer por ayudarme.

Ella pudo captar la sorpresa en el resplandor de los ojos de Tom. La aparición de Tom en el colegio también la había asombrado a ella. Iba más vestido que la última vez que lo vio. Parecía respetable y estaba impresionante con unos vaqueros y una camiseta azul. Ella estaba preparada para que él discutiera por la invitación, se pusiera susceptible o, sencillamente, la rechazara.

—Claro —concedió él lentamente—. ¿Por qué no?

Capítulo 3

DE VERDAD? —Callie quería cerciorarse de que había oído bien. —¿Te importa que acepte tu invitación?

—No, pero creía que tendría que convencerte.

—¿Cómo pensabas hacerlo?

—Todavía no me lo había planteado. Supongo que habría dicho que los dos teníamos que comer y que podríamos hacerlo juntos, pero eso no es muy convincente, ¿no? Veamos… quizá hubiera usado mis encantos. Habría sonreído y parpadeado con coquetería… —Callie hizo una demostración y Tom tuvo que reírse

—. Ya sé que no es mi estilo. Suelo ser tan directa que no se me dan bien esos trucos para engatusar.

Lo miró a los ojos y volvió a quedarse impresionada por el color entre verde y marrón claro. Aunque quizá se hubiera quedado impresionada por la intensidad de la mirada.

Incluso cuando era un poco burlona.

Era un hombre que sentía las cosas profundamente, pero que hacía lo posible por disimularlo. ¿Por qué? ¿Qué le había pasado para que levantara esas murallas tan altas y sólidas?

Callie no se dio cuenta de que había alargado la mano hasta que rozó la de él.

La reacción fue inmediata.

—Vaya, menos mal que sigues aquí —Paula entró en el cuarto con un niño de la mano.

Callie se separó de Tom con la misma sensación de culpa que si fuera una niña a la que habían sorprendido comiendo caramelos en clase.

—¿Puedes ocuparte de Quentin hasta que venga su madre? —le preguntó Paula—. El chico ha vuelto a perder el autobús. Ella está en el centro y tardará unos veinte minutos en llegar. Yo no puedo quedarme porque mi hija mayor tiene cita con el dentista dentro de quince minutos.

Callie miró fugazmente a Tom y él asintió con la cabeza.

—Claro —contestó Callie—. Vete, nosotros nos quedaremos con él. Hola, Quentin.

Quentin arrastró los pies y agarró la correa de la mochila.

—Ven, ¿quieres jugar con el LEGO? —Callie le señaló dónde estaba.

Al cabo de unos minutos, Quentin tenía una mesa llena de piezas de colores y estaba concentrado en construir algo.

—¿Es uno de tus niños del año pasado? —le preguntó Tom.

Callie lo miró con sorpresa. Le había parecido como si al decir «tus

niños» se refiriera a sus hijos.

—No, Quentin llegó hace unos meses —Callie comprobó que el niño estaba entretenido y fue hacia su mesa—. Si no te importa, tengo que terminar algunas cosas. Tengo unas cartas de amor…

—¿Cartas de amor? —le interrumpió Tom—. Eso no me parece trabajo…

—Las han escrito mis alumnos.

—Son un poco jóvenes para ti, ¿no?

Callie se apoyó en la mesa, estaba suficientemente cerca de él como para lanzarle una mirada de censura y suficientemente lejos como para evitar cualquier contacto innecesario.

—Dejo una bolsa de lona colgada del respaldo de mi silla y los niños pueden echar notas a lo largo del día.

—¿Se quejan de la comida? ¿Piden que la siesta sea más corta?

—Expresan sus sentimientos.

Tom arrugó la frente como si ella hubiera dicho una tontería.

—¿Los marines no tiene sentimientos? —le provocó ella.

—Son un estorbo.

—¿De verdad? Qué fastidio.

Él la miró atónito. Ella notó que no estaba acostumbrado a que le tomaran el pelo.

También notó que seguía fascinada por sus ojos. Era como si pudiera sumergirse en ellos. Se acercó a él y él se acercó a ella.

El ruido de las piezas de LEGO hizo que Callie volviera a la realidad. Dio la vuelta a la mesa y agarró las notas de la bolsa para leerlas más adelante.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Tom a Quentin.

El niño se encogió de hombros sin levantar la mirada.

Tom se acercó a él.

—Es impresionante.

—Es una supermetralladora.

—¿Qué es eso?

—Es como una pistola, pero mejor. En el colegio no nos dejan jugar con pistolas.

Tom asintió con la cabeza e intentó sentarse en una de las pocas sillas para adultos.

—Me gustaría ir al ejército para capturar a los malos —afirmó Quentin.

—Los marines son mejores —replicó inmediatamente Tom—. Pueden capturar a los malos con las manos en los bolsillos.

Quentin frunció el ceño.

—¿Se meten las manos en los bolsillos porque si las levantan son

unas nenas?

—No, es una forma de hablar. Quiere decir que lo hacen muy fácilmente.

—Mi ejército… quiero decir mis marines hacen lo mismo.

—¿Conoces muchos malos?

Quentin asintió seriamente con la cabeza.

—Sí, pero si tuviera una supermetralladora de verdad no se meterían conmigo. ¿Eres un marine? Lo he oído afuera.

—Sí, soy marine.

—¿Puedo contratarte para que acabes con los malos o lo haces porque es tu trabajo?

—Depende de quiénes sean los malos.

—¿Si son malos del colegio?

—Entonces, deberías hablar con la profesora.

—Entonces sería un gallina chivato.

Callie se acercó. Había oído la conversación con el corazón en un puño.

Quentin había entrado en el colegio a mitad de curso y eso siempre era traumático para un niño.

—Eso no es ser un chivato —le explicó ella—. Si alguien te fastidia y no deja de hacerlo cuando se lo pides, entonces lo correcto es decírselo a un adulto. Nadie tiene derecho a fastidiarte.

Quentin miró a Tom como si buscara su confirmación. Tom asintió con la cabeza.

—En los marines lo llamamos pedir refuerzos o informar a la cadena de mandos.

Quentin abrió los ojos como platos detrás de la gafas.

—¿Quieres decir que en los marines hay profesores?

Tom volvió a asentir con la cabeza.

—Hay que dar muchas clases para ser un marine.

—¿Y leer libros?

—Efectivamente, y leer muchos libros.

—Parece difícil.

—Lo es, pero merece la pena.

—¿Te hiciste esa cicatriz en una pelea con los malos?

—Sí. No pelean limpiamente.

—Los malos no lo hacen nunca, ¿verdad?

—No.

—Entonces, ¿cómo ganas si son tramposos?

—Pidiendo refuerzos.

—Funciona.

—Sí.

—¿Como una supermetralladora?
—Mejor.
—Me cuesta creerlo.
—Me lo imagino.
Les interrumpió la llegada de la madre de Quentin. Callie se la llevó aparte para hablar con ella mientras Quentin y Tom seguían charlando y jugando.
—Hola, no nos conocíamos. Me llamo Callie Murphy y soy una de las profesoras. La señorita Gutiérrez me pidió que me ocupara de Quentin hasta que usted llegara porque ella tenía cita con el dentista. ¿Pierde mucho el autobús últimamente?
La mujer la miró con cansancio.
—Sí. He hablado con él y me ha prometido hacer un esfuerzo.
—¿Le ha dicho por qué pierde el autobús?
—Me parece que no se lleva bien con algunos chicos que van en él.
—Me parece que están acosándolo —puntualizó Callie.
—No me ha dicho nada.
—A lo mejor tiene miedo de decirlo.
—¿Por qué? Yo no iba a reñirlo si lo acosaran.
—Ya lo sé, pero Quentin puede tener miedo de las consecuencias.
—¿Cómo sabe usted que están acosándolo? ¿Lo ha visto?
—No.
—Entonces, puede ser una exageración. Ya sabe cómo son los niños.
—Sí, lo sé. Pero también sé cómo pueden ser los matones y el daño que pueden hacer.
—Mi marido me dice que Quentin tiene que aprender a defenderse solo en vez de ser un...
La mujer se calló y agitó las manos como si no quisiera decir una palabra insultante.
Callie contuvo la ira. Ya había tratado con padres así, pero no conseguía acostumbrarse a que pudieran ser tan obtusos.
—Este colegio, por principio, no consiente el más mínimo acoso escolar.
—Me parece un poco exagerado.
—No lo es si tiene en cuenta las consecuencias a largo plazo que puede tener el acoso escolar. Es uno de los problemas sociales más graves con el que se encuentran los colegios y los niños hoy en día. Los estudios han demostrado que los niños y adolescentes acosadores tienen más probabilidades de convertirse en adultos violentos. Las victimas pueden llegar a tener depresión, ansiedad, problemas de autoestima y miedo a las relaciones sociales de por vida.

La mujer abrió los ojos de par en par.
—No lo sabía.
—Esa información y los principios del colegio iban en el cuadernillo que le entregamos cuando inscribió a Quentin.
—No he tenido tiempo para ojearlo —reconoció la madre de Quentin.
—Usted nos tuvo que entregar un impreso en el que afirmaba que lo había leído.
—Lo firmé y se lo di a Quentin para que lo trajera. Nunca pensé que pudiera ser tan grave que le incordiaran. Quiero decir, como madre, nunca me quedaría de brazos cruzados si alguien maltratara físicamente a mi hijo y no voy a consentirlo.
—Bien. La señorita Gutiérrez se pondrá en contacto con usted para informarle de las medidas que se adoptarán para mejorar la situación de Quentin.
—¿Qué puedo hacer para ayudar?
—Hablar con Quentin. Que le cuente lo que hace en el colegio. Escúchelo y respete lo que dice. Intente concentrarse en él y en nada más mientras le habla.
—Suelo estar preparando la cena cuando me habla del colegio y no escucho muchas de las cosas que me dice.
—Reserve un rato para escuchar a Quentin. Entiendo que es difícil encontrar tiempo para todo, pero esto es importante.
—Ya me he dado cuenta. Gracias por decírmelo.
Quentin y su madre se fueron y Tom se dirigió a Callie.
—¿Qué padres pueden llamar Quentin a su hijo? Es como pintar una diana en su espalda. ¿En qué estarían pensando?
—No tiene excusa.
—Tú lo has dicho.
—Quiero decir que no hay excusa para el acoso —aclaró ella implacablemente.
Él la miró pensativamente.
—Parece que te exalta mucho.
—Muchísimo. He visto el daño que puede hacer.
—No puedo imaginarme a nadie acosándote.
Si él supiera...
—Me parece como si me hubiera muerto y estuviera en el paraíso —Tom gimió de placer.
—¿Te ha gustado? —le preguntó Callie con la respiración entrecortada.
—Sí...
—¿Quieres más?

—Mmm.
—Toma —Callie le sirvió más costillas adobadas—. ¿Te alegras de que te haya traído?
Estaban en Jimmy Bob's, un restaurante típicamente tejano con manteles de cuadros. Pero los clientes no iban por la decoración, sino para disfrutar con la comida y mancharse los dedos con salsa picante. No era un sitio para citas amorosas y por eso, entre otras cosas, lo había elegido Callie.
—Están buenas, ¿verdad? —insistió ella.
Tom no había contestado a la pregunta anterior y se había servido otra ronda de costillas.
—Los téjanos se toman muy en serio las barbacoas —comentó ella.
—Se lo toman todo muy en serio.
—Estás aprendiendo, ¿eh?
Tom se limpió la salsa de la barbilla y se chupó los dedos.
—Todo esto ha sido una experiencia muy aleccionadora —replicó Tom.
—¿Qué has aprendido hasta ahora?
—Que no quiero que me traten como a un tullido. No quiero que me consideres eso.
—No lo hago —le tranquilizó ella inmediatamente—. Te considero terco y gruñón, pero también puedes ser sorprendentemente compasivo. Te portaste muy bien con Quentin.
—¿Qué creías que iba a hacerle?
—No lo sé. Representar al marine malo y duro.
—No es una representación.
Ella le hizo una pedorreta y él puso su cara más imponente.
—Impresionante —Callie asintió con la cabeza—, pero ya no tienes nada que hacer. Sé que detrás de ese aspecto hosco hay un corazón.
Tom frunció el ceño.
—No te hagas ilusiones porque he sido amable una vez o dos.
—No te preocupes, no soy de las que se hacen ilusiones.
—Me alegro de saberlo, pero te aviso de que es peligroso burlarse de un marine gruñón, sobre todo cuando estás comiendo costillas...
—Deja de quejarte —Callie sonrió y le sacó la lengua—. No te he manchado con salsa. Ya te dije que es la mejor barbacoa de Texas.
—¿Por qué será que los téjanos siempre tienen lo mejor de todo?
—¿No te consideras tejano?
—Me considero un marine.
—¿No te criaste por aquí?
—Me crié por todos lados. Íbamos de un lado a otro, según los destinos de mi padre.

—Yo siempre he vivido por aquí.
—Me lo he imaginado por tu acento.
—Yo no tengo acento. Tú sí que lo tienes.
—¿Quién te ha dicho eso?
—Paloma, ¿tengo acento? —le preguntó Callie a la camarera.
—No, ningún acento.
—¿Lo ves? —Callie se volvió a Tom.
La veía perfectamente. Sonriente y con la boca manchada de salsa. Estaba monísima. No. Una perrita podría ser monísima y eso nunca le había hecho la boca agua. Él la miraba a los labios. Cuando la conoció se fijo en su pelo rojo y en sus labios arrebatadores. Cuando estuvo a punto de besarla sintió algo increíble. ¿Qué?
Le espantaba no saber esas cosas. Le gustaba tener la sartén por el mango en las relaciones con las mujeres. No era dominante, pero tampoco era de los que se dejaban llevar por los sentimientos.
Excepto cuando tuvo el patinazo con Penny. Pero ella lo encontró en una situación muy vulnerable, justo después de sus heridas. Había decidido no volver a ser vulnerable, pero eso no quería decir que no pudiera disfrutar mirando a Callie, que se relamía.
—¿Qué pasa? —ella parpadeó—. ¿Tengo algo en la cara?
—Sí, una sonrisa.
—¿Tiene algo de malo?
—No creo, pero no he visto muchas sonrisas últimamente.
—Porque eres un gruñón.
—Quería haberte comentado ese error antes.
—Adelante —a ella empezaba a gustarle discutir con él—. Intenta convencerme.
—Antes me consideraban encantador.
—¿De verdad? ¿Cuándo? ¿En las bodas y bautizos? —bromeó ella.
—Cuando salía con mujeres.
—Ya me imaginaba que podías serlo. Aunque no lo supe a la primera.
—Ya te lo expliqué.
—No muy bien.
—Esta noche estás dispuesta a halagarme, ¿no?
—No creo que necesites más halagos. Me parece que te han halagado más de la cuenta durante toda tu vida.
—¿Eso crees?
—Sí. ¿Me equivoco?
—Ésa es una de esas preguntas con truco que hacen las mujeres.
—¿De verdad? Yo creía que era muy franca.
—A mí me parece que me perjudica independientemente de lo que

responda, así que cambiemos de tema.

—Claro. Elige uno.

—¿Siempre has querido ser profesora?

—Siempre. ¿Siempre has querido ser marine?

—Al principio quería ser Jedi Knight, de La guerra de las galaxias.

—¿De verdad? Yo también. ¡Por fin tenemos algo en común!

—¿No querías ser la princesa?

—Ni hablar. Me parecía muy difícil correr con el vestido.

Tom se rió.

—¿Cómo pasaste de ser guerrera a profesora?

—Tenía más salidas laborales.

—A mí me pasó lo mismo con los marines.

—Creía que venías de una familia de marines...

—Sí. Mi padre era marine y mis hermanos también lo son. Bueno, lo eran.

Como sabes, Striker ahora dirige la compañía petrolífera. Mis hermanos Rad y Ben están destinados en Carolina del Norte y Steve en California. Acaba de casarse en Las Vegas con una bibliotecaria.

—Sería una boda divertida.

—Yo no estuve. Estaba recuperándome en Alemania, pero sí estuve en la boda de Rad.

Tom nunca había hablado tanto de bodas y matrimonios con una mujer.

—¿Todos tus hermanos están casados? —le preguntó Callie.

—Sí, soy el único soltero y pienso seguir así.

—No hace falta que lo digas como si estuvieras avisándome. No tengo intención de cazarte ni nada parecido. No tienes nada que temer.

—Los marines sabemos dominar el miedo.

—¿Reconoces que el matrimonio te da miedo?

—Otra pregunta con truco...

—Claro, a las mujeres nos gustan las artimañas, ¿verdad? Hacemos todas esas preguntas a un pobre nombre que intenta cenar en paz.

—Efectivamente.

—¿Nunca te han dicho que eres algo más que un poco anticuado?

—Creía que a las tejanas os gustaba eso.

—¿Un hombre que cree que a las mujeres hay que verlas pero no escucharlas?

Al contrario. Las tejanas siempre han sido independientes y fuertes.

—Estoy impresionado.

—Deberías estarlo. Son unas mujeres impresionantes.

—Quiero decir que estoy impresionado contigo.

—¿Conmigo?
—Sí. Dices lo que piensas.
—Ya te avisé —Callie sonrió.
—Me gusta.
—No lo hago para gustarte.
—Lo sé y me gusta por eso.

La miraba con unos ojos hipnotizadores. Aunque ésa era una palabra ridícula para expresar cómo se sentía ella. Él conseguía que sintiera muchas cosas. Como si estuviera montada en un tiovivo a toda velocidad. Como si él pudiera ver el rincón más remoto de su corazón. Como si él supiera cómo darle más placer del que ella había soñado en toda su vida. Callie agarró el vaso casi vacío de té helado.

—Bueno… ¿preparado para el postre?
—Preparado para cualquier cosa que puedas preparar.

Ella pensó en las maravillas tan sensuales que él podría preparar, pero se obligó a sí misma a no ponerse sensiblera.

—Has tenido suerte porque no estaba pensando en hacer el postre.
—¿No eres buena cocinera?
—Lo soy a veces. Es como un juego de azar. Una veces sale bien y otras no.
—Como la vida misma.
—Supongo… —Callie tuvo que pensar de qué estaban hablando antes—.

¿Quieres postre? Hacen una tarta de chocolate muy buena. Podemos tomarla a medias.

A él le parecía bien compartir algo más que la tarta. ¿Qué tenía ella de especial? Él siempre había seguido las normas al pie de la letra, pero en los marines no le habían preparado para encontrarse con una profesora sexy que ni siquiera quería mostrarle su lado bueno. Callie era independiente y tenía mucho genio si la provocaban, pero también tenía un lado vulnerable que hacía que él quisiera abrazarla. Que fuera sexy podría ayudar, pero no era el único motivo.

—Si no quieres compartirla, no me importa —comentó ella.
—Sí quiero —lo dijo con un tono ronco por el hambre.

Ella abrió los ojos al darse cuenta de que él podría haberlo dicho con doble sentido.

—Bueno… de… acuerdo…

Él se inclinó hacia ella, mirándola fijamente.

—¿Tú quieres?

Ella se pasó la lengua por los labios como si quisiera enloquecerlo.

—Supongo…
—¿No estás segura?

Ella entrecerró los ojos como si quisiera leer los pensamientos de él, pero era imposible. Entonces, ella cambió de expresión como si hubiera llegado a alguna conclusión.

—Mira, estamos hablando de una tarta de chocolate. Lo único que no sé es si la quiero entera.

—¿Por eso has balbucido? ¿Por la tarta?

—Efectivamente.

Tom no iba a llamarla mentirosa, pero su gesto expresaba muy claramente sus dudas.

—Para que lo sepas, me tomo muy en serio el chocolate —añadió Callie.

—Entonces, para mí tendría que ser un honor que la compartieras...

—Has dado en el clavo.

Tom pensó que verla comer unas costillas era inesperadamente excitante, pero que no era nada en comparación con verla comer la dichosa tarta de chocolate. Cada bocado que daba era de una sensualidad increíble. Él casi no pudo ni probarla de lo absorto que estaba. Ella no se dio cuenta. Estaba concentrada en el postre. Él estaba concentrado en los labios de ella; en la punta de su lengua que le limpiaba la boca.

No pudo quitarse esa imagen de la cabeza ni cuando miraba las luces del coche de Callie mientras la seguía a su casa. Había estado tan ensimismado que no se había dado cuenta de que ella había pagado la cuenta, y él nunca permitía que lo hiciera una mujer.

Sin embargo, Callie había demostrado ser única.

Ya había anochecido cuando llegaron a la cabaña de ella y una luna naranja estaba saliendo por el horizonte. Tom se bajó y abrió la puerta del coche de Callie.

Ella pareció sorprenderse. Él, sin decir nada, le ofreció la mano. Como había hecho aquella mañana, ella dudo un instante antes de tomarla. Sin embargo, al revés que aquella mañana, cuando Callie se quedó junto a él, Tom cedió a la tentación y la besó.

Capítulo 4

CALLIE no se había esperado ni el beso ni el placer que le abrasaba las entrañas. Cuando Tom la tomó entre sus brazos, ella dejó caer todo: el bolso, las llaves del coche y sus defensas... Estaba atónita y apasionada por la acometida.

Aunque no había sido algo brusco. La agarró de la barbilla y se inclinó hasta que sus labios cubrieron completamente los de ella con una destreza y calidez que le mostró un grado distinto de placer. Los movimientos de su lengua eran una declaración de intenciones eróticas que ella no quena rechazar. Callie separó los labios y él le correspondió con creces. La estrechó contra sí y ella pudo notar al calor que desprendía su cuerpo. El beso se hizo más intenso y Tom le acarició la espalda por debajo de la camiseta. Ella se estremeció al sentir las manos curtidas sobre la piel y la voracidad de su lengua hizo que lo anhelara con una pasión desconocida para ella.

Tom siguió acariciándola con una mano y le soltó el cierre del sujetador mientras le pasaba la otra mano por el pelo. Ella quería más.

Callie lo estrechó con fuerza justo en el momento en que sonó el móvil que llevaba en el bolso. Se asustó, se apartó de Tom y él perdió el equilibrio. El bastón cayó al suelo y Tom tuvo que apoyarse en el coche. Sintió una profunda humillación al darse cuenta de lo indefenso que era. Ya no era fuerte y resistente. Casi no se sentía ni un hombre, sino un cuerpo maltrecho que sería una carga para cualquier mujer.

Como un oficial de marines había aprendido que no podía exigir nada que él no pudiera hacer. En ese momento no podía hacer gran cosa por sí mismo. Como mucho, podía ir renqueando de un lado a otro. Tenía que pelear todos los días para ir mejorando.

Ése tenía que ser su objetivo, no una pelirroja sexy que podría tener todos los hombres que quisiera.

—Mira, no me interesa empezar ninguna historia en este momento —le dijo Tom sin rodeos.

—A mí tampoco —Callie, incómoda, se agachó para recoger sus cosas, entre otras, el móvil que no había contestado—. Olvidémonos del beso, ¿de acuerdo?

Tom asintió con la cabeza y Callie se alejó precipitadamente. Una vez dentro de la cabaña cayó en la cuenta de que no le había ayudado a recoger el bastón. Miró por un costado de la cortina para cerciorarse de que él llegaba a su cabaña.

La pantalla del móvil le dijo que la llamada era de Paula. Callie no podía hablar con nadie, primero tenía que reponerse. El beso había sido demoledor y no iba a olvidarlo fácilmente. Sin embargo, él había

dejado muy claro que no quería que pasara nada entre los dos. Además, lo hizo cuando ella fue a por él y casi lo tira al suelo.

Se dejó caer en el sofá. Se sentía como una idiota obsesionada por el sexo.

Había aprendido que besar a Tom era lo más peligroso que podía hacer. Enamorarse sería letal.

A la mañana siguiente, Callie estaba hasta arriba de trabajo, pero uno de sus alumnos, Adam, que siempre quería ser el centro de atención, estaba más revoltoso que de costumbre.

—¿Por qué estás tan inquieto hoy, Adam? —le preguntó ella.

—Me ha dado una bajada de azúcar —le contestó él.

La primera vez que Callie oyó aquella excusa, se quedó helada y llamó a su madre. Ésta le dijo que era una excusa que usaba su marido y que Adam había adoptado para sí.

—No es verdad —le replicó Callie—. Deja tu juguete y vamos a seguir con el cuento.

—¡Odio el colegio! —exclamó Adam—. ¡No voy a volver nunca!

Callie acabó llevando a Adam al despacho del director, Jeff Sánchez.

—¿Qué te pasa, Adam? —le preguntó Jeff.

Adam se inclinó hacia delante.

—Soy un agente secreto y tengo mis órdenes —explicó el niño.

Se hizo un silencio.

—¿Quién te da las órdenes? —le preguntó Jeff al cabo de unos segundos.

—Llegan en una furgoneta.

Jeff no parpadeó y Callie tuvo que morderse la lengua para no soltar una carcajada. Adam tenía una imaginación desbordante y era imposible no sentir debilidad por él.

—Entiendo. En fin, Adam, hasta los agentes secretos tiene que adaptarse a las normas, ¿lo entiendes? ¿Crees que puedes volver a la clase y portarte bien? —le preguntó Jeff.

—Sí —Adam se levantó de un salto como si quisiera salir corriendo.

Callie lo llevó a la clase mientas contenía una sonrisa. Le encantaba su trabajo.

Le encantaba comprobar la evolución de los niños, que nunca dejaban de asombrarla.

Sobre todo, Adam, quien la miró fijamente antes de entrar en la clase.

—Eres mi profesora favorita de todo el universo.

Ella le apartó el pelo del flequillo y le sonrió. Era un diablillo, pero

encantador.

Lidiar con veinte niños desenfrenados no era una tarea para pusilánimes. Se necesitaba paciencia, imaginación, disciplina y mucho cariño. Además, su trabajo no terminaba cuando se iban los niños. Tenía que limpiar tarros con pinturas y preparar la clase del día siguiente. Acababa de terminar cuando entró Paula.

—Quería tenerte informada sobre Quentin. Jeff ha organizado una reunión con los dos niños implicados y sus padres.

—Me alegro de que Jeff se ponga inflexible. Como director, tiene que fijar las pautas y hacer que todo el mundo las siga.

—No es fácil cuando muchos téjanos creen que eso es bueno para que sus hijos se curtan.

—Ya lo sé, pero también sabes, como yo, que los matones son unos maltratadores.

—Sí. El programa que pusiste en marcha el año pasado, en el que seis niños mayores tutelaban a los pequeños, ha sido un éxito. Los protegen mucho en cuanto los conocen.

—Los niños de mi clase hicieron dibujos de sus protectores y escribieron historias sobre ellos. Los mayores entrevistaron a los pequeños para hacer un vídeo sobre la clase. Hay que enseñarles desde el principio a respetarse unos a los otros.

—Tú lo sufriste y lo sabes por experiencia —comentó Paula.

Callie asintió con la cabeza. La crueldad verbal, la marginación y el suplicio constante le habían dejado cicatrices imborrables en lo más profundo de sí.

Maduró muy tarde, casi a mitad de los estudios universitarios, cuando el patito feo se convirtió en cisne. Sin embargo, entonces, el daño ya estaba hecho.

—El dinero hace arrogante a mucha gente —sentenció Callie.

—Algunos somos arrogantes por naturaleza —replicó Tom desde la puerta.

—No estaba hablando de ti —le aclaró Callie.

—Me alegro de oírlo.

Al verlo, Callie se acordó del abrazo de la noche anterior. Había intentado guardar herméticamente esas imágenes en una caja mental, pero no había servido de nada.

El contacto de su boca... la avidez de su lengua... la aspereza de sus dedos sobre su piel.

Callie empezó a abanicarse con una carpeta antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Dejó la carpeta e intentó parecer serena.

—¿Qué haces aquí?

—Te he traído las cartas de amor.

—¿Cómo has dicho?

A ella se le paró el pulso al pensar que él le había escrito una declaración. ¿Se habría arrepentido de rechazarla después de besarla? ¿Habría cambiado de opinión sobre no querer que pasara nada entre ellos?

—Las notas que escribieron los niños. Se te debieron caer en mi coche.

—Ah.

Callie se acercó a tomar los papeles que él le entregaba y se cuidó mucho de ni siquiera rozarle los dedos. Estaba tan concentrada que no había presentado a su amiga.

—Hola, soy Paula Gutiérrez. Le vi hace unos días, cuando yo salía corriendo al dentista, pero no nos presentamos.

—Encantado de conocerle. Soy el capitán Tom Kozlowski. A su disposición.

—¿A mi disposición? Tenga cuidado con lo que dice, capitán. Podríamos ponerle a trabajar en el colegio.

—Llámeme Tom...

—Tú llámame Paula...

—¿No tenías que hacer unos informes? —le preguntó Callie.

—¿Qué?

Callie la miró fijamente y Paula captó el mensaje.

—Es verdad, los informes... Una profesora nunca termina de trabajar.

—Creía que los veranos no trabajabais... —comentó Tom.

—No empecemos... —le avisó Callie antes de que Paula se marchara—.

Gracias por traérmelas, pero podrías haberlas dejado en el porche o algo así...

—Me pillaba de camino.

—¿De camino adonde?

—A donde voy.

Tom no iba a decirle que había hecho ese viaje sólo para verla. Había dedicado la mañana a la terapia física y la tarde a pensar en ella y en el beso que tenía que olvidar.

—Bueno, gracias otra vez.

—De nada. Por cierto, he tenido una charla con Quentin ahí fuera —le comentó Tom.

—¿De verdad?

—Sí, pero no hace falta que pongas esa cara de espanto.

Callie esbozó una sonrisa que intentara parecer de tranquilidad.

—¿Mejor?

—Un poco...
—¿De qué has hablado con Quentin?
—De los malos y de cómo hay que tratarlos.
—¡No! —Callie no pudo evitar el tono de espanto.
—Sí —replicó él lentamente—. Le he dicho que una granada de mano viene muy bien.
—No será verdad...
—Claro que no —gruñó él—. ¿Crees que soy idiota?
—No...
—Caray, gracias por una confianza tan incondicional.
—Es que... eres marine...
—¿Quieres decir que por eso me gusta volar todo por los aires?
—No, pero como marine tienes otra mentalidad.
—Efectivamente, por eso pude ayudar a Quentin.
—Todavía no me has contado qué le has dicho.
—Y después de tu reacción, no tengo muchas ganas de hacerlo.
Callie lo miró de una forma que sometía hasta al mismísimo Adam, pero no impresionó a ese marine. Tom se cruzó de brazos y le aguantó la mirada.
—No llevas el bastón —comentó ella repentinamente.
—No cambies de tema.
—Tú eres el que no quería hablar de lo que le has dicho a Quentin.
—Tampoco quiero hablar de mis heridas.
—¿Está mejor tu pierna?
—Un poco, pero no lo suficiente.
—Lo suficiente, ¿para qué?
—Para volver al servicio activo.
—Y eso te fastidia...
—Me fastidian las hormigas en una comida campestre —gruñó él —. Esto es algo más.
—Entiendo.
—Lo dudo.
—Entonces, te equivocas y no sería la primera vez.
Tom arqueó una ceja.
—No vas dejar que lo olvide, ¿verdad?
—¿Que me tomaras por una bailarina de strip-tease? No, no creo. Es muy divertido buscarte las cosquillas con eso.
—Una dulce profesora de jardín de infancia debería tener cuidado con buscarle las cosquillas a un marine o cualquier parte de su cuerpo. Podría llevarse algo más de lo que esperaba.
Callie estaba segura de eso.
—Has puesto un tono muy convincente. Casi como el de un tejano

auténtico.

—Parece que no te tomas en serio mis amenazas.

—Me las tomaría si fueran unas amenazas en serio.

—Lo decía en serio, cariño.

Había dicho ese «cariño» mejor que cualquier tejano que ella conociera y su efecto en ella había sido mucho más contundente. ¿Por qué?

Ella estaba prevenida contra dejarse llevar por las hormonas con un hombre rico. Sobre todo si estaba en la ciudad de paso. Tex le había dicho que Tom se quedaría con Striker sólo hasta que se recuperara para poder volver a los marines.

Sin embargo, él le había dicho que no estaba preparado para volver al servicio activo.

¿Qué pasaría si nunca lo estaba? Eso tampoco significaba que fuera a quedarse en Texas.

—¿No me crees? —insistió él.

—Te creo, pero ¿qué has dicho? —bromeó ella.

—No estás prestando atención en clase. Eso está muy mal.

—Lo sería si fueras el profesor, pero, aquí, yo soy la profesora.

—¿Crees que no puedo enseñarte nada?

—Seguro que puedes enseñarme muchas cosas. Aunque no sé si son útiles para algo.

—¿Quién ha hablado de utilidad?

—Yo lo he hecho.

—La utilidad no mueve el mundo.

—Desde luego que sí. Hay toda una teoría científica sobre la rotación de la tierra...

—¿Alguna vez dejas de hablar? —le interrumpió él.

—Muy pocas veces.

Él la miró a los ojos y Callie se acordó del beso de la noche anterior. Él la besó para que dejara de hablar y casi la dejó sin respiración y dominada por un anhelo embriagador.

¿Estaría él pensando en el beso? ¿Por eso tendría esa mirada profunda y más hipnotizadora todavía? Ella intentó adivinar lo que él estaba pensando, pero Tom apartó la mirada para evitarlo.

—Será mejor que me vaya —zanjó él.

Tom se alejó precipitadamente, pero Callie se quedó pensando en él y en lo maravilloso que había sido estar entre sus brazos.

Capítulo 5

EH, TOMMY! ¿Qué tal tus alucinaciones? —su gemelo Steve era el único que le llamaba Tommy—. Striker me ha contado que confundes a las profesoras de jardín de infancia con bailarinas de strip-tease.

—Muy graciosos. Deberíais hacer una gira con un espectáculo cómico.

—¿Qué pasa? ¿Nuestro hermano mayor te pone nervioso?

—Quizá no haya sido una buena idea que me quedara aquí.

Tom se dejó caer en el sofá y puso la pierna sana sobre la mesa.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No pasa nada. ¿Por qué iba a pasar algo?

—Porque estás más gruñón que nunca.

—Bueno, ¿por qué me has llamado? —le preguntó Tom—. Creía que sólo te dedicabas a la vida de casado.

—Tú me dijiste que me casara y me mandaste de vuelta a Estados Unidos cuando acudí a tu lado en Alemania.

—Lo dijeron los médicos. Bueno, ¿qué pasa?

—¿Por qué tiene que pasar algo? ¿No puedo llamar a mi hermano gemelo?

—A tu hermano gemelo y más listo —puntualizó Tom.

—Eso lo dirás tú.

—Eso lo dice todo el mundo. Hasta busha sabe que no eres el más listo de la clase.

—Oye —protestó Steve—, nuestra abuela me adora. Soy su favorito y tú lo sabes.

—Estás soñando —se burló Tom.

—Ella me presentó a mi mujer.

—Estaba naciendo de casamentera y tú fuiste tan tonto que picaste el anzuelo.

—Fue lo más inteligente que he hecho en mi vida.

—Teniendo en cuenta que no eres el más listo de la clase...

—Puedo decirle a busha que te eche algún anzuelo —le amenazó Steve—.

Creo que va a venir para el bautizo del hijo de Striker.

—Gracias por avisarme.

—¿Qué tal con la profesora?

—Ya sabe que sé tocar el acordeón —espetó Tom.

—¿Se lo has dicho? —Steve parecía impresionado—. Sólo lo sabíamos busha, tú y yo.

—Se me escapó.

—Te das cuenta de lo que significa, ¿verdad?

—Sí, que ella sabe que sé tocar un instrumento ridículo.

—Significa que ella sabe tu secreto.
—Pero no sabe todo.
Nadie sabía la batalla entre la esperanza y el miedo que se libraba en su interior.
—Quizá, pero es un principio.
—Un principio, ¿para qué?
—Para tu perdición.
—¿Qué os pasa a los casados? —Tom puso los ojos en blanco—. En cuanto os cazan queréis arrastrar a todo el mundo con vosotros.
—Ya llevo algún tiempo casado, eh...
—¿Tengo que agradecerte que hayas esperado tanto para declarar mi perdición?
—¿Cómo se te escapo el secreto del acordeón? —le preguntó Steve sin hacerle caso.
—Me preguntó qué sabía hacer bien —farfulló Tom.
—¿Y le dijiste que tocar el acordeón? Estás patinando...
—Lo sé. Es muy raro. Cuando estoy con ella, es como si me olvidara de cómo se habla con una mujer.
—Vaya, vaya...
—¿Qué? ¿Más confirmaciones de mi perdición?
—Lo descubrirás muy pronto.
—También le dije que se me daba bien jugar al fútbol, el tiro al blanco y besar.
—¡Qué mentira! Eres malísimo tirando al blanco.
—Lo dirás tú. ¿Quién es incapaz de dar a un melón a dos metros?
—Es muy fácil retarme cuando estás en la otra punta del país.
—Eso es verdad.
Steve adoptó un tono serio.
—Espero que sepas que si quieres... ya sabes, hablar de algo... estaré siempre dispuesto.
—Lo sé —la voz de Tom también fue grave.
Siempre habían tenido un vínculo especial y él sabía que podía contar con Steve cuando quisiera.
—¿Te acuerdas de cuando intentamos leernos la mente la primera vez que jugamos al póquer? —le preguntó Steve.
—Sí, no funcionó —contestó Tom con una sonrisa.
—Eso significa que tendrás que decirme si pasa algo. Sé que lo has pasado muy mal. También sé que tu impresión de las mujeres puede estar desvirtuada por aquella buscadora de oro, ¿cómo se llamaba?
—Penny.
—A mí me pasó algo parecido, ¿te acuerdas? Con Gina. Yo creía que era inteligente y distinguida y que estaba enamorada de mí. Pero

estaba enamorada de mi cuenta bancaria. Es uno de los riesgos de ser un marine con dinero.

—Eso demuestra que somos unos crédulos cuando nos encontramos con una chica guapa.

—¿Esa profesora tuya es guapa?

—No es mía, pero sí es guapa. Es pelirroja y con ojos azules y, aunque es menuda, se me sube a las barbas...

—¡Caray! Ya me gusta.

—Ya tienes mujer.

—Que es lo mejor que me ha pasado en mi vida.

Tom conoció a Chloe cuando lo enviaron del hospital militar de Alemania a un hospital militar en Estados Unidos. Tenía aspecto de bibliotecaria, con gafas y ropa formal, pero también tenía una sonrisa preciosa y unos ojos amables.

—¿Te he contado que su abuela es la secretaria ejecutiva de Striker? —le preguntó Tom.

—¿Esa chica es la nieta de Tex? Hermanito, estás jugando con fuego.

—Ahórrate el diminutivo. Sólo soy un minuto más joven que tú y te saco una cabeza.

—Lo dice el juerguista de la familia...

—Últimamente no —replicó Tom sin alterarse.

—A lo mejor esa profesora te enseña a divertirte otra vez. Yo le enseñé a Chloe a divertirse y acabé casándome con ella.

—El matrimonio no es lo que yo entiendo por diversión.

—No tienes ni idea.

—Sé lo suficiente como para no meterme en líos.

—Siempre sopesaste tus alternativas.

—Efectivamente, no lo olvides.

—No necesito que me lo recuerdes, Tommy. Tú le dijiste que tocas el acordeón y eso significa que necesitas ayuda.

Nunca le habían dicho una verdad mayor.

Desde el porche de la cabaña, Tom podía ver el campo que se extendía delante de él. Se había acostumbrado a sentarse allí al caer la tarde para tomar el fresco, no para ver a la sexy pelirroja. Ella estaba en su casa, tenía el coche aparcado junto a su todoterreno.

A él le daba igual, le gustaba estar solo con la naturaleza. Siempre se había sentido muy cómodo en ese rancho. Casi se había olvidado hasta que volvió. Sin embargo, después de un tiempo allí, volvió a gozar de las colinas cubiertas de hierba, de las noches estrelladas y de las flores del color de los ojos de Callie. Ya había vuelto a entrometerse en sus pensamientos.

Tenía buenos recuerdos de los tiempos que había pasado allí de adolescente.

De los rodeos para domar caballos, de los bailes con una chica vestida de azul, de las historias de fantasmas de su abuelo… Su abuela, que era polaca, le había enseñado a tocar el acordeón, pero su abuelo le había enseñado a pescar y a contar historias.

Su abuelo no aprobó que se hiciera marine porque, en el mundo de Hank King, él era el jefe. Tom se preguntó si las cosas habrían sido distintas si Hank hubiera recibido bien que Stan Kozlowski se hubiera casado con su hija única en vez de intentar separarlos por todos los medios. Pese a los esfuerzos de Hank, todos sus nietos fueron marines, buenos marines. Hasta que llegó él. Todos sus hermanos, hasta Striker, podían hacer cien flexiones sin sudar. Él ya no podía. Se lamentaba, pero no quería quedarse en eso. Era un marine de los pies a la cabeza y tenía que hacer frente a la adversidad.

Su perro, que estaba medio dormido a sus pies, levantó la cabeza, lo miró y salió corriendo hacia la cabaña de Callie.

—¡Vuelve! —le ordenó Tom autoritariamente, como un marine.

Arf, sin embargo, no le hizo caso y persiguió algo naranja. Un maullido le dijo que era un gato.

—¡Basta! —exclamó Callie.

Arf se dio media vuelta y volvió para esconderse debajo de la butaca de Tom con el gato pisándole los talones.

—¡Alto! —bramó Tom mientras levantaba las manos.

El gato, que no obedeció a Tom, irrumpió en el porche y se parapetó en la butaca que había al otro extremo.

—Bob, ¿estás bien? —se interesó Callie al entrar corriendo en el porche.

—Me llamo Tom, pero gracias por tu interés.

—Me refería al gato, que se llama Bob.

—¿Es un gato salvaje? —le preguntó Tom mientras miraba debajo de la butaca.

—No, es doméstico, pero con el pelo largo.

—Es enorme.

—No pasa nada, cariño…

Por un instante, Tom pensó que se lo decía a él, pero estaba equivocado.

—¿Estás bien…? —insistió ella con un tono que disparó las alarmas de Tom.

Él, Tom, no estaba bien. Recordaba el contacto de su cuerpo, los labios que se separaban bajo los suyos, la lengua de ella que anhelaba la de él…

Sin embargo, él no podía perder la disciplina como hacía su perro.

—Arf, deja de ser tan infantil y sal de ahí.

El perro asomó el tembloroso morro entre los pies de Tom. Tom le acarició la cabeza mientras miraba el trasero de Callie que se había agachado para recoger a su gato.

Ella llevaba una camiseta blanca sin magas que dejaba el vientre al descubierto y unos pantalones cortos rosas que se ceñían perfectamente al trasero. Tom no pudo evitar dejar de mirar el paisaje. Ella había vuelto a recogerse el pelo en la nuca y él pensó que casi no la había visto con el pelo suelto. Sin embargo, sabía lo sedoso que era porque lo había tocado al sujetar su cabeza para besarla. Tenía que decir algo ingenioso.

—No sabía que tuvieras un gato.

No era gran cosa, pero servía para salir del paso.

—No sabes todo lo referente a mí —replicó ella.

—Evidentemente...

Aunque sí sabía lo suficiente. Sabía que ella besaba con la misma pasión que hacía todo; que le gustaban las costillas; que odiaba a los matones, sobre todo si eran ricos...

—Tu hermano me dijo que podía traer el gato —afirmó Callie—. Es un gato doméstico.

—No lo es en este momento...

—Se ha escapado cuando entré para meter la compra.

—Los gatos necesitan campar a sus anchas.

—Así que eres un experto en la materia —Callie pasó al ataque—. Para que lo sepas, los gatos que viven en la calle tienen una vida más corta. Es un mundo peligroso para ellos. Es un mundo peligroso para todos.

El gato se subió a la butaca de un salto y empezó a asearse.

—Estás en tu casa... —comentó Tom, arrastrando las palabras.

—En cuanto agarre al gato, nos iremos —replicó ella con la barbilla muy alta.

—Se lo había dicho al gato —Tom se levantó—. Mira, Bob, no te acostumbres a venir aquí o no respondo de mis actos.

—Nadie amenaza a mi gato —Callie subrayó cada palabra con un golpe en el pecho de Tom—. ¿Entendido?

—Supongo que tienes este genio por ser pelirroja —Tom le agarró la mano.

—No tengo genio. Al contrario, soy conocida por mi paciencia infinita.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

Tom se dio cuenta de que estaba acariciando el dorso de la mano de Callie con el pulgar y la soltó inmediatamente.

—Un hombre debería poder sentarse en el porche sin que lo molestaran.

Callie agarró a Bob en brazos y él se puso a maullar con todas sus fuerzas.

—He venido aquí para alejarme de la gente —añadió Tom.

—¿Por qué quieres alejarte de la gente?

—No me gusta.

—¿Ni una persona? Eso es ilógico. No has conocido a todo el mundo.

Tom no podía con las mujeres lógicas, aunque eso fuera una contradicción.

—Ya puedes irte.

Ella, sin embargo, no mostró la más mínima intención de irse.

—No me mires así. Trato todos los días con una clase llena de niños y puedo lidiar con un marine gruñón.

—¿Eso crees?

—Sin duda —lo miró desafiantemente.

—Te equivocas —gruñó Tom antes de abrazarla.

Capítulo 6

TOM SE había olvidado del gato que ella tenía en brazos, pero él saltó a la barandilla del porche. Callie se inclinó hacia delante para agarrarlo, pero estrechó sus pechos contra el pecho de él. Un hombre, incluso un marine, sólo podía animarse. Él la había tomado entre los brazos para avisarle de que no era un niño, pero le había salido el tiro por la culata. En vez de asustarla, la deseaba más. Le tomó la cara entre las manos y se inclinó para besarla. Tom se temió que ella le diera un puñetazo, pero, por un instante maravilloso, ella cedió y le devolvió el beso.

Luego, se apartó y le dio un puñetazo.

—¡Ay! —exclamó él para que ella creyera que le había hecho daño.

—¿Qué haces? —le preguntó ella.

—¿A ti qué te parece? —preguntó él para ganar tiempo.

—Besarme cuando dijiste que no volverías a hacerlo.

—Es verdad, me equivoqué.

—Muy bien, ¡gracias!

Él la agarró del brazo cuando ella se dio la vuelta.

—No quería decir lo que ha parecido...

—¿Acaso sabes lo que quieres decir? —le preguntó ella—. Desde luego tu mensaje es bastante confuso.

—No tenías por qué devolverme el beso...

—Me has pillado por sorpresa.

—Esta vez, es posible, pero la otra noche, no.

—Sólo quería ser educada.

Eso lo sacó de quicio.

—Fue amabilidad con un marine tullido, ¿no? ¿Tenías lástima de mí?

—¡En absoluto!

—¿No?

—No. ¿Por qué iba a sentir lástima de ti?

—Yo diría que es evidente.

—No lo es para mí. Adelante, explícame por qué eres tan digno de lástima.

—Te dije que no me gusta que la gente me trate como a un inválido.

Ella se aplacó un poco al ver una sombra de dolor en los ojos de él. Tom tenía una herida que no era física, pero él no se abría a ella.

—Ya te dije que no te veía de esa forma.

—Eso dijiste.

—¿Estás acusándome de ser una mentirosa? Está claro que sabes como tratar a una chica —Callie notó que lo había apabullado con su

ironía—. Primero, me estrujas entre tus brazos y me besas y luego, me llamas mentirosa. Y eso que me dijiste que sabías ser encantador…

Él parpadeó.

A ella le gustaba desarmarlo. Tenía la sensación de que muy poca gente lo hacía. La gente o se doblegaba ante él o sentía lástima por él, y a ella le parecía que a él no le gustaba ninguna de las dos cosas. Aunque ella tampoco decía esas cosas por agradarlo. Quizá las dijera porque creía que él necesitaba oírlas. Necesitaba a alguien que lo despabilara, que le recordara que el mundo era muy amplio y que podía pasárselo muy bien si él ponía un poco de su parte. No sabía si a los marines les gustaba reírse, pero sí sabía que a ella le encantaba la risa de él. Recordaba haber oído a Striker decir que su hermano pequeño era el juerguista de la familia y ella quería ver ese aspecto de Tom.

—Dijiste que sabías engatusar a una chica, pero todavía no lo he visto —Callie siguió tomándole el pelo—. Quizá tenga que prestarte algunos libros. Voy a la biblioteca con los chicos con problemas para enseñarles a leer. Si quieres, puedo sacarte algún libro.

—¿Algo así como La seducción para majaderos!

—¿Quieres decir que podrías escribirlo?

Tom se rió. No sabía qué hacer con ella. Mejor dicho, sí lo sabía, quería abrazarla y hacer el amor con ella hasta que ninguno de los dos pudiera pensar ni hablar, pero también sabía los motivos para no hacerlo.

Los dos días siguientes pasaron sin pena ni gloria porque Callie estuvo preparando todo para el final del curso. Siempre le pillaba el toro al final del curso y no tuvo tiempo ni para hacer sus ejercicios de tai chi por las mañanas.

Miró a Adam y a su madre Sue, que estaban sentados enfrente de ella. Él había trabajado bien, pero llegaron a analizar su comportamiento.

—¿Qué tal te portas? —le preguntó su madre mientras Adam se revolvía en la silla.

—No muy bien —farfulló Adam.

—¿Por qué? —insistió Sue con el ceño fruncido.

—Mi nivel de azúcar…

—¡No le pasa nada! —exclamó Sue con desesperación.

—Soy un agente secreto.

—No, eso tampoco me sirve —Sue sacudió la cabeza.

—Adam puede mejorar su comportamiento —intervino Callie—. Estoy segura de que lo hará el año que viene. Adam, ¿te acuerdas de lo que hablamos en clase? De que pensaras en cómo se sentían los

demás cuando decías algo que les hacía daño.
—¿Como cuando Jenna me empujó del columpió y yo le di un puñetazo? Ya soy mejor.
—Es verdad —reconoció Callie.
—Incluso los agentes secretos tienen que seguir las normas.
—Efectivamente —Callie se volvió hacia Sue—. Soy una profesora con suerte por tener alumnos como Adam.
—Ya lo sé —Adam estaba resplandeciente.
Callie y Sue se rieron. Ésos eran los momentos que compensaban todos lo sacrificios como profesora y el motivo para que Callie adorara su trabajo.
Tenía que centrarse en eso y no en el marine irresistible, pero era más fácil decirlo que hacerlo. No lo había visto desde hacía unos días, pero tampoco podía sacárselo de la cabeza. ¿Por qué la había besado después de decirle que no quería tener una historia con ella? ¿Quería demostrar algo?
Paula pasó por la clase después de que los niños se hubieran ido.
—He pensado que te gustaría saber que las cosas están solucionándose con Quentin.
—Me alegro. El programa contra el acoso escolar funciona.
—También funciona tener un marine al lado.
—¿De qué estás hablando?
—Me lo ha contado la madre de Quentin. Ella estaba allí cuando ese marine maravilloso que tienes se paró y habló con Quentin delante de todos los niños.
—¿Qué le dijo?
—Que estaba orgulloso de ser su amigo. Además, se cercioró de que todos los niños lo oyeran.
—No amenazaría a nadie, ¿verdad?
—No hizo falta. Quedó muy claro que si alguien se metía con Quentin, se metería con él.
Callie no supo qué decir.
—Ese Tom realmente es uno de los buenos —siguió Paula—. ¿Estás segura de que no quieres replantearte tu principio de rechazar a los tipos ricos? Creo que si alguien se merece que le des una oportunidad, ése es Tom.
—Me dijo que no quiere tener nada conmigo. Está bastante claro, ¿no?
—¿Cuándo te lo dijo?
—Después de que me besara la primera vez.
—¿La primera vez? ¿Te has besado más de una vez y no me has dicho nada?

—Hemos estado muy ocupadas últimamente...

—Nunca estamos tan ocupadas como para no hablar de cómo nos tiemblan las rodillas con los hombres y de lo insoportables que son.

A ella, desde luego, le temblaban las rodillas por Tom y se le paraba el pulso.

—Cuéntame algo más de ese beso —insistió Paula.

—No hay nada que contar.

—¿Besa bien?

Callie fue a cerrar la puerta de la clase. No quería exponerse a que Tom apareciera como había hecho el otro día.

—Increíblemente bien. Te pareceré una adolescente, pero está sorbiéndome el seso.

—Eso me suena a amor...

—¡No! —exclamó Callie—. Eso es imposible.

—¿Por qué? ¿Porque es rico?

—Por muchos motivos. Ése es uno, pero el mayor es que él no quiere nada conmigo.

—Pero sigue besándote. Como si no pudiera evitarlo. No puede resistirse a ti.

—¡Por favor! Estoy segura de que tiene a montones de mujeres a sus pies.

Quizá no tantas como antes de la emboscada, pero eso es porque no sale mucho.

—¿No crees que su lesión puede disuadir a muchas mujeres?

—Si lo hace, es que son idiotas.

—Me parece que estás enamorándote...

—Su hermano Striker es el jefe de mi abuela.

—Ya lo sé, pero no sé cuál es el inconveniente.

—Todo sería muy complicado. Es un problema tener una historia con la familia del jefe.

—No es tu jefe.

—No quiero hacer nada que pueda perjudicar al trabajo de mi abuela.

—¿Crees que si tuvieras algo con Tom podría pasar algo así?

—No quiero correr el riesgo.

—Eso ya me parece el verdadero motivo.

—¿Qué quieres decir?

—Que no quieres enamorarte de Tom para no correr el riesgo de salir malparada.

—¿Quién quiere?

—Tú eres especialmente reacia.

—Quizá tenga algún motivo... —Callie se encogió de hombros.

—¿Quieres contármelo?

—En mi fuero interno desconfío de los hombres que se dejan llevar por el aspecto externo de una mujer. Quieren a una mujer guapa sin conocerla. Eso no me gusta.

—¿Crees que Tom quiere una esposa guapa como un trofeo?

—No quiere una esposa de ningún tipo. Me lo ha dicho él.

—Pero sigue besándote.

—Sólo lo ha hecho dos veces.

—¿Crees que va besando a otras mujeres?

—No lo creo, pero tampoco puedo saberlo.

—Si esperas a estar segura, puedes pasarte la vida esperando. A veces hay que tener fe.

—No sé hacerlo. Tuve fe de que mi madre se curaría después del incendio, pero murió.

—Y cuando murió, también se acabó tu fe en los finales felices...

—Es posible —Callie no había hablado nunca de eso—. No quiero seguir hablando de eso.

—Muy bien —Paula acarició el hombro de Callie—. No hablaremos de eso.

Todo irá bien.

Callie parpadeó para contener las lágrimas y se acordó de su profesora de tercero que le dijo que todo el mundo se metía con ella porque era débil. Se acordó de cuando todo era culpa suya, que ella provocaba los ataques porque se los merecía.

Una vez adulta, sabía que eso era una estupidez.

—Lo que pasa es que el acoso me afecta —explicó Callie con una sonrisa vacilante.

—No quería acosarte.

—No me refería a ti —abrazó a Paula—. Estaba pensando en Quentin. No es el único. Hay cinco millones de chicos como él en Estados Unidos.

—Por eso ponemos todos los medios para evitarlo.

—Me gustaría poder hacer algo más.

—Estás haciendo mucho. El programa que hiciste está poniéndose en práctica en otros colegios de la zona.

—Ya lo sé, pero...

—Que fueras víctima del acoso escolar hace que sea algo muy importante para ti.

—El colegio fue un trago bastante amargo.

—Lo entiendo. Sólo quiero decir que merece la pena arriesgarse por algunas cosas o algunas personas y que creo que ese marine que tienes es una de ellas.

Eso estaba muy bien, pero Tom no era su marine. No era de nadie y ella haría bien en tenerlo presente.

—¡Ya sé leer! —exclamo con orgullo José, uno de los chicos que iba los sábados a la biblioteca con Callie.

—Efectivamente.

—¡Mi mamá también sabe leer!

—Sí, ella también sabe.

El programa de alfabetización enseñaba a leer a los padres y sus hijos juntos.

—Un día, leeremos todos los libros de la biblioteca juntos —afirmó José.

—Eres un soñador, hijo —replicó Rosario, la madre de José.

—Es bueno tener sueños —comentó Callie con una sonrisa.

Cuando terminó la sesión, Callie ordenó todos los libros que habían utilizado e iba a dejarlos en las estanterías cuando oyó una voz masculina. Se dio la vuelta y vio a Tom que hablaba con una de las bibliotecarias. Él levantó la cabeza y también la vio. Se acercó a Callie y ella comprobó que la cojera era menos apreciable que otras veces y que no llevaba bastón. Estaba impresionante con los pantalones cortos color caqui y la camiseta azul marino.

—¿Estabas preguntándole dónde podías encontrar La seducción para majaderos!

—No, he venido para sacar algunos libros para Kate —contestó Tom.

—¿No vas a preguntarme que hago aquí?

—No. Creo que lo hacemos demasiado a menudo.

—Ah...

Tom observó la reacción de ella. Estaba muy animada y llevaba una camiseta morada y unos vaqueros que se le ceñían como una segunda piel.

—Bueno, ¿qué haces aquí? —le preguntó él por fin.

—Hago un trabajo de voluntaria los sábados.

—¿Ordenas libros? —le preguntó Tom con las cejas arqueadas.

—Enseño a leer a niños y sus madres.

—Una causa muy loable.

—Eso creo.

—Me he fijado que ya no haces tus ejercicios por la mañana. ¿Te asustó Arf?

—No, es una monada.

—No es un perrito faldero —Tom parecía ofendido.

—No he dicho que lo fuera. Es un chulo con corazón de oro. ¿Te parece mejor?

—Sí.

—Bueno, él no tiene nada que ver con que no haya hecho tai chi. La semana que viene termina el curso y he tenido mucho trabajo.

—Yo también.

—Siento que Bob asustara a Arf el otro día.

—Un chulo como Arf no se asustaría de un gato tan monstruoso como ése.

Luego me di cuenta de que se metió debajo de mi butaca para protegerme.

—¿Del gato monstruoso?

—Sí.

—Qué valiente...

—Eso me pareció. Esa noche le di unas golosinas para perros.

—Qué suerte tiene Arf.

Se miraron a los ojos y sonrieron. Callie sintió una calidez interior muy especial y tuvo unas ganas irresistibles de tomarle la cara entre las manos. Se agarró a los libros para no hacer algo de lo que pudiera arrepentirse.

—¿Qué tal ha ido todo? —le preguntó Callie

—Muy bien. ¿Ha habido más problemas con Quentin y los matones?

—No, me ha dicho un pajarito que ayudaste a Quentin...

Tom se encogió de hombros como si no supiera de qué estaba hablando.

—Fuiste muy amable —insistió Callie.

—Primero, mi perro es una monada y luego, yo soy amable —replicó Tom con fastidio.

—Tú también eres un chulo con corazón de oro, ¿contento?

—Sí.

A ella le encantaba cuando los dos se sonreían, y podía convertirse en una adicción. Tenía que tener mucho cuidado. Empezaba a sentir todos los síntomas del enamoramiento.

—Yo... no esperaba verte por aquí... —dijo Callie por decir algo.

—Te diré que los marines también sabemos leer.

—No lo sabía...

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—Eso es completamente cierto —reconoció ella.

—Aunque sabes lo del acordeón —Tom miró alrededor y bajó la voz—. Por cierto, quería pedirte que no se lo dijeras a Striker ni a nadie más.

—¿Por qué?

—Es algo de lo que no voy alardeando por ahí.

—¿Al revés que lo de jugar bien al fútbol y besar de maravilla?

—Eso es.

—No te preocupes. Mantendré el secreto.

Ella también tenía algunos secretos y el menor no era lo que empezaba a sentir por aquel guerrero herido.

Capítulo 7

EL TELÉFONO estaba sonando cuando Callie volvió de la biblioteca.

—Hola, cariño —la voz de Tex retumbó al otro lado de la línea—. ¿Qué tal estás?

—Bien, ¿y tú?

—No me quejo. ¿Ya te has instalado en la cabaña?

—Sí.

Callie miró alrededor. Había conseguido que pareciera su casa aunque ya estaba amueblada. Ella había añadido algunos detalles, como una colcha muy suave color ciruela que había puesto sobre el sofá marrón o la alfombra con flores que tenía en el dormitorio y que añadía cierto aire romántico a las sábanas de encaje.

—¿Te molesta el vecino marine? —le preguntó Tex.

Callie dio la espalda al dormitorio para evitar imágenes tentadoras.

—No.

—Me alegro. Si tienes algún problema, me lo dices, ¿de acuerdo?

—Claro.

—Está a punto de acabar el curso, ¿no?

—Así es.

—¿Sabes algo de tu casa de la ciudad?

—No.

—No estás muy habladora...

—Acabo de llegar. He ido a hacer la compra.

Y a encontrarse con Tom en la biblioteca, se dijo para sus adentros.

—¿No tienes ese curso especial los sábados?

—Sí, José y su madre se han examinado hoy. Ya saben leer.

—¿Ya te he dicho lo orgullosa que me siento de ti?

—Sí, abuela.

—Orgullosa como un pavo real.

—O un niño con zapatos nuevos —añadió Callie entre risas.

—Te he enseñado bien.

—Desde luego.

—No harás ninguna tontería...

—¿Como tirarme al río para no mojarme con la lluvia?

Ésa era la expresión favorita de su abuela cuando Callie estaba en el colegio.

—Como dejar que ese hermano pequeño de Striker te destroce el corazón.

—No haría una tontería de ese calibre.

—Bueno, eso me pone más contenta...

—Que unas castañuelas —Callie terminó la frase—. Abuela, has

empleado más dichos en dos minutos que en una semana normal, ¿qué pasa?

—Es por mi vecino Wally Joyner —gruñó Tex.

Wally era un contable jubilado que ponía muy nerviosa a Tex.

—¿Qué ha hecho?

—Me ha invitado a salir. ¿Será caradura?

—¿Qué le has dicho?

—Le he dicho por dónde podía meterse su invitación.

—¿Por qué?

—Me ha invitado sólo porque Gladys lo ha rechazado.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Gladys.

—Ya sabes que Gladys no dice siempre la verdad —Callie suspiró.

—Ya, pero esto sí es verdad.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque se lo he preguntado a él —contestó Tex.

—¿Y te ha dicho que te ha invitado a salir porque Gladys lo ha rechazado?

—No exactamente.

—¿Qué te dijo exactamente?

—Que yo no era la primera mujer en la que pensó para que lo acompañara a la comida en el campo de la asociación de vecinos.

—¿Le preguntaste quién fue la primera mujer?

—Me dijo que su hija.

—Yo creo más a Wally que a Gladys. Cuando se mudó hace un año te pareció apuesto.

—Eso fue antes de que me diera cuenta de que es un Casanova.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Ir mañana a la comida hecha un brazo de mar. Incluso me he comprado un vestido nuevo. Eso le dará una lección.

—Vas a deslumbrarlo, ¿eh?

—No te preocupes por Wally. Puedo ocuparme de él. Preocúpate de ti misma,

¿eh?

Colgaron, pero el teléfono volvió a sonar al cabo de un instante y Callie pensó que era Tex otra vez para darle más consejos, pero era Kate, la mujer de Striker.

—Quería llamarte para saber qué tal te habías instalado. Tendría que haber pasado por ahí, pero hay que hacer muchas cosas antes de que nazca el bebé...

—No te preocupes, me apaño muy bien.

—¿De verdad?

—De verdad. Pero tú no pareces muy convencida.

—Es que sé que al principio Tom no estaba muy contento con la idea de tener compañía.

—Yo no soy su compañía.

—Bueno, vecina...

—Si mi presencia es un problema... —Callie notó un vacío en el estómago.

—No lo entiendes —le interrumpió Kate—. Yo estoy encantada y aliviada.

—¿Por qué?

—Porque no confío en que Tom se cuide y a mí no me hace caso. Me dice lo que cree que quiero oír.

—Tampoco sería el primero.

—No —Kate se rió—. ¿Qué te parecería venir a cenar algún día?

—No... ya tienes bastantes cosas que hacer...

—Tenemos una cocinera. No sería nada de etiqueta... Tráete el traje de baño.

¿Te parece bien mañana? A no ser que tengas otro plan...

—No tengo ningún plan.

—Perfecto. Ven pronto y nos daremos un baño para abrir el apetito. Y gracias por vigilar a Tom en mi lugar. Cerciórate de que come, ¿lo harás?

¿Que se cerciorara de que comía? ¿Cómo iba a hacerlo si él no quería ni verla?

Sería mejor que se ocupara de sus asuntos. Sin embargo, a lo mejor Tom no comía por su sufrimiento. La verdad era que al verlo en la biblioteca le había parecido algo más delgado. Quizá todo el mundo pensara que ella estaba cuidando de Tom... Si era lo que esperaban, tendrían que habérselo dicho antes. Aunque Tom le había dicho claramente que ella le gustaba porque no lo trataba como a un inválido. Tenía que ocuparse de sus asuntos y dejarlo en paz.

Se preparó una lasaña para cenar que le salió deliciosa. Tan deliciosa que sintió remordimientos por no compartirla. Preparó un plato y salió hacia la cabaña de Tom.

No quería controlarlo, sino demostrarle sus dotes como cocinera.

Tom abrió la puerta con el mismo fastidio que la primera vez que ella se presentó sin avisar, pero ella no estaba dispuesta a que nada le estropeara su emoción.

—¡Tienes que probar esto!

—¿Qué?

—Tienes que comer esto. Está maravilloso —Callie dejó el plato en la mesa que había delante del sofá—. Cómetelo antes de que se enfríe.

—No tengo ham...

Ella le metió el tenedor lleno de lasaña en la boca. Tom se quedó pasmado, masticó y se lo tragó.

—No soy un niño que necesite que le den de comer —farfulló Tom.

—Ya lo sé. Toma más —Callie le dio el tenedor—. La he hecho yo.

Tom tomó otro bocado y se quedó pensativo.

—Está buena, muy buena...

—Efectivamente. ¿No te parece increíble? Por eso he tenido que venir.

—Creía que no sabías cocinar.

—Ya. No puedo creerme que haya salido tan buena.

—Pareces sorprendida.

—Lo estoy. Estoy encantada. Está buena, ¿verdad? No estarás siendo educado... Claro que no. No eres de esos.

—Vaya, gracias.

—Sabes lo que quiero decir. No dirías algo que no piensas para ser...

—Educado.

—Exactamente.

—Los marines están instruidos para ser educados.

—Pero sinceros, ¿no? Para no mentir.

—¿Qué ha sido de la virtuosa de la cocina segura de sí misma de hace un momento?

—Creo que no se me da muy bien ser una virtuosa. Todavía no puedo creerme que haya hecho esto.

—Dentro de nada estarás haciendo tartas y soufflés.

—No te hagas ilusiones —replicó ella—. La última tarta que hice fue un desastre. Aunque las galletas me salen bien. Sobre todo las de chocolate.

Tom se acordó de la cara de Callie cuando se comió la tarta de chocolate en el restaurante. En ese momento estaba igual de radiante.

—No quería irrumpir aquí de esta manera —añadió Callie—. Ha sido un arrebato...

A él sí que le gustaría arrebatarla, tomarla en brazos, llevarla al dormitorio y quitarle el top que llevaba. Sin embargo, eso era una tarea imposible con su pierna deshecha.

—Tendría que haberte llamado antes, pero se habría enfriado.

Tom estaba tan ardiente que no podía imaginarse nada frío. Se alteraba sólo con mirarla. Como cuando apareció la primera noche en su puerta. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más lo intrigaba.

—Siéntate y come —le ordenó ella.

—Un marine no se sienta si hay una mujer de pie.

—De acuerdo, me sentaré.

Ella se sentó en un extremo del sofá para dejar sitio. Él también se sentó con mucho cuidado de dejar una distancia prudencial entre ellos. Tom llevaba unos pantalones cortos de deporte y una camiseta sin mangas. Él la miró para ver su reacción por las cicatrices de la pierna. Ella no miró a otro lado ni nada parecido, estaba concentrada por la reacción de él ante su lasaña. Cuando levantó la mirada fue para buscar a Arf.

—¿Dónde está el perro?

—Durmiendo. Es un gandul.

—En Tejas diríamos que tiene que apoyarse en una pared para ladrar.

—Arf no ladra mucho.

Hablaron de las manías de los dueños de animales de compañía y el tiempo pasó tan deprisa que Tom no se dio cuenta de que se había comido todo el plato hasta que Callie se puso de pie.

—Bueno, creo que tengo que irme. Gracias por probar mi obra maestra. No te levantes...

—Gracias por traerla —Tom, naturalmente, se levantó.

Arf apareció entre bostezos y saltó al sofá. Callie lo acarició.

—Me alegro de que no me guarde rencor porque Bob lo asustó el otro día.

—Como te dije, estaba protegiéndome.

—Es verdad. Eres un valiente... —le dijo Callie a Arf.

—Basta con acariciarle la tripa para conquistarlo para siempre.

—¿Estás celoso? —Callie miró a Tom con ojos burlones.

Tom se la imaginó pasándole los dedos por el vientre y su cuerpo se puso en tensión. Había hecho frente a situaciones muy comprometidas como marine, pero esa mujer tenía la habilidad de ponerle en situaciones completamente desconocidas para él y no sabía defenderse. Si fuera otra mujer, habría pensado que lo hacía intencionadamente.

Sin embargo, su propósito era no dejarse distraer por esa profesora tan sexy que no paraba de distraerlo. Su propósito era volver a los marines y nada más.

Callie flotaba plácidamente. Kate la había invitado a darse un baño en la piscina a última hora del domingo y le había asegurado que estaría sola.

La piscina parecía sacada de una revista y ella llevaba el traje de baño negro que se ataba al cuello.

—Una escena preciosa —comentó Tom, arrastrando las palabras.

Callie se asustó y dio un trago de agua que acabó escupiendo. Se

agarró del borde de la piscina con una mano y con la otra se secó los ojos. Tom la miraba desde arriba.

No era la primera vez que lo veía sin camisa. Recordaba que tenía unos hombros anchos como un armario de tres cuerpos, pero esa vez se dio cuenta del musculoso pecho que tenía y del vientre como una tabla de lavar. Ningún armario era tan impresionante. También se fijó en las cicatrices que iban desapareciendo de su pecho y su costado. A pesar de las heridas, resultaba imponente. Él llevaba un traje de baño muy decente, pero los pensamientos de ella no lo eran.

—Volvemos a encontrarnos...

—Me ha invitado Kate y me dijo que tendría la piscina para mí sola.

—Es una piscina muy grande. Cabemos los dos.

—No pasa nada. Te dejaré solo.

Callie se dirigió hacia las escaleras de la piscina.

—No hace falta.

Ella no le hizo caso y fue a tomar la toalla que había dejado en una tumbona, pero se encontró con la mano cálida de él que le alargaba la toalla y sintió la ya conocida punzada de deseo sexual.

El la miró a los ojos, y a ella le pareció que no era la única que sentía esa descarga eléctrica, pero le habría gustado poder leer sus pensamientos.

Tom se apartó y fue a la parte más profunda de la piscina. Ella se quedó mirándolo mientras hacía largos con la resolución de alguien que quería batir un récord o escapar del mismísimo demonio. Callie no podía dejar de mirarlo y le abrasaban las entrañas al ver sus músculos en tensión. Se fue al hidromasaje que había al lado de la piscina con la esperanza de aplacar allí sus emociones y apoyó la cabeza contra el borde para dejarse calmar por los chorros de agua. No estaba acostumbrada a tanto lujo y pensó que ése no era su mundo. Era una profesora que se conformaba con llegar a final de mes. También era verdad que Tom no había nacido en ese mundo, pero en ese momento tenía dinero.

—Tom tiene dinero y tú no —se dijo en voz alta.

—¿Es tu forma de decirme que vas detrás de mi dinero? —le preguntó Tom desde el borde del hidromasaje.

Callie, espantada, se sumergió en el agua con ganas de quedarse allí. Él la sacó y al hacerlo le desabrochó los tirantes del traje de baño. Ella no se dio cuenta hasta que notó que se le bajaba. Inmediatamente, se puso las manos en los pechos y colocó bien la tela.

—¿Te echo una mano? —masculló Tom.

—¡No!

—Seguro...

—Seguro.

Cualquiera de sus alumnos le habría dicho a Tom que ese tono de voz era para echarse a temblar. Sin embargo, al marine no le impresionó.

—Me encantaría poder ayudarte.

—Ya has hecho bastante.

—¿Qué he hecho?

—Me has asustado.

Callie no podía abrocharse los tirantes con los dedos mojados y Tom no facilitó las cosas al meterse en el reducido espacio del hidromasaje e inclinarse hacia delante.

—Ni se te ocurra ayudarme —le amenazó ella.

—Sólo iba a tomar una bebida —abrió una nevera camuflada en una roca—.

¿Quieres algo?

Ella negó con la cabeza y eso volvió a descolocarle los tirantes.

Ella no podía decirle que se fuera, al fin y al cabo, era la casa de su hermano, y tampoco podía levantarse hasta que se hubiera abrochado el traje de baño.

—Un caballero miraría hacia otro lado —le comunicó ella.

—Una señora aceptaría la ayuda de un caballero.

—¿Insinúas que no soy una señora? —Callie lo miró fijamente.

—¿Insinúas que no soy un caballero?

A ella le habría encantado hacerlo, pero no lo hizo.

—¿Qué pasa? —le preguntó él con tono burlón—. ¿Te ha comido la lengua el gato?

Ella siguió tozudamente en silencio.

—Estás portándote de una forma absurda —insistió él.

—¡No sabía que el traje de baño iba a hacerme esto!

—Me refiero a que no me dejes ayudarte.

—Prefiero apañarme sola.

Aunque, naturalmente, tal y como estaba mirándola, sus dedos no respondían.

Cerró los ojos para concentrarse, pero tampoco lo consiguió. Al abrir los ojos se lo encontró con la mirada clavada en la de ella. Él se llevó una botella de cerveza a la boca.

—¿La agarras por el cuello para no calentarla con la mano? —le preguntó ella estúpidamente.

La idea de que él pudiera calentarla con sus manos no facilitaba la maniobra de abrocharse el traje de baño.

—¿Qué querías decir antes? —le preguntó él.

—¿Antes?
—Sí, cuando hablabas sola de que yo tenía dinero y tú no.
Callie se quedó en blanco. Ella era inteligente y tendría que ser capaz de pensar en una respuesta mientras intentaba recomponerse el traje de baño. Sin embargo, la idea de quedarse con los pechos al aire delante de él la bloqueaba.
Además, ella estaba al alcance de su mano y él estaba irresistible.
—No quiero tu dinero —le espetó ella.
—¿No?
—En absoluto.
—Claro, no quieres un marine maltrecho ni por dinero —concluyó él con amargura.
—No es por eso.
—¿Todo esto lo ha organizado Kate? —Tom la miró penetrantemente.
—¿A qué te refieres?
—A que anoche ella te mandó para que vieras cómo estaba yo.
—Está preocupada por ti.
Callie comprendió que no debería haber dicho eso.
—No necesito que nadie se ocupe de mí como si fuera un mocoso.
Tom se levantó bruscamente y se marchó. Callie permaneció en el agua hasta que los dedos se le quedaron como pasas para darle tiempo a Tom a que se serenara.
Fue hacia las puertas correderas de la casa y oyó la voz de Tom.
—Ya está bien de hacer de casamentera, Kate. Si quiero una mujer, me la buscaré. Deja de intentar liarme con Callie.
Callie se quedó paralizada y atenazada por la humillación. Callie vio la expresión de espanto de Kate y, al parecer, Tom también la captó porque se dio la vuelta.
Callie apenas pudo mirarlo, sólo pudo darse cuenta de que se había puesto algo de ropa.
—No quería que lo oyeras —se explicó Tom.
—No estaba fisgando —explicó a su vez Callie—. Había venido para decirte que me ha llamado Tex y que tengo que irme. Lo siento.
Callie se marchó con los ojos cargados de lágrimas y un nudo en la garganta.

Capítulo 8

HAS ESTADO genial, hermanito —Striker miró fijamente a Tom—. He llegado a tiempo para ver cómo te comportabas como un animal.

—Yo no tengo la culpa de que haya tenido que irse —replicó Tom, aunque sabía que no era verdad.

—Claro que es tu culpa. Tex nunca llama al móvil de nadie. No lo soporta.

Tom soltó una maldición y salió detrás de Callie. No había querido ofenderla.

Llevaba todo el día de un humor de perros y lo había pagado con ella. Cuando llegó a la puerta, ella ya había llegado a su coche. Ella podía ir más deprisa que él, pero estaba decidido a alcanzarla. A pesar del dolor que sentía en la rodilla.

—¡Espera!

Tom se agarró a la puerta del coche.

—Tengo que irme —replicó ella sin mirarlo.

—Siento mucho que hayas oído eso.

—No pasa nada —ella mantuvo la mirada en un punto fijo.

—No debería haber dicho lo que dije —puso el tono más meloso que sabía poner—. Por favor, vuelve.

Callie dejó la bolsa con su ropa dentro del coche y se volvió para mirarlo.

—Las mujeres no somos como barras de pan, ¿lo sabías?

—¿Cómo dices?

—No las tomas como una barra de pan en la panadería. Aunque es posible que algunos como tú lo hagan.

—¿Qué quieres decir con algunos como yo?

—Los ricos. Creéis que podéis comprarlo todo. Una bailarina de strip-tease, una mujer...

—¿Insinúas que una mujer no querría estar conmigo si no la pago?

—No he dicho eso. No te hagas la víctima.

—No soy una víctima —Tom lo dijo con aspereza—. Soy un marine.

—Entonces, ¡compórtate como tal!

Tom sintió como un puñetazo en el estómago.

—¿Habéis resuelto vuestras diferencias ya? —gritó Striker desde la puerta.

—¡Lárgate! —respondió Tom—. Estamos ocupados.

Por una vez, Striker obedeció sin rechistar.

—No debería haber dicho lo que acabo de decir —se disculpó Callie inexpresivamente.

—¿Por qué? Tienes razón.

—¿De verdad? —Callie parpadeó.

—Sí. Últimamente estoy de muy mal humor y lo he pagado contigo. No te lo mereces. Un marine siempre reconoce sus errores.

Callie estaba muda. No se había esperado aquello.

—Yo creía que los marines no se equivocaban nunca.

—Pasa poquísimas veces, pero lo que dije fue improcedente.

Ella vio el arrepentimiento en sus ojos. Lo vio porque él permitió que lo viera.

—Kate no me dijo que ibas a estar aquí —Callie se sintió obligada a decir eso.

—Pero eso no quiere decir que no podamos pasarlo bien si estamos aquí.

¿Aceptas mis disculpas?

—Sí.

—Entonces, demuéstralo.

—¿Qué quieres decir?

—Que vuelvas y te quedes a cenar como había planeado Kate. Mi hermano puede ser una pesadilla, pero hace una carne muy buena. ¿Crees que Tex podrá esperar un rato?

Ella se quedó sin saber qué decir.

—Por favor, Callie, quédate. Por favor —el tono ronco de Tom la conmovió.

—De acuerdo, pero me iré en cuanto hayamos comido.

—De acuerdo.

Tom la acompañó de vuelta a la casa. Súbitamente, Callie apreció con más claridad el lujo del rancho. Las columnas blancas que flanqueaban la puerta hacían que pareciera la Casa Blanca. Dentro, había alfombras orientales y un retrato enorme de Hank King.

—Striker no para de amenazar con quitar ese retrato, pero Kate le recuerda que fue él quien hizo que se conocieran.

Callie ya había oído la historia del multimillonario que dejó su imperio a su nieto mayor, Striker, con la condición de que dirigiera la empresa al menos durante dos meses. Striker no quiso cumplir y tampoco quiso trabajar con Kate como albacea testamentario.

—¿Te llevabas bien con tu abuelo? —le preguntó Callie.

—No sé si la expresión correcta es llevarse bien. Él se suavizaba un poco cuando yo pasaba aquí el verano. Yo tenía dieciséis años. Aprendí muchas cosas del campo y también aprendí que quería ser marine, para disgusto de mi abuelo.

—¿Venías con tu hermano gemelo?

—Sí. A mí me gustaba más que a Steve. Seguramente porque yo era más dado a seguir las normas y él a infringirlas.

—¿Sigue siendo así?

—No —contestó Tom con un gesto algo sombrío.

Callie tuvo la sensación de que Tom era el que había cambiado, pero no quiso insistir.

Tom la agarró del brazo y la llevó al salón.

—Parece que, después de todo, Callie puede quedarse a cenar.

Antes, Callie se había sentido demasiado alterada como para darse cuenta de la presencia de Striker. Él, con una camisa hawaiana y unos pantalones cortos, la saludó con una sonrisa.

—Me alegro mucho —Kate fue a darle un efusivo abrazo—. Hay demasiados hombres por aquí. También me alegro de que esto sea niña —Kate se dio una palmada en el vientre.

—¿Ya sabéis el sexo del bebé? —preguntó Callie.

—Sí, quería saber de qué color tenía que pintar el cuarto.

—Tiene que controlarlo todo —bromeó Striker.

—Quién fue a hablar —replicó Kate—. No hagas caso de lo que dicen los hombres —comentó Kate a Callie—. Son de una especie distinta.

—Cuidado —avisó Striker a Tom con una sonrisa—. Ha empezado la cacería del hombre.

Tom sabía que su hermano mayor era muy feliz con su matrimonio. A veces no entendía cómo podía aguantarlo Kate, pero ella era muy especial. Callie también era muy especial y eso lo desasosegaba.

—Sé amable, estoy embarazada —le dijo Kate a su marido.

—Ya me había dado cuenta. ¿Os había dicho que somos los favoritos para ganar la apuesta? Seguramente tengamos el hijo antes que Ben y Ellie.

—¿En plural? —Kate arqueó las cejas burlonamente—. Yo voy a dar a luz.

—Es un asunto de dos —afirmó Striker—. El otro día Ben me dijo que tiene antojos.

—¿Se ha vuelto caprichoso? —Tom no podía entenderlo, Ben era un marine.

—No, zopenco. Quiero decir que él también hace cosas raras como comer jamón untado de sirope de chocolate.

—No es tan raro —se burló Tom—. A los marines les gusta hacer mezclas. Les gustan las comidas preparadas y creativas.

—No sabes lo que es bueno si no has tomado tabasco con mantequilla de cacahuetes y pollo en salsa —añadió Striker.

—Y Luego te metes conmigo porque tomo copos de avena con guacamole —

dijo Kate.

—Eso es un asco —sostuvo Striker,

—Ellie y yo también tenemos antojo de helados —añadió Kate mientras señalaba una copa que tenía en una mesilla—. Siempre estoy comiendo helado.

—A veces, incluso a media noche —Striker puso los ojos en blanco —. Cuando una mujer tiene antojos, hay que dárselo en ese momento.

—Es el único lenguaje que entienden los marines —explicó Kate—. También me encanta el pudín de pistacho. He hecho un poco de postre.

—Seguramente se lo coma todo —añadió Striker con sorna.

—Tú, desde luego, no vas a probarlo —replicó Kate.

—Me da igual. Por cierto, ¿cómo va la fiesta sorpresa? —preguntó Striker a Kate.

—¿Qué fiesta sorpresa? —Kate parpadeó.

—Estás hablando con un marine curtido en mil batallas —Striker rodeó los hombros de Kate con el brazo—. No me lo trago.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —replicó Kate con la barbilla levantada.

—Ya —Striker sonrió.

—De verdad… —Kate entrecerró los ojos.

—Si tú lo dices… —Striker le dio un beso en la mejilla—. Será mejor que vaya a ver las chuletas.

—Lo sabe —afirmó Tom en cuanto salió Striker.

—No —Kate se mostraba inflexible—. Quizá los sospeche. ¿Le has dicho algo?

—Ni hablar —Tom sacudió la cabeza.

—Entonces, ¿por qué sospecha algo?

—Como ha dicho es un marine curtido —Tom se encogió de hombros—. No es fácil engañarlo.

—Ya, pero esta fiesta no es por su cumpleaños. Ni siquiera está cerca —

puntualizó Kate.

—Efectivamente —corroboró Tom.

—Bueno, mi pregunta es: ¿quién se ha ido de la lengua?

—Ni idea, abogada. Yo no he sido.

Kate parpadeó para contener unas lágrimas.

—Eh, no irá a darte un ataque hormonal por mí —añadió Tom, asustado.

—¿Qué sabes tú de mis ataques hormonales? —replicó Kate con tono iracundo.

—Nada.

—¿Qué te ha dicho Striker? —Kate se acercó a él.

—Nada —Tom creyó haberlo dicho con rotundidad.

—Júralo por tu honor como marine.

—No puedo contestar porque podría acusarme a mí mismo.

Kate fue hasta la puerta corredera que daba al jardín.

—¿Le has dicho algo a tu hermano sobre mis ataques hormonales? —gritó a Striker.

Al cabo de un segundo, Striker estaba en la habitación.

—¿Qué le has dicho a Kate? —Striker miró fijamente a Tom.

—No lo sé.

—Los hombres siempre os defendéis —Kate se enjugó más lágrimas.

—No parece muy contenta —comentó Tom.

—Brillante deducción... —Striker se volvió hacia su mujer—. Cariño...

—No uses ese tono de voz conmigo —le avisó Kate.

—Sea lo que sea lo que ha dicho mi hermano para hacerte llorar...

—Me ha llamado abogada —Kate tragó saliva.

—El muy canalla —gruñó Striker.

Kate se pasó una mano por la mejilla.

—Es que hace que me acuerde de mi trabajo.

—Pero... —Striker hizo un gesto de sorpresa—. Fuiste tú la que decidiste que querías quedarte en casa para cuidarte y todo eso.

—Ya lo sé —Kate se puso en jarras—. No he dicho que sea lógica. No siempre soy lógica.

—Efectivamente. No tienes por qué ser lógica. ¿Te has enterado? —dijo Striker a Tom.

—Perfectamente —contestó Tom.

—¿Ya podemos dejarnos de dramas y comer? —preguntó Striker.

Kate se echó a reír, como antes se había echado a llorar, y se abalanzó en los brazos de su marido. A Callie se le hizo un nudo en la garganta por la escena de amor y se preguntó qué se sentiría cuando un hombre miraba a alguien con esos ojos.

—¿Siempre hacen lo mismo? —preguntó Callie a Tom en voz baja.

—No —Tom hizo una pausa—. A veces es peor.

—Te he oído —la advirtió Kate—. También he oído a nuestro hijo Sean. Se habrá despertado de la siesta.

—Seguramente haya oído a su madre gritando a su padre —bromeó Striker.

—Nunca haría tal cosa. Deben ser imaginaciones tuyas.

—Tengo testigos —le recordó Striker.

—Yo no sé de qué estás hablando —Tom sacudió la cabeza—. No

he oído ningún grito. ¿Tú, Callie? ¿Has oído algún grito?

Ella negó con la cabeza.

El resto de la cena fue muy divertida y sin contratiempos. Además, la carne estaba deliciosa, como había anunciado Tom. Callie, al ver la relación de Tom con su hermano, se acordó de lo mucho que ella había echado de menos un hermano cuando era joven.

Ella estaba todo el día con niños, pero ésa fue unas de las pocas veces que se preguntó qué se sentiría al tener un hijo, ¿con los ojos y la sonrisa de Tom?

¿Por qué se le habría ocurrido eso? Miró a Tom, que estaba hablando con su hermano. Seguro que era un padre tan bueno como Striker.

Ella cada vez aprendía más cosas de él. Esa noche había aprendido que le gustaba la carne poco hecha y con mucha salsa barbacoa. También se dio cuenta de que él se había levantado para servirse como si tuviera la pierna bien. Había captado cierto gesto de dolor cuando Sean se subió a su regazo, pero fue porque estaba mirándolo muy fijamente. Después de la cena en el restaurante, él nunca había vuelto a hablarle de lo que le había pasado ni de su situación física. Ella se preguntaba qué estaría pasando debajo de esa fachada tan ruda. Era un marine, pero también era un hombre que tendría sentimientos, aunque él lo negara obstinadamente.

A ella le parecía que su guerrero herido luchaba mejor contra los enemigos externos que contra los demonios interiores. ¿Su guerrero herido? Sería mejor que no se olvidara de que Tom no era de nadie.

La semana siguiente pasó volando para Callie. El jueves era el último día de curso y se hacía una fiesta con los niños. Había puestos de perritos calientes, juegos y carreras de sacos, pero la atracción principal era el invitado especial: el capitán Tom Kozlowski con uniforme de gala.

El lunes, todos los alumnos votaron quién querían que fuera su invitado especial. Callie todavía recordaba la cara de sorpresa de Tom cuando se lo comunicó.

—¿Que han hecho qué? —pregunto él con incredulidad.

—Te han votado como el invitado que querían para su día de fiesta.

—¿Por qué?

—Porque les caes bien.

—No conozco a esos niños.

—No habrás pasado mucho tiempo en el colegio, pero has conseguido impresionarlos.

—¿Qué tiene que hacer el invitado especial?

—Dar un pequeño discurso, comer con los niños y marcharse. Antes de que te niegues, te diré que no ocupará más de una hora de tu tiempo.

—¿Por qué sabías que iba a negarme?

—Porque ya conozco la arruga que aparece en medio de tu frente cuando vas a negarte.

—Los marines no arrugan la frente.

—Será cuando ponen la cara de ir a la guerra, pero sí la arrugan cuando van a negarse.

—Tienes mucha imaginación.

—Eso es verdad, pero no tiene nada que ver con esto. Vamos, sólo es una hora y significaría mucho para los niños, sobre todo para tu camarada Quentin.

—Supongo que tendría que ir de uniforme...

—No lo había pensado, pero sería maravilloso. Quiero decir, si no te importa.

—¿Por qué iba a importarme?

Ella se encogió de hombros para no decirle que no sabía si se lo había puesto después de que lo hirieran.

Ella seguía sin saberlo, pero allí estaba él sentado en un banco en medio del patio del colegio. La verdad era que desentonaba con niños en pantalón corto corriendo alrededor y padres hablando en grupos entre ellos. Tom, incluso sentado, tenía un porte militar. Estaba increíblemente guapo con su uniforme inmaculado y Callie no era la única que lo pensaba. La única que no estaba impresionada era una niña llamada Anna.

—Yo voté al payaso Happy —le dijo la niña a Tom.

—Yo te voté a ti —replicó Quentin—. El capitán es un marine que persigue a los malos... y a las malas —añadió mientras miraba a Anna.

—Me ha bajado el azúcar —intervino Adam al sentirse marginado.

—No es verdad —aseguró Anna—. La señorita Murphy dice que tienes el azúcar bien.

Adam esperó a que se fuera Anna y se dirigió a Tom.

—Está rabiosa porque soy un espía y los espías son mejores incluso que los marines.

—A no ser que seas un marine espía —puntualizó Quentin para defender a Tom.

Adam se quedó realmente impresionado.

Callie, que observó la escena con una sonrisa, se sentó junto a Tom cuando los niños se fueron a jugar.

—¿Qué tal lo llevas hasta el momento? Veo que has conseguido evitar que te pintaran las uñas o te hicieran trenzas.

—Quizá hubiera debido ponerme el uniforme de camuflaje y pintarme la cara.

—Estás en terreno amigo.

Eso no pareció tranquilizar a Tom. Unos minutos más tarde, Callie reunió a todos los niños para que él les dijera algo.

—El invitado especial va a dirigirse a vosotros.

Tom se levantó muy solemnemente.

—Portaos bien y obedeced a vuestros profesores.

—¿Y? —le preguntó Callie al ver que se quedaba callado.

—Y nada.

—¿Ya está?

—Afirmativo.

Adam levantó el brazo, pero no esperó a que Callie le diera la palabra.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir: sí —contestó Tom.

—Entonces, ¿por qué no dice sí?

—Es una cosa de los marines —intervino Quentin—. ¿Verdad, capitán?

—Afirmativo.

—Teníamos que haber votado al payaso Happy —se quejó Anna—. Mi hermana de quinto ha escuchado a un bombero.

Nadie insultaba a los marines delante de Tom, ni siquiera una mocosa de cinco años.

—Estoy seguro de que ni el payaso Happy ni un bombero han estado en una selva con monos salvajes que les tiraban cosas.

—Happy tiene un mono —replicó Anna.

—Es un mono de juguete —puntualizó Adam.

—Bueno, os diré una cosa —Tom habló con una voz llena de confianza—. Si alguna vez os encontráis en la selva rodeados de monos que chillan durante toda la noche y no os dejan dormir, no les tiréis cosas.

—Porque sería de mala educación —afirmó Anna.

—Porque volverán a tirároslas a vosotros —aclaró Tom El hielo se había roto y los chicos empezaron a hacerle preguntas.

—¿Las niñas pueden ser marines?

—¿Cuántos años tiene?

—¿Dónde está su mujer?

Callie tuvo que intervenir para decirles que los perritos calientes ya estaban preparados. Los niños salieron corriendo y Callie se sentó al lado de Tom.

—Gracias por todo lo que has hecho. Te debo una.

—Afirmativo.

—Cuando quieras. ¿Una visita a la barbacoa de Jimmy Bob? ¿Galletas caseras?

Tú eliges.

—Tengo que pensarlo un poco.

Callie desde luego pensó en él hasta mucho después de que se fuera. Los niños, y las madres, seguían hablando de Tom.

—Los hombres de uniforme tienen algo —comentó la madre de Adam con un suspiro.

—Sobre todo, ese hombre. Además, esa cicatriz en la mejilla lo hace irresistible.

—Yo diría que ese marine tuyo tiene muy buena crítica. Nunca pensé que fuera a venir —hasta Paula hizo algún comentario.

—Los marines se toman muy en serio sus compromisos —replicó Callie.

—¿Te costó mucho convencerlo?

—Un poco.

—¿Cómo tuviste que animarlo? —Paula arqueó las cejas.

—De ninguna manera, quita esa expresión de la cara y cambia de tema.

—De acuerdo. ¿Puedes creerte que ya ha pasado otro año?

—Es verdad —Callie sonrió—. Hemos sobrevivido otro año. Increíble...

—Increíble.

Callie se fijó en que Quentin estaba sentado con unas tizas de colores y dibujando con algunos compañeros de su curso. Estaba contento y se reía con sus amigos.

Ese día, Callie tuvo que quedarse hasta tarde y cuando llegó a su casa sólo pudo darse una ducha y meterse en la cama.

Al día siguiente, Callie recogió todo lo que quedaba en la clase y terminó el papeleo de los alumnos para dárselo a Paula. El vacío le dejó un sabor agridulce.

Había sido un curso especialmente satisfactorio. Callie cerró la clase y le dio la llave al director antes de recibir su cheque. Otro curso había terminado.

Había pasado una semana y Tom no podía creerse que Callie no hubiera hecho nada por ponerse en contacto con él. Cuando ella lo invitó a ir al colegio, él había pensado que era un primer paso porque ella quería estar más tiempo con él.

Algo muy arrogante si se tenía en cuenta su estado. Además, no era lógico que él se quejara porque ella se mantuviera al margen. Callie le había oído decirle a Kate que si él quería una mujer, se la buscaría.

Sin embargo, él no estaba interesado por otra mujer. Se pasaba el día en la cabaña haciendo los ejercicios de recuperación y pensando en qué estaría haciendo ella. Ya no había colegio. ¿Adonde iba todas las mañanas después de hacer tai chi? ¿Por qué le importaba a él?

La noche anterior había vuelto a tener la pesadilla. Volvió a vivir la emboscada a cámara lenta. Se incorporó de un salto y tardó en darse cuenta de que los estruendos eran truenos y no explosiones. Salió al porche para tomar el aire fresco y se quedó absorto con la tormenta. Hasta que un rayo lo cegó por un instante. Tom se asomó para mirar hacia la cabaña de Callie y comprobó que el árbol que daba sombra a la parte trasera de la cabaña se había partido en dos y había caído sobre el tejado. Echó a correr hacia la cabaña de Callie, soltando juramentos porque la pierna no le permitía correr todo lo deprisa que él quería. La puerta estaba abierta. Tom entró sin llamar.

—¡Callie! ¿Estás bien?

—No dejes que se escape el gato —contestó ella.

Tom farfulló algo para sí mismo y cerró la puerta.

—Hay un árbol en mi dormitorio —le explicó Callie, que llevaba una camiseta de baloncesto—. Bueno, sólo es una rama. Ha roto la ventana y hay cristales por todos lados. Estás descalzo, será mejor que no entres —ella le pasó la luz de la linterna de los pies a la cabeza.

—¿Por qué las profesoras tenéis la manía de dar órdenes a todo el mundo?

—¿Por qué a los marines os molesta tanto que os den una orden?

—Es mi trabajo.

—También es el mío.

—No puedes quedarte aquí esta noche. Será mejor que vengas a mi cabaña.

—Ni hablar.

—Acabas de decir que hay un árbol en tu cuarto... —el rechazo de ella sorprendió a Tom.

—Una rama —le corrigió ella—. Una ventana rota y es posible que un agujero en el techo. Pero no pasa nada.

—Claro que pasa algo. Vas a venirte a mi cabaña —afirmó él tajantemente.

—No pienso —replicó ella con la misma contundencia.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que luego me acuses de haber tramado todo esto como una maniobra de casamentera. No quiero que vuelvas a reprochármelo.

—Callie, creo que podrías mover montañas, pero no creo que puedas dirigir los rayos.

Ella sacudió obstinadamente la cabeza.
—Tienes mi palabra de marine de que no te acusaré de nada.
Ella siguió en silencio y Tom decidió jugar todas sus bazas.
—Bob también puede venir.

Capítulo 9

TOM oyó unos golpes a la mañana siguiente. Al principio pensó que estarían reparando la cabaña de Callie, pero se dio cuenta de que los ruidos llegaban de su puerta.

Se puso unos pantalones de faena, abrió la puerta del dormitorio y se encontró con Callie, que se había puesto una camisa de él. Estaba maravillosa.

—Alguien está llamando a la puerta —comentó ella.

—No me digas...

—¡Thomas! —exclamó una voz de mujer.

—Es mi abuela —gruñó Tom.

—Espera, no abras todavía —le pidió ella.

Sin embargo, ya era tarde. Wanda Kozlowski estaba en el porche. No llegaba al metro sesenta, pero tenía una sonrisa y una personalidad arrebatadoras. Aunque en ese momento no estaba sonriendo. La mujer que estaba a su lado era igual de menuda y tenía la misma personalidad.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Tex.

—También es tu abuela —comunicó Tom a Callie, que tenía los ojos fuera de las órbitas.

—¿Estás viviendo con una mujer sin estar casados? —preguntó Wanda con tono de censura.

—Eres un malnacido —exclamó Tex llena de furia.

—Thomas es hijo de un marine —Wanda se volvió hacia Tex—. ¿Quién es usted para insultarlo?

—Soy la abuela de Callie.

—¿Es la abuela de esa caradura? Evidentemente, se ha aprovechado de mi nieto porque está herido.

—¿Está loca?

—No, soy Wanda.

—Está como una cabra si piensa que mi nieta tiene algo que ver con esta situación. Ella es profesora de jardín de infancia —Tex miró a Tom con una mirada asesina—. Será mejor que siga virgen o va a pagarlo muy caro, don marine todopoderoso.

—¡Abuela! —Callie quería que se la tragara la tierra,

—Es capitán marine todopoderoso —aclaró Tom con sorna.

—No es momento de hacer bromas —Callie dio un cachete a Tom en el hombro.

—Le parece gracioso, ¿verdad? —Tex se acercó a él amenazadoramente.

Wanda se interpuso en su camino.

—No amenace a mi pobre Thomas. Lo han herido por luchar por

su país.

—Eso no lo autoriza a seducir a mi nieta —replicó Tex.

—No parece que a ella le importe llevar la camisa de él, de modo que me parece que es ella quien lo ha seducido a él. A lo mejor está buscando su dinero.

—Basta, busha... —le avisó Tom.

—Creía que se llamaba Wanda —comentó Tex con recelo.

—Me llamo Wanda Kozlowski. Busha es la palabra polaca para abuela.

—Polaca... Me había parecido que tenía un acento raro —dijo Tex.

—¿Yo? Hablo perfectamente inglés. Usted sí que tiene un acento raro.

—Usted está en Texas —Tex la miró fijamente—. Será mejor que se acostumbre.

—¿Que me acostumbre a que una mujer acuse a mi nieto de hacer indecencias?

—No ha pasado ninguna indecencia —intervino Tom—. Callie, explícaselo.

—No ha pasado ninguna indecencia —repitió Callie—. Iré a vestirme...

—¿Vas a perderte el final del espectáculo? —le preguntó Tom.

Callie volvió a darle un cachete.

—No vas a ir a ningún lado hasta que me expliques qué haces aquí con esa camisa —aseguró Tex.

—Efectivamente, a mí también me gustaría saberlo —añadió Wanda.

—Hubo una tormenta espantosa anoche y un árbol cayó sobre el tejado de mi cabaña.

—¿La tormenta también se llevó su ropa? —le preguntó Wanda.

—No, claro que no —Callie se sonrojó—, pero la lluvia entró en el armario donde guardo la ropa. Tom me dejó anoche esta camisa para dormir.

—¿No podría haberte dejado algo que te tapara un poco más? —le preguntó Tex.

—Soy mucho más pequeña que él y nada me servía —contestó Callie.

—¿Dónde has dormido?

—En el cuarto de invitados —Callie señaló hacia el dormitorio.

—No me habías dicho que tenías un perro faldero, Thomas.

—No es un perro faldero —se quejó Tom.

—A mí también me lo parece —intervino Tex—. ¿Qué está haciendo? Parece como si lloriqueara.

—Está ladrando —replicó Tom—. En voz baja.

—A mí me parece que lloriquea. Un perro faldero y un poco nenaza, ¿no? —

insistió Tex.

—No insulte al perro de mi nieto. Al menos no está obeso, como ese animal.

Wanda señaló a Bob, que se frotaba contra los tobillos desnudos de Callie.

Tom intervino antes de que Callie explotara por el insulto a su gato.

—Muy bien, señoras, hagamos una tregua, ¿de acuerdo?

—Antes, un gallo pondrá huevos —contestó Tex.

—¿Qué forma tan rara de hablar es ésa? —preguntó Wanda.

—Es un dicho tejano.

—Los dichos polacos son mucho mejores. Dios me ha dado un sable para no usarlo.

—¿Está amenazando a mi nieta con un sable? ¿No querrá tener algún conflicto con una tejana o con Tex Murphy?

—¿Quién es Tex Murphy? —Wanda frunció el ceño.

—Yo —Tex golpeó a Wanda con el dedo en el pecho.

—Es un nombre de hombre...

—Señoras —Tom las interrumpió—. Si me hicieran un poco de caso...

—¿Ha visto lo educado que es? —gruñó Wanda—. Mi nieto tiene modales.

—¿Llama modales a seducir a mi nieta?

—Es guapo, rico y polaco. Las chicas se lo rifan.

—A mí me parece un cabeza de chorlito.

—¡Tiene una cabeza perfecta! —estalló Wanda.

—Cabeza de chorlito es una forma de llamar a los marines —aseguró Tom.

—¿Otra de esas cosas raras que dicen los téjanos? —preguntó Wanda.

—No. La verdad es que eso no es culpa de los tejanos —contestó Tom.

—Me imaginaba que sabría algo de las cabezas de chorlito si tiene tantas en su familia —le dijo Tex a Wanda con tono desafiante.

—¿Qué están haciendo las dos a estas horas de la mañana? —intervino Tom.

—Son casi las ocho y media —Wanda frunció el ceño—. ¿Te parece pronto?

—Y había venido a ver cómo estaba mi nieta —contestó Tex—.

Creo que he hecho bien.

—No necesito que vengas a ver cómo estoy —replicó Callie.

—Es un LAA —Tex señaló a Tom con el dedo.

—¡No! —Callie defendió a Tom—. Está de baja por enfermedad.

—LAA —insistió Tex—. Un lobo al acecho.

—¡Mi Thomas no es un lobo! —exclamó Wanda.

—Mi Callie no es una caradura —replicó Tex con la misma energía.

—Señoras... —Tom extendió los brazos como si fuera a separarlas —. Esto no lleva a ninguna parte.

—¿Adonde quiere ir? —preguntó Tex—. Quiere volver al dormitorio para mancillar la reputación de mi nieta.

—¿Mancillar? —Tom arqueó una ceja.

—¿Está riéndose de mi vocabulario? —Tex lo miró con los ojos entrecerrados.

—Ni se me pasaría por la cabeza.

—A mí, sí —apostilló Wanda.

—¿Cómo has venido, busha? —le preguntó Tom sin venir a cuento.

—Kate mandó a un empleado del rancho para que fuera a recogerme.

En ese instante, sonó el móvil de Tom. Era Kate.

—Tu abuela está de camino hacia aquí.

—A buenas horas... Ya está aquí. Te llamaré luego.

Tom se volvió hacia las dos abuelas, que se miraban como si estuvieran en un duelo.

—¿Por dónde íbamos, señoras?

—Tengo que hablar con mi nieta en privado —contestó Tex.

Las dos mujeres entraron al cuarto de invitados y cerraron la puerta.

—¿No vas a darle un abrazo a tu busha?

—Claro.

A Tom siempre le sorprendía la fuerza de esa mujer, a pesar de su tamaño.

Además, tenía unos ojos azules que podían ver en lo más recóndito de uno.

—¿Qué está pasando, Thomas?

—Nada. ¿No oíste la tormenta de anoche?

—No oí nada, estaba profundamente dormida.

—Estoy seguro de que Kate sí la oyó.

—No quiero hablar de la tormenta. Quiero hablar de esa chica.

—Tex es la secretaria ejecutiva de Striker y Callie es su nieta.

—Hasta ahí ya lo había captado. ¿Qué tienes con Callie?

—Nada.
—Hay mucha afinidad entre vosotros. ¿Crees que estoy ciega?
—Te lo estás imaginando.
—No.
—Llevas una camiseta muy bonita —Tom señaló la colorista camiseta de su abuela.
—Ya lo sé, pero no cambies de conversación.
—Ni se me pasaría por…
—Sí se te pasaría —Wanda lo miró un instante—. Está bien. Por ahora dejaré que tengas tus secretos. Volveremos a hablar pronto, cuando tengamos más intimidad.
Tex estaba saliendo del cuarto de invitados.
—Voy a sacar la ropa de Callie de la secadora —dijo Tex como si los estuviera retando.
—Está en la cocina —le explicó Tom.
Tex estaba volviendo con los brazos llenos de ropa cuando Striker apareció por la puerta, que seguía abierta.
—Te has perdido todo un espectáculo —le dijo Tom.
—Tex me ha llamado y me ha dicho que la cabaña sufrió algunos daños anoche.
—No puede verse desde delante, pero he mirado por la ventana del cuarto de invitados y he visto la enorme rama del árbol —explicó ella.
—Iré a comprobarlo —dijo Striker.
Se necesitó casi una hora para que todo el mundo se fuera. Striker se llevó a Wanda y Tex se fue echando pestes porque su nieta no la acompañaba.
—Podrías dormir en el sofá —le dijo Tex a Callie.
—Abuela, eres alérgica a los gatos.
—Podrías dejarlo aquí.
—Será muy poco tiempo. Sólo el fin de semana. Ya has oído a Striker. Los dormitorios de la casa principal están llenos con su abuela y los demás visitantes.
—No me obligues a que vaya a por ti —Tex miró a Tom con unos ojos fríos como el hielo.
—Abuela… —Callie rodeó el hombro de su abuela con el brazo y la acompañó fuera—. Te veré esta tarde —le dijo en voz baja por si Striker seguía por allí—. No te preocupes por nada. Estoy completamente segura aquí.
Cuando Tex se fue, Tom se volvió hacia Callie. Los dos se habían vestido por fin. Ella llevaba unos vaqueros y una camisa blanca y tenía el pelo suelto sobre los hombros.
—Otra cosa que tenemos en común —comentó Callie con una

sonrisa—. Dos abuelas de armas tomar.

—Con acentos muy peculiares.

—Y orgullosas de sus orígenes.

—Parecía un duelo al sol.

—Sí, como una especie de duelo... —Callie se rió.

—Nada de como una especie de duelo, yo creía que Tex iba a desenfundar la pistola...

—Mi abuela no es violenta.

—Claro... Supongo que lo que dijo de cortarme cierta parte de mi cuerpo si te tocaba era una broma...

—No, eso lo decía en serio.

—Vaya, gracias... —Tom hizo un gesto de dolor.

—Tiene algunos principios muy fuertes.

—No bromea.

—Tu abuela parece igual.

—¿Cómo? ¿Enloquecida?

—No, anticuada. Te defendió con uñas y dientes.

—Los polacos son apasionados.

—Como los téjanos.

—Ya estoy dándome cuenta...

—Me parece que la mezcla de los dos podría ser explosiva —Callie hizo una mueca al darse cuenta de que sus palabras podrían ofender a alguien que estaba herido por una explosión—. Perdona, quería decir...

—Ya sé qué querías decir y estoy de acuerdo. Dos personalidades tan fuertes sería como mezclar el agua y el aceite.

—Yo no tengo una personalidad tan fuerte como mi abuela.

—Eres pelirroja.

—¿Y qué? —Callie se apartó un mechón de la cara—. Eso es un tópico.

—También lo es pensar que los ricos son arrogantes.

—Tengo mis motivos.

—¿Cuáles?

—Unos que no voy a decir ahora mismo. ¿Hacemos el desayuno?

Callie se puso manos a la obra en la cocina y Tom se quedó pensando qué ocultaba. ¿Le habría hecho algo algún hombre rico? Su abuela había dicho que era virgen, pero eso no tenía que ser verdad. ¿Le habría robado su virginidad algún rico sinvergüenza? Tom apretó los puños.

—Atención —pidió Kate al grupo de gente que estaba en el salón —. Silencio, creo que ya están llegando.

—¡Sorpresa! —gritó todo el mundo al cabo de un segundo.

El único sorprendido fue Stan Kozlowski, el padre de Tom y Striker.

—Os habéis equivocado de Kozlowski —dijo la madre de Tom con una sonrisa.

—¿Qué hacíais ahí fuera? Todo el mundo tiene que estar dentro hasta que vengan. No importa —Kate se dirigió al grupo—. Necesitamos a un vigía en la puerta. Tony... —Kate señaló a un empleado veterano del rancho—. Quédate en la puerta y avísanos cuando vengan Striker y Wanda.

Callie estaba impresionada de que Kate hubiera preparado todo aquello. El cuarto estaba lleno de familiares, de Kate y de Striker, y de amigos.

—Ha sido una buena idea hacer que Wanda se empeñara en que Striker la llevara a Álamo —le comentó Callie.

—La verdad es que ha sido idea de Tom —le contestó Kate.

—¿De verdad? —Callie miró a Tom, que estaba hablando con sus padres.

Era evidente el parecido de Tom con su padre. Ella no había podido hablar todavía con los padres de Tom porque Tex la había acaparado desde que llegaron al rancho.

—Sí. No habría podido hacer todo esto sin su ayuda, a pesar de que gruñera todo el rato. Ahí viene Tony.

—Striker acaba de llegar —anunció Tony.

—Muy bien —Kate agitó las manos—. Todos a sus puestos.

—Me muero de hambre —se oyó que decía Striker en el vestíbulo.

—Te haré unas de mis kolachkis especiales —le prometió Wanda.

Striker entró en la habitación.

—¡Sorpresa! —volvió a gritar todo el mundo.

Callie no supo si Striker se sorprendió sinceramente, pero si no su representación fue muy buena.

—¡Justice! —Striker pareció sinceramente sorprendido de ver a su amigo—.

No sabía que vendrías. No sabía que ninguno fuera a venir —corrigió él al ver la mirada de Kate.

Justice, un hombre, al parecer de pocas palabras, dio un fuerte abrazo a Striker.

—¡Os presento a Justice! —exclamó Striker—. Un viejo colega y amigo de los marines.

—¡Qué es eso de llamarme viejo! —bramó Justice.

—También os presento a su mujer Kelly —siguió Striker con una sonrisa.

—Y nuestra hija Natalie —añadió Kelly.

Tom se fijó en que Callie se mantenía un poco al margen como si no se atreviera a unirse al grupo. Eso le sorprendió porque siempre había pensado que ella era una mujer segura de sí misma. Aparte los padres de Kate, que irradiaban abolengo, la mayoría de las personas que estaban allí no eran ricas. Tom vio que Callie salía al patio y la siguió.

—¿Qué tal te lo estás pasando? —le preguntó Tom.

—No te había visto —Callie pareció asustarse.

—No has contestado a mi pregunta.

—Muy bien, claro. La comida es deliciosa.

—Las costillas no son tan buenas como las de Jim Bob —puntualizó Tom con una sonrisa.

—No —Callie también sonrió—, pero están muy buenas.

—¿Quieres darte un baño? —le preguntó Tom al ver que ella miraba la piscina.

—Imposible, no me he traído el traje de baño.

—¿Se ha recuperado tu abuela de saber que vivimos juntos?

—No vuelvas a decir nada que la moleste —le avisó Callie.

—¿Yo...? —Tom se llevó la mano al pecho—. ¿Por qué iba a hacer semejante cosa?

—Sí, tú. Te has reído de ella.

—¿Cuándo?

—Mancillar...

—Tienes que reconocer que es una palabra que ya no se oye —Tom sonrió.

—Eso no quiere decir que no se mancille mucho detrás de las puertas cerradas.

Lo miró a los ojos. La idea de estar con ella detrás de unas puertas cerradas lo alteraba. Ella llevaba un vestido floreado y el pelo recogido en la nuca. Su aspecto inocente hacía que la deseara más todavía.

—Tom, ¿tienes un minuto? —le preguntó Justice.

Tom dejó de mirar a Callie, y el marine, no el hombre, recuperó el control.

—Afirmativo —contestó Tom.

—Será mejor que vuelva dentro —susurró Callie mientras dejaba a los dos hombres solos.

—¿Qué tal va la rehabilitación? —le preguntó Justice.

—Bien.

—Entendido. Es lo mismo que decía yo cuando no quería hablar de mi estado.

No sé si Striker te ha contado mi historia.

Tom sabía que Justice se había quedado en la casa de la playa de Striker cuando tuvo una lesión.

—Me contó que tuviste una lesión en el hombro.

—No fue en el campo de batalla. Estaba de permiso. Hubo un accidente de coche y yo… bueno, los detalles no tienen importancia.

—Sí tienen importancia —intervino la mujer de Justice—. Salvó la vida a un niño.

—A costa de mi futuro como marine…

—¿Qué hiciste? —le preguntó Tom.

—Volverme loca siempre que podía —contestó Kelly.

—Es fisioterapeuta —explicó Justice—. Acabé dándome cuenta de que alguien allí arriba tenía planes para mí, y no me refiero al Pentágono.

—Entiendo —Tom asintió con la cabeza.

—Todavía había formas de ayudar a los marines. Doy clases a aspirantes a marines —Justice hizo una pausa, pero Tom no dijo nada —. Es decir, tienes que estar abierto a cualquier posibilidad porque las condiciones cambian, pero el objetivo es el mismo.

—Entiendo —dijo Tom.

Sin embargo, algo en su interior se rebelaba ante la idea de no volver al servicio activo.

No estaba dispuesto a aceptar algo que no fuera volver al cien por cien y por eso seguía esforzándose con la rehabilitación.

Callie observó la conversación de Tom y se preguntó de qué estarían hablando que estaban tan serios.

—¿Te he pedido disculpas? —le preguntó Kate.

Callie, abochornada de que la hubiera pillado mirando a Tom, se volvió hacia ella.

—¿Disculpas? ¿Por qué?

—Por el ataque hormonal que me dio cuando viniste a cenar.

—No tienes que disculparte.

—¿Se ha disculpado Tom por lo que dijo ese día?

Callie asintió con la cabeza.

—Me imaginé que lo haría. Es muy bueno. Parece brusco, pero creo que es para protegerse, sobre todo después de la emboscada. Casi lo matan.

Callie se frotó los brazos al sentir un escalofrío.

—Eso le cambió —siguió Kate—. Y a quién no… Tom ha donado bastante dinero a fundaciones caritativas y asegura que está cansado de que las mujeres lo persigan por su dinero, como si eso fuera lo único que ven las mujeres. Ya he intentado explicárselo, pero no quiere escuchar a su cuñada.

Callie asintió con la cabeza.

Otro invitado llamó a Kate, pero Wanda ocupó su lugar. Pese al recelo inicial de la mujer, saludó a Callie con una sonrisa muy franca.

—Espero que no estés enfadada porque pensara que había seducido a mi Thomas.

—No.

—Ni porque llamara gordo a tu gato.

—Eso me ha costado más perdonarlo —comentó Callie con una sonrisa.

—Vaya, tienes sentido del humor —Wanda le dio una palmada en el hombro

—. Eso está muy bien. Vas a necesitarlo para lidiar con Thomas.

—Ya me he dado cuenta —Callie cayó en la cuenta de que se podía interpretar mal lo que había dicho—. Aunque sólo somos amigos.

—Eso también está muy bien —Wanda asintió con la cabeza—. Está muy bien ser amigo de la persona que amas.

—No lo ha entendido.

—Ah, todavía no está preparada para aceptarlo. No pasa nada, a veces se tarda un poco. Eso mismo le pasó a Chloe. Es la mujer del hermano gemelo de Thomas. También era vecina mía, ¿lo sabías?

—No, no lo sabía —Callie sabía que Wanda hacía de casamentera de sus nietos—. Mire, Tom le dijo claramente a Kate que no quería que hiciera de casamentera, que si él quería una mujer, se la buscaría.

—Pero no lo ha hecho todavía. En cambio, está viviendo contigo.

—En realidad, yo estoy viviendo con él y es algo provisional.

—He visto cómo te mira y cómo lo miras.

Callie no supo qué decir y señaló hacia la mesa del bufé para cambiar de tema.

—¿Ha probado la ensalada de mango y col?

—La he puesto para que Striker se acordara de nuestra primera cita —

comentó Kate.

—No soy muy aficionado a la ensalada de mango y col —afirmó inmediatamente Striker—. Es como dos mofetas apareándose.

—Yo no puedo acostumbrarme a esos dichos tan raros —Wanda sacudió la cabeza.

—Tú siempre nos enseñabas dichos polacos cuando éramos pequeños —le recordó Striker.

—Claro. Venís de una estirpe orgullosa y los dichos polacos están bien. Por cierto, hablando de mofetas apareándose, no veo el atractivo que tiene.

—No me acostumbro a que mi busha hable de sexo —Striker hizo

una mueca.

—¿No te ha dicho tu padre que hago algo más que hablar?

Striker se atragantó y Tom fue a darle una palmada en la espalda.

—No hacía falta que me dieras tan fuerte —Striker miró fijamente a su hermano.

—Cómo que no. He oído decir que al hacerte viejo te dan esos ataques.

—Tu abuela le ha dicho una cosa que lo ha impresionado —explicó Kate.

—¿Qué has dicho, busha? —le preguntó Tom.

—No lo repitas —le ordenó Striker.

Wanda lo señaló con el dedo.

—Eres como tu padre y tus hermanos. Todos se andan con remilgos cuando menciono el sexo. Creía que ya sabíais que tengo relaciones con Patrick O'Hara.

—¿Tienes relaciones? —le preguntó Striker sin salir de su asombro.

—Bueno, a mi edad es un poco ridículo decir novio.

—¿Los dos estáis... saliendo? —le preguntó Tom

—Hacemos algo más que eso —Wanda soltó una carcajada.

—Ya está bien —Striker levantó las manos como si así pudiera borrar las palabras.

—En ese caso, busha, no tenías motivo para reñirme cuando pensaste que yo estaba viviendo con Callie —le reprochó Tom.

—Tú eres joven y deberías casarte.

—También deberías hacerlo tú —replicó Tom.

—Es lo mismo que me dijo Patrick cuando me lo pidió —dijo Wanda con una sonrisa.

—¿Te ha pedido que te cases con él? —le preguntó Tom.

—Le dije que lo pensaría mientras estaba aquí. Va a venir a visitarme la semana que viene.

—¿Qué opina papá de todo esto?

—Tu padre no dice nada —Wanda se rió—, pero tu madre se alegra por mí.

Callie volvió a maravillarse por el amor que se desprendía del trato entre los Kozlowski.

Unos minutos más tarde, Callie llevó a Tex a una esquina discreta.

—Wanda está pensando en casarse otra vez. Su marido falleció hace unos años. ¿Tú te has planteado alguna vez volver a casarte?

—No. Aprecio mi independencia.

—¿Y papá? ¿Sabes si alguna vez pensó en casarse otra vez?

—Tu madre fue al amor de su vida. Él lo sabía y no se conformaría con menos.

—¿Realmente crees que sólo hay una persona destinada a uno?

—Sólo hay un amor de tu vida, un alma gemela.

Callie intentó no mirar a Tom cuando hizo la pregunta que le abrasaba en la boca.

—¿Cómo sabes que la has encontrado?

—Sencillamente, lo sabes.

—Entonces, ¿cuando conociste al abuelo sabías que él era el único?

—Al principio no estaba segura, pero la certeza creció muy deprisa. ¿Por qué lo preguntas? ¿No estarás pensando en atarte?

—Es por lo que ha dicho Wanda de casarse.

—No me he olvidado de que te llamó caradura. Yo lucharé para proteger a mi familia.

—Ya lo sé —Callie abrazó a su abuela—, pero no hace falta. Tom es tan íntegro como su hermano y yo sé que tienes un gran concepto de Striker.

—Que él no te oiga decir eso —susurró Tex.

—¿Decir qué? —preguntó Striker.

—Tienes oídos en el cogote —farfulló Tex.

—Como le dije a Kate, es difícil que se le escape algo a un ex marine.

—Que todavía no sabe usar un fax —añadió Tex.

—Delego ciertas responsabilidades en mi equipo.

—Habla de mí —le dijo Tex a Callie antes de volver a dirigirse a Striker—.

¿Me das tu palabra de que la reputación de mi nieta está a salvo con tu hermano?

—Es una pregunta que debería hacerme a mí —intervino Tom que se había acercado al grupo—, no a mi hermano.

—Muy bien —Tex se volvió hacia Tom—. Entonces, se lo pregunto a usted.

—Sí, tiene mi palabra —replicó Tom inmediatamente.

—De marine.

—Sí, de marine.

—Bien, me alegro de oírlo.

—¡Yo no! —exclamó Callie.

Callie vio las miradas de sorpresa de todos y se dio cuenta de que podrían haberla interpretado mal.

—No quiero decir que yo quiera... quiero decir que soy adulta y que es asunto mío.

La mirada de Callie se encontró con la de Tom y ella se preguntó si las almas gemelas eran un producto de la imaginación o estaba viendo al hombre de su vida.

Capítulo 10

ERA SÁBADO, habían pasado treinta y cuatro horas y Callie seguía en su casa. Tenía que mantener el dominio de sí mismo y eso era algo casi imposible, cada vez que veía a Callie quería besarla. Estaba volviéndolo loco aunque ella no se lo propusiera. Prefería no imaginarse que se lo propusiera... Callie estaba vedada, aunque estuviera maravillosa cuando la veía a primera hora de la mañana. Sin embargo, ella se merecía más de lo que él podía ofrecerle.

Tom se concentró en el material para los ejercicios de rehabilitación que tenía en un rincón de la cabaña. Callie no había hecho ningún comentario y él se lo agradecía. Tom hacía los ejercicios mientras ella hacía tai chi. Estaba decidido a mantenerse en la mejor forma posible. También pasaba por el hospital para hacer otros ejercicios y luego estaba horas con otros marines heridos para mantenerles la moral alta y seguir sus avances. Lo cual a veces le parecía un fraude, ya que él flaqueaba en lo más profundo de sí mismo.

Aunque nunca permitía que nadie lo notara.

—No puedo creérmelo —comentó Callie.

Tom creyó que se refería a que él ayudara a los demás.

—No puedo creerme lo bien que se llevan Bob y Arf —aclaró Callie.

La noche anterior, Bob se había escapado del cuarto de Callie y había ido a olisquear al perro, que estaba dormido, y se había tumbado a su lado para asearse.

—Pensé que se llevarían como el perro y el gato —dijo Tom.

—Yo también. Supongo que no deberíamos sacar conclusiones tan precipitadas.

—Era una conclusión basada en situaciones previas —puntualizó Tom.

—Las cosas cambian.

—Quizá aquel rayo cambiara la personalidad de Bob.

El gato lanzó una mirada fulminante a Tom desde la otra punta del cuarto.

—Ese gato tuyo es aterrador —afirmó Tom—. Parece como si supiera lo que digo.

—Es muy listo —confirmó Callie—. Me lo quedé de un albergue para animales abandonados cuando era un gatito y ha crecido un poco.

—Un mucho, diría yo.

Bob volvió a lanzarle una mirada asesina para que no se metiera con su peso.

—Creo que voy a ir a lavar el coche —comentó Callie mientras se recogía el pelo.

Tom aguantó quince minutos antes de ceder a la tentación de salir al porche para mirarla. En teoría, estaba haciendo pesas, pero no quitaba ojo de Callie. Arf se tumbó a su lado y se durmió con gesto soñador. ¿En qué soñarían los perros? ¿En qué soñaría Callie? Seguramente, en un marido y unos hijos. Ella era de las mujeres que uno se tomaba en serio, no de las mujeres con las que uno tonteaba. La verdad era que él la tomó por otra cosa la primera noche, pero entonces él no estaba en sus cabales.

Si no, él no estaría allí sentado mirándola con sus vaqueros cortados y la camiseta que dejaba al aire parte de su piel cuando ella se estiraba sobre el capó del coche. Además, ella había puesto la radio del coche, pero la había puesto muy baja para no molestar, como si quisiera minimizar su intrusión en el mundo de él, como si eso fuera posible.

Quizá él la deseara. No la necesitaba, porque eso habría significado que era vulnerable y, desde luego, no estaba enamorado de ella porque eso habría sido una estupidez.

Él se había recuperado mucho, pero su futuro seguía en el aire.

Lo mejor era desearla. Eso lo controlaba mejor y un marine siempre controlaba cualquier situación.

Callie percibía la presencia de Tom en el porche. Él llevaba gafas de sol y ella no podía saber si la miraba o no. Sólo podía saber que los músculos de los brazos se tensaban cada vez que levantaban una pesa. Sabía perfectamente lo fuertes, lo protectores y lo seductores que eran aquellos brazos.

Tom llevaba pantalones cortos y la camiseta sin mangas que ella le gustaba tanto. La noche anterior, él había estado pulcro y poderoso. Esa mañana, él estaba sexy, pero también poderoso.

Callie no podía dejar de acordarse de lo que le había contado Kate sobre las donaciones de Tom a instituciones de caridad. Quizá eso significara que ya no era rico. Entonces, si se eliminaba ese obstáculo, ¿qué le impediría enamorarse de él? ¿Lo haría su instinto de supervivencia? ¿Tendría razón Paula cuando le dijo que no quería enamorarse de Tom para no correr el riesgo de que le destrozara el corazón?

El le había dicho que no quería tener una historia con ella y también le había dicho a su cuñada que dejara de intentar emparejarlos. Sin embargo, había algo especial entre los dos. Él no dejaba de mirarla con ojos acariciadores. Seguro que él no se imaginaba la pasión que ella había visto en aquellos ojos. Nadie de su

familia tenía unos ojos parecidos.

Sin embargo, ¿qué temía ella? ¿Temía descubrir que ella no era la mujer que creía ser si dejaba a Tom que se acercara demasiado? Ella fingía tener confianza y dominio de la situación cuando muchas veces sentía todo lo contrario. En una clase llena de niños se sentía en su salsa, pero en una situación como aquélla se sentía como un pez fuera del agua. Afortunadamente, la noche anterior, durante la fiesta sorpresa, toda la familia Kozlowski se desvivió para que ella se sintiera como una más.

Tiró la esponja en el cubo de agua y siguió dándole vueltas a la cabeza mientras aclaraba el coche con la manguera. Tom se acercó y le ofreció un vaso con limonada.

—Gracias —Callie dio un sorbo.

Mientras trabajaba, parte del pelo se le había escapado de la cola de caballo.

Tom le apartó los mechones de la frente y se los puso detrás de las orejas. Lo hizo con delicadeza, pero ella notó una reacción arrebatadora. Tom se había quitado las gafas y ella pudo verle los ojos pero, antes de poder descifrar lo que transmitían, él la sorprendió con una pregunta.

—¿Por qué recelas de los tipos ricos?

—Hay muchos motivos —contestó ella mientras daba un paso atrás.

—Entonces, lo reconoces…

Callie asintió con la cabeza.

—Yo no nací rico ni me críe así, ya lo sabes —explicó Tom.

—Lo sé —ella volvió a asentir con la cabeza.

Tom no insistió. No debería importarle que ella tuviera esos prejuicios. Pero le importaba y era un inconveniente. Que le importara complicaba su promesa de no acercarse a ella. Aunque, desde luego, no iba a ceder a las tentaciones.

La noche anterior había tenido otra pesadilla. Había sido especialmente real.

Al revés que otras veces, había transcurrido en el hospital donde recuperó la consciencia. Tenía tubos conectados por todo el cuerpo, que le abrasaban como si lo hubieran metido en una hormigonera. Estaba a merced de los demás. Era incapaz de valerse por sí mismo.

Tom sintió un sudor frío al acordarse.

Se dio la vuelta y se alejó, obligándose a no darse la vuelta para mirar a Callie.

—¿Está enfadado conmigo? —le preguntó Callie mientras tomaban los espaguetis que ella había preparado para cenar—. Has estado muy

raro desde que me diste el vaso de limonada esta tarde.

—¿Cómo defines «raro»?

—Silencioso.

—Algo perfectamente normal.

Era verdad que Tom nunca había sido hablador, pero solía decir lo que pensaba y le gustaba buscarle las cosquillas. Sin embargo, después de preguntarle qué tenía contra los ricos, él se había retraído, como si estuviera arrepentido de haber mostrado cualquier curiosidad por ella. También era verdad que para ella las miradas largas y silenciosas que le lanzaba decían más que mil palabras. Él no la miraba directamente, pero ella había captado alguna mirada que le había alterado el pulso. Algo perfectamente normal, como diría él. Él sabía llegar a ella sin decir una palabra.

—¿Quieres ver una película en DVD? —le preguntó Tom cuando terminaron de cenar.

Trabajaban juntos en la cocina con una camaradería que ella no se había esperado. La tensión sexual seguía, pero también estaba la cotidianidad de lavar los platos y secarlos.

—Muy bien. ¿Qué película tenías pensada?

—La guerra de las galaxias. Ya que ha sido tan importante en la elección de nuestras profesiones...

A ella le gustó que se acordara de aquella conversación que ya le parecía tan lejana.

Se sentaron en el sofá y Callie se acurrucó. Pusieron el cuenco con palomitas en medio, pero por algún motivo acabó en el regazo de ella. Tom alargó la mano para tomar algunas y le rozó el muslo desnudo. Callie sintió como si la hubiera atravesado el rayo de la noche anterior. Lo miró a los ojos, pero él no apartó la mirada de la televisión. La cercanía hacía difícil resistirse a la tentación. Era maravilloso estar sentada al lado de él. No sólo porque fuera sexy, sino porque hacía que se riera y que pensara.

Acababan de tener una discusión acalorada sobre si Han Solo habría sido un buen marine cuando Tom hizo un comentario.

—Vengo de una familia de triunfadores.

—Ya me he dado cuenta —confirmó ella.

—Me sorprende que no nos conociéramos aquel verano que pasé con mi abuelo.

—Nos cruzamos. Hace mucho tiempo. En un baile.

Ella había tardado en recordarlo, pero ya lo veía claramente.

—¿De verdad? ¿Eras aquella chica tan guapa vestida de azul?

—No.

—¿Estás segura?

—Segurísima. Yo no era guapa.

—Me cuesta creerlo.

—Es verdad. Entonces… yo era distinta.

—¿Qué quieres decir?

Era el momento de la verdad. Una de esas bifurcaciones en el camino donde puedes tomar la senda segura o correr el riesgo de que alguien conozca la verdad.

Callie tragó saliva y se adentró por el camino lleno de baches y de posibilidades.

—En el colegio todo el mundo se metía conmigo. Era horrorosa. Era rara y tímida. Tenía el pelo completamente naranja y era muy pálida. Todo el mundo se reía de mí. Cuando fui a un colegio privado y muy selecto, la cosa fue a peor. Yo tenía una beca y no encajaba con los alumnos ricos. Un día, un grupo de niñas decidió que sería divertido encerrarme en un armario del sótano del colegio. Estuve horas encerrada. Me convencieron al decirme que se sentían culpables por haber sido tan malas otras veces y que querían reconciliarse.

Callie oyó a Tom que maldecía en voz baja, pero no podía dejar de hablar.

—Yo tenía miedo de golpear en la puerta para llamar la atención de alguien. A última hora de la tarde me encontró un portero. Nunca le conté nada a mi familia.

Ellos creían que yo estaba pasándolo muy bien y nunca tuve el coraje de desilusionarlos. Todavía pierdo el control en los espacios pequeños y cerrados. Ya sé que es ridículo.

—No es nada ridículo —le tranquilizó Tom—. ¿Por eso te preocupa tanto el acoso escolar?

Callie asintió con la cabeza.

—Me habría gustado estar allí para darles su merecido —dijo Tom mientras le tomaba la cara entre las manos.

—Es lo que hiciste, de alguna manera, en aquel baile. Llegaste con una chica muy guapa vestida de azul. Algunos chicos estaban riéndose de mí y les dijiste que me dejaran en paz. No te acuerdas, ¿verdad? Para ti no fue gran cosa, pero para mí significó mucho en aquel momento. Yo era un par de años menor que tú. Tex estaba conmigo, pero se había ido a hablar de algo con tu abuelo y no vio lo que pasaba.

Pero tú te diste cuenta y me defendiste. No había hilvanado las cosas hasta ahora.

Quizá fuera la primera vez que…

—La primera vez que, ¿qué?

Callie vio como una revelación que fue la primera vez que se

enamoró de él.

Aunque quizá la primera vez fue cuando él se portó tan bien con Quentin o cuando la besó la primera noche después de confundirla con una bailarina de strip-tease o cuando lo oyó reírse o cuando vio sus ojos…

Lo amaba. Los síntomas habían estado allí siempre, pero ella había tenido miedo de verlos. Al contarle la verdad sobre su pasado se había destapado la caja de sus sentimientos. Le había contado algo que no había contado a nadie.

—¿Estás bien? —le preguntó Tom.

—No lo sé —contestó Callie con voz vacilante.

—Ven… —Tom la tomó entre sus brazos.

Sus cuerpos se juntaron y la pasión se adueñó de la situación. La besó en los labios, al principio con delicadeza y luego con voracidad, las lenguas se buscaron para dar rienda suelta al anhelo que los abrumaba. Ella, sin saber cómo, se encontró tumbada en el sofá con él contra ella. Con una destreza admirable, las manos y labios de Tom la elevaron a un nivel de excitación insoportable. Tom era exquisitamente arrebatador y delicado en extremo. Ella no tenía la experiencia de él, pero un sexto sentido le decía cómo moverse y dónde acariciarlo. Tom susurró su conformidad e introdujo la mano debajo de la camiseta para tomar un pecho antes de soltar el cierre delantero del sujetador.

Los pezones se endurecieron ante la perspectiva de su contacto. Él cerró la mano sobre la cálida y ávida piel, luego, le pasó el pulgar por el extremo rosado. Ella nunca había sentido un placer parecido. Quería estar más cerca de él y, por debajo de la camiseta, le acarició la espalda y los poderosos hombros. Sintió el calor que él desprendía. Detuvo los dedos sobre el borde de los pantalones.

Ella había compartido sus secretos con él y quería compartirlo todo. Lo amaba.

Quería besar sus cicatrices y aliviar sus heridas. Sin embargo, él la abstraía con sus caricias que querían llegar a conocer cada rincón de su cuerpo. Ella notaba que el cuerpo de Tom se tensaba contra ella y hacía que ansiara fundirse con él.

La boca de Tom trazó un sendero de besos eróticos por sus pechos hasta que la lengua se apoderó del pezón. Callie sintió una descarga de placer descontrolado que hizo que se arqueara para estrechar el abrazo abrasador.

Todo alcanzó un nivel de placer superior dominado por los gemidos y las caricias. Ella recorrió la fascinante longitud de su espina dorsal. Él pasó las manos por el interior de los muslos de Callie hasta

llegar al borde de los pantalones cortos.

Su contacto era de una intimidad superior a la tentación. Le esencia de Callie se derretía como la cera al fuego vivo. Ella notó manifiestamente su erección y el deseo la consumió. Había llegado el momento. Otro momento crucial.

Tom levantó la cabeza para volver a besarla y ella le susurró su deseo.

—Hazme el amor.

Él la soltó bruscamente, como si quisiera evitar todo contacto.

Callie, perpleja, se quejó en voz baja y alargó los brazos, como si quisiera reivindicar su derecho a que él la besara.

Entonces, él pronunció la palabra que le destrozó el corazón…

Capítulo 11

NO! Una palabra demoledora. Un mazazo en el corazón.

—Lo siento —Tom se levantó y se quedó delante de la chimenea—. No puedo hacerlo.

—¿Qué quieres decir? —¿sus heridas le impedían hacer el amor?— ¿No puedes físicamente?

—No, puedo perfectamente, pero no voy a hacerlo. Fue un error besarte.

Intentaba consolarte, pero todo se me ha ido de las manos.

—¿Consolarme?

Él asintió con la cabeza.

—Pero me deseabas —Callie no entendía nada.

—Eres una mujer muy hermosa. Cualquier hombre te desearía. Eso no significa nada.

Se disipó cualquier residuo de esperanza que Callie hubiera podido conservar.

La humillación y el dolor eran insoportables. Se sintió como la fracasada que era en su infancia. No tenía una salida digna para ese embrollo y tampoco lo intentó. Se levantó de un salto y se encerró en su dormitorio.

Callie se tumbó en la cama y se tapó la cara con las temblorosas manos. ¿Cómo había podido ser tan tonta? ¿Cuándo aprendería? Se había dicho miles de veces que él no tenía ningún interés en ella y, sin embargo, había insistido en conservar la esperanza.

Las palabras de él le retumbaban en la cabeza. Desearla no significaba nada.

Ella no significaba nada para él.

Como para tener esperanza en los finales felices... No estaban hechos para ella.

Al otro lado de la puerta, Tom se repetía que había hecho lo correcto. Salió de la cabaña para tomar algo de aire y de distancia. Los dos, Callie y él, podrían aclararse algo las ideas. Sin embargo, cuando volvió, se encontró con el dormitorio de Callie vacío.

—¿Qué hiciste? —bramó Striker a la mañana siguiente desde el porche.

Tom lo miró pasmado. La preocupación por Callie no le había dejado dormir.

—No grites a tu hermano —la regañó Wanda mientras entraba en la cabaña—.

No te preocupes, Thomas —Wanda dio pellizco a Tom en la mejilla —. He venido para arreglar las cosas. Hasta he traído unos kolachkis. Haré un poco de café y hablaremos.

—¿Quieres hablar? —Striker entró en la habitación y los hermanos se miraron fijamente—. Esta mañana me ha llamado Tex y me ha amenazado con marcharse porque el majadero de mi hermano ha roto el corazón de su nieta. ¿Qué tienes que decir?

—Nada —gruñó Tom.

—¿Crees que Callie se lo merece?

—No —la voz de Tom era áspera—. Ésa es la cuestión. Callie se merece otra cosa.

—¡Explícate! —Striker lo gritó como una orden.

La reacción de Tom fue mandarlo a un sitio innombrable.

—Chicos —Wanda sacudió la cabeza—. Discutiendo no se arreglará nada.

—No hay nada que arreglar —zanjó Tom secamente.

—Si no os portáis como personas mayores, llamaré a vuestra madre —les amenazó Wanda.

Tom adoraba a su madre, pero no era tonto. Angela Kozlowski parecía una santa, pero tenía un genio muy fuerte. Si se enteraba de aquello, pasarían un mal trago.

—No hace falta —Striker parecía de la misma opinión.

—Me alegro. Ahora, ¿por qué no vas a ver qué tal va la otra cabaña? —le preguntó Wanda.

—Ya fui el otro día —contestó su nieto mayor.

Wanda lo miró como si fuera a atravesarlo y Striker recapacitó.

—De acuerdo, volveré a ver.

Striker se marchó, Wanda dio una palmada Tom en el brazo y lo llevó al sofá.

—Ahora, vamos a hablar, pero antes tómate un kolachki.

Tom se metió uno en la boca y su abuela preparó un café instantáneo.

—Me parece que necesitas esto —ella le pasó una taza—. ¿Has dormido algo esta noche?

—No mucho.

—¿Por qué?

Wanda lo preguntó de una forma que hizo que él contestara como un tonto.

—Porque no hice el amor con Callie.

—¿Por qué no lo hiciste?

Tom parpadeó, atónito.

—Ya sé que te dije que antes deberías casarte —siguió Wanda—, pero no creo que eso fuera lo que te detuviera. ¿Por qué no lo hiciste? Ella te quiere y tú la quieres.

—Ella se merece otra cosa. No a alguien que a lo mejor no es capaz

de tomarla en brazos para cruzar la puerta de su casa. Me dejó una nota en la que me decía que nunca volvería a interesarse por mí.

—Pero te gustaba que ella se interesara por ti.

Tom no dijo nada. No iba a negarlo ni tenía sentido reconocerlo. Lo único importante era Callie y sus sentimientos.

Wanda suspiró y se sentó también en el sofá.

—Hay un dicho polaco que dice que vayas a donde vayas siempre irás contigo. Tienes que estar en paz contigo mismo para encontrar la felicidad.

¿La paz? Tom dudaba que fuera a encontrarla jamás. Tom había rechazado a Callie porque era muy bella, aunque de niña fuera horrorosa. Él, sin embargo, era la bestia, débil y lleno de cicatrices. Ella se merecía algo mejor.

Ella le abrió su corazón, pero él era incapaz de hacer lo mismo. No podía abrirle el corazón y mostrarle cómo se sentía en realidad.

Su formación como marine le había enseñado a seguir adelante en cualquier situación, aunque estuviera destinada al fracaso. Él había seguido adelante para volver a ser el hombre que era, pero no era tonto y sabía que la perseverancia no iba convertirlo, físicamente, en algo mejor que lo que ya era. Darse cuenta de eso había sido un mazazo.

Durante la noche de insomnio comprendió que se había enamorado de Callie la primera vez que la vio, aunque hiciera todo lo posible por evitarlo desde entonces.

Sin embargo, sus sentimientos eran lo de menos. Lo importante era que ella se merecía algo mejor.

—Hay muchos fantasmas dentro de ti —Wanda le tomó la cara entre las arrugadas manos—. Expúlsalos, Thomas. Date cuenta de que vales lo suficiente como para volver estar rebosante de luz. No puedes seguir escondiendo todo eso en tu interior.

Tom apretó la mandíbula sin poder articular palabra.

—Ya he vuelto —anunció Striker desde la puerta.

—Os dejaré solos —Wanda se levantó—. Dame las llaves de tu coche —le ordenó a Striker.

Para asombro de Tom, Striker obedeció.

—¿Vas a dejar que conduzca tu camioneta?

—Creo que va en moto por Chicago —Striker se encogió de hombros.

—Busha es única.

—Desde luego.

Striker agarró una silla y se sentó a horcajadas.

—He pensado un poco ahí fuera y quiero preguntarte una cosa.

¿Qué querías decir cuando dijiste que Callie se merecía otra cosa?

—Que ella se merece algo mejor que yo.

—No va a encontrar algo mejor que tú —afirmó Striker tajantemente.

—Hace un minuto yo era un majadero.

—Eso lo dijo Tex, no yo. Cuéntame qué te pasa.

—Ya no soy el marine de antes —la voz de Tom era áspera—. Ya no soy el hombre de antes. No me digas que hay hombres que están peor que yo. Ya lo sé.

—Cuando caíste en la emboscada, tuviste que hacer lo que menos querías hacer —Striker lo miró con mucho cariño—. Tuviste que volver para luchar. Ahora pasa lo mismo. Tienes que tragarte el miedo y luchar. Eso es ser valiente.

Tom se dio cuenta de que quizá se hubiera dado por vencido en vez de vivir.

Se había puesto a cubierto en vez de dar la cara para luchar.

—Caíste en una emboscada dos veces —siguió Striker—. Primero, con la explosión que te hirió y luego, cuando intentaste amoldarte a las secuelas. Somos marines. No hablamos de estas cosas. No reconocemos nada de eso. Nos cerramos a cualquier conflicto sentimental. Normalmente, todo eso funciona, pero en este caso no hay por dónde agarrarlo. La otra noche estuviste con Justice, antes de que me lo preguntes, quiero que sepas que yo no le dije que hablara contigo, y él también ha lidiado con todos esos fantasmas. El tiene una mujer y una hija que lo adoran. Es verdad que no eres el marine ni el hombre que eras, pero ¿quién dice que no puedas ser alguien mejor? Seguramente no vayas a batir ningún récord de los cien metros lisos, pero tienes cerebro y agallas.

Tom se quedó un tanto perplejo ante esa revelación. Pese a que él se decía que luchaba para volver a ser el de antes, en realidad se lamentaba de lo que había perdido cuando tenía que centrarse en lo que conservaba. Justice tenía razón, todavía podía ser muy útil a los marines. No era ni un hombre ni un marine fracasado.

—Todavía tengo que preguntarte otra cosa —añadió Striker—. ¿Quieres a Callie?

Tom sabía la respuesta desde hacía tiempo. Había intentado convencerse de que la deseaba, pero, como muchos hombres de su familia, se había enamorado de ella a primera vista.

—Afirmativo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto?

—Ya estoy yo aquí para echar una mano —intervino Wanda desde la puerta ante la mirada atónita de sus nietos—. Ese cacharro es

demasiado grande para mí, Striker. Además, te necesitan en casa. Tenías el móvil en el asiento y parece ser que tu mujer está de parto.

Striker desapareció como alma que lleva el diablo.

—¿Quieres ir con él? —le preguntó Tom a Wanda.

—No, tú me necesitas más. Tienes mejor aspecto. Serán los kolachkis, ¿no?

Además de mis consejos...

Tom no pudo evitar una sonrisa. Realmente era muy afortunado.

—Efectivamente, busha.

—Yo busqué la mujer adecuada para tu hermano gemelo, pero no he hecho mucho para ayudarte. Es justo que lo haga cuando más me necesitas.

—Creo que puedo ocuparme solo de todo esto.

—No lo has hecho muy bien por tu cuenta...

Tom tuvo que reconocer que tenía razón.

—Eso significa que la abuela de Callie está llenándote la cabeza de historias sobre lo malo que eres —añadió Wanda.

—No hace falta que Tex haga eso. Callie ya piensa que soy escoria.

—Entonces, tienes bastante tarea por delante.

—Ya lo sé.

—¿Cuál es tu plan?

—Encontrarla.

—¿Y luego? —le preguntó ella con una ceja arqueada.

—Hablar con ella.

—¿Qué vas a decirle?

—No lo sé.

—Respuesta equivocada.

—Yo la he rechazado y yo tengo que encontrarla para arreglar las cosas.

—Efectivamente. Tienes que arreglar las cosas. Puedo ayudarte. Me he enterado de que hoy, a última hora, hay un festival benéfico al aire libre al que irá Callie.

—¿Has hecho el trabajo de espionaje por mí, busha?

—Algunas veces se necesita una mujer que lleve al hombre por la dirección correcta —Wanda sonrió de oreja a oreja.

—¿Eso también es un dicho polaco?

—No, eso lo he aprendido yo sola.

Callie miró su reflejo en el retrovisor. Las gotas que se había echado le habían devuelto el color a los ojos. Ya no parecía una mujer que se había pasado llorando casi toda la noche. La noche anterior, cuando apareció en casa de Tex, ésta los había recibido a ella y a Bob.

—Tengo pastillas contra la alergia, no te preocupes —le dijo su

abuela.

Tex hizo tortitas y le dio una taza de chocolate caliente, aunque en la calle hacía veinticinco grados. Callie seguía abochornada por haberse entregado a Tom para que él la rechazara. Además, se había abierto a él, le había mostrado la Callie verdadera. La Callie que durante años se había sentido una fracasada. Aquella humillación se había disipado bastante. Hasta la noche anterior. Una vez leyó en algún sitio que uno nunca se ve a sí mismo como le ven los demás; que la realidad que hay dentro de la cabeza de uno está formada por imágenes de la juventud y es muy distinta de la realidad que ven los demás. Fuera cual fuera la realidad que había visto Tom, a él no le había interesado.

Tenía que superarlo. No lo haría en un día, pero era una especialista en disimular la amargura y mostrar su cara más alegre. Ya lo hizo durante años en el colegio.

Sonó su teléfono móvil y comprobó que era su padre.

—Hola, cariño —le saludó él con su alegría habitual—. ¿Qué tal estás?

—Muy bien.

—Eso no es lo que dice tu abuela.

—Ya sabes cómo es la abuela.

—Quiere que vaya allí y eche un rapapolvos a ese marine.

—No, no te preocupes por mí.

—No me preocupo, pero me he dado cuenta de que últimamente no te he llamado mucho.

—No pasa nada.

—Sí pasa. He tenido mucho trabajo, pero tú eres lo más importante para mí.

—Ya lo sé.

Callie estuvo tentada de contarle lo mal que lo había pasado en aquel colegio, pero no tenía sentido. Él se habría sentido muy mal por no haberla protegido entonces.

Era agua pasada, a veces seguía obsesionándola, pero había hecho muchos progresos desde aquellos días. Era una profesora muy buena; era alguien con quien se podía contar y tenía grandes amigas como Paula. Sin embargo, conservaba algunas cicatrices. Pero no pasaba nada, mucha gente tenía cicatrices y algunos necesitaban tratamiento durante años y otros se entregaban al alcohol o a las drogas.

Si lo peor que ella había hecho era el ridículo con Tom, la cosa no era tan grave.

Al menos eso se dijo a sí misma antes de colgar el teléfono.

En el festival se iban a subastar una serie de cestas de comida

campestre para recaudar fondos para el programa de alfabetización de la biblioteca que ella apreciaba tanto. Ya había llegado mucha gente.

El parte meteorológico había anunciado un día soleado y caluroso. Ella, como siempre, se había puesto abundante crema protectora y la ropa que llevaba, una vaporosa falda con flores y un top malva sin mangas, era un ejemplo de moral.

El parque estaba lleno de globos y gente de todas las edades. Reconoció a algunos niños del colegio, como Adam y Anna, y a algunos padres. También estaban José y Rosario y otros alumnos del programa de alfabetización.

Soplaba una ligera brisa que refrescaba la cara de Callie. El corazón le dolía, literalmente, pero, por suerte, ya no le quedaban más lágrimas. Sin embargo, lo que menos le apetecía era que le recordaran a cierto marine y, naturalmente, eso fue lo que le deparó el destino.

Primero fueron los niños con las caras pintadas, luego, alguien que llevaba una camiseta de La guerra de las galaxias y un señor que tocaba el acordeón y, para rematarlo, Quentin se le acercó con su madre.

—¿Va a venir el capitán Tom?

—No.

Callie se fijó en la cara abatida de Quentin y comprendió que su respuesta había sido muy cortante.

—No, no puede venir —volvió a decirle con un tono más amable.

—Es una pena —intervino la madre de Quentin—. Le estoy muy agradecida por lo que hizo por mi hijo y quería darle las gracias otra vez. ¿Se las dará la próxima vez que lo vea?

Callie asintió con la cabeza sin dar ninguna explicación.

—¡Eh! —exclamó Paula para saludarla—. ¿Qué tal el verano?

—No me lo preguntes.

—Eso no me suena bien. ¿Algo va mal entre el marine y tú?

Callie se acordó de que la primera vez que habló con Paula de Tom le contó que ella había hecho el ridículo.

—Olvídalo —Callie sonrió y agarró a su amiga del brazo—. Vamos a hablar de la fiesta. Me alegro de que haya venido tanta gente.

—Yo también Ya le he dicho a mi marido que será mejor que puje por mi cesta, si no...

—No creo que necesite amenazas. El ganador no sólo se lleva la cesta, sino que además la come con la mujer que la ha preparado.

Callie acompañó a Paula al mostrador de recepción y entregaron sus cestas.

Al cabo de unos minutos, empezó la subasta. Callie estaba encantada porque muchas cestas alcanzaron precios bastante altos.

Esperaba que la suya saliera pronto.

Estaba nerviosa por saber si alguien pujaría por ella. Todavía conservaba cierta inseguridad.

Por fin, su cesta salió a subasta. Ella salió y se puso junto al subastador.

—El siguiente lote es una preciosa cesta hecha por Callie Murphy.

Su abuela la aclamó a voz en grito desde el fondo de la multitud.

—¿Qué exquisiteces ha puesto en la cesta? —le preguntó el subastador a Callie.

—Pollo frito —que en realidad había hecho Tex—, ensalada de patatas, y galletas de chocolate, todo ello hecho en casa.

—Parece delicioso. Empezaremos la puja con diez dólares.

—Doy diez dólares —exclamó Tex.

—Muy bien. La puja ha empezado con diez dólares. ¿Quién da quince?

—Yo doy quince —dijo una voz masculina.

—Quince dólares, ¿quién da más?

—Quince mil dólares.

Se oyó un murmullo y la multitud se abrió como el mar Rojo para que pasara un marine vestido de gala.

Callie estaba atónita. ¿Qué estaba haciendo? ¿Estaba intentando pagar porque se sentía culpable?

—Señor, ¿ha dicho quince mil dólares? ¿Es ésa su puja?

—Afirmativo.

Tom tenía los ojos clavados en Callie como si quisiera que ella lo mirara. Ella, sin embargo, lo miró fugazmente y luego desvió la mirada. Él llevaba bastón. ¿Se encontraría peor?

—¡Vendida! —el subastador dio un golpe con el mazo como si temiera que Tom fuera a arrepentirse.

—No, yo... —balbució Callie.

Ya no podía hacer nada, no quería retirar le cesta y privar de quince mil dólares al programa de alfabetización. Estaba atrapada, pero no por eso estaba contenta.

Agarró la cesta y se marchó. Tom la siguió. Iba más despacio que ella, pero el gesto de su cara reflejaba decisión.

Ella no sabía qué hacer. Cuando llegaron a una zona relativamente tranquila, Callie dejó la cesta con un golpe encima de una mesa de madera. Luego se volvió hacia él.

—Mira, no sé qué te propones, pero estás más loco que una cabra. Si crees...

—Creo que me he enamorado de una pelirroja arrebatadora y quería decírselo.

Callie se quedó boquiabierta.

—¡Estás como un cencerro!

—Seguramente —concedió Tom.

—¿Es una broma pesada? —Callie lo miró con los ojos entrecerrados.

—Si lo fuera, el burlado sería yo.

—Anoche me echaste.

—Fue la cosa más difícil que he hecho en mi vida.

Parecía serio y cansado y tenía una mirada llena de sentimientos que ella podía adivinar. Antes, su cara sólo le permitía intuir ligeramente lo que le afectaba a él. Era suficiente para hipnotizarla, pero no para compartirlo. En ese momento, por primera vez, ella podía ver el tormento que había pasado. Él había bajado la guardia.

Algo increíble para un hombre como Tom.

Sin embargo, ¿no sería una representación? ¿No querría engatusarla otra vez para volver a darle una patada?

—Tuve que rechazarte por tu bien —siguió Tom—. Te mereces algo mejor. Al menos, eso creía yo. Tienes que entender que siempre me he considerado un marine perfecto. Hasta la emboscada. Entonces, todo cambió. Me sentí incompetente y como si no fuera un hombre. Sin embargo, he comprendido que hay muchos hombres que están peor que yo y que no puedo quejarme. Tenía que habérmelo tragado y seguir adelante, pero ya no sabía ni quién era yo.

Ella quiso abrazarlo, pero todavía sentía el resquemor de su rechazo.

—¿Y ya sabes quién eres?

—Soy un marine. Ya no me muevo tan deprisa, pero sigo luchando por aquello en lo que creo. Y creo en ti y en mí. En nosotros.

—Pero no lo creías anoche...

—Mis sentimientos hacia ti no me importaban. Como ya te he dicho, lo que me importaba era lo que fuera mejor para ti.

—¿Te das cuenta de lo arrogante que es decidir lo que me conviene? —le preguntó ella con ira.

—Intentaba hacer lo correcto. Sólo quería hacerte feliz.

—¿Rechazándome cuando acababa de abrirte mi corazón?

—No, atándote a un hombre que a lo mejor no vuelve a andar normalmente —

replicó él—. Además, había jurado a Tex que no te seduciría.

—No lo hiciste. Lo hice yo, aunque con poco éxito

—Lo conseguiste la primera vez que entraste en mi cabaña.

Callie tenía miedo de creerlo y él se dio cuenta.

—¿Cómo puedo convencerte? —le preguntó Tom.

Un acordeonista los interrumpió con una serenata.

—Estamos intentando mantener una conversación —le dijo Tom abruptamente.

—Me ha mandado su abuela para que les toque algo romántico —replicó el músico.

Callie hizo un gesto de haber encontrado la solución a algo.

—Me has preguntado cómo podías convencerme. Toca el acordeón.

—¿Qué quiere que toque? —le preguntó el acordeonista.

—No usted, él —Callie señaló a Tom—. Me dijiste que sabías tocar el acordeón. Tócalo.

Un pequeño grupo se había reunido a su alrededor.

—Pero Callie...

—Demuéstramelo —Callie lo miró con ojos retadores.

Tom pensó que Callie se merecía alguna compensación por lo de la noche anterior y se ató el acordeón encima del pecho.

—Creo que he perdido algo de práctica... —avisó Tom.

Eso era decir poco. Atacó una especie de polca que parecía el maullido de un gato. El acordeonista puso los ojos en blanco y algunos de los oyentes se taparon las orejas.

—¿Contenta? —le preguntó Tom cuando acabó.

—Podría tomar algunas lecciones —le aconsejó el dueño del acordeón al recuperarlo.

—Efectivamente —corroboró Callie mientras contenía unas lágrimas.

—¿Tan horrible ha sido que te he hecho llorar? —bromeó Tom.

Ella negó con la cabeza.

—Tienes que aprender a dejar de tomar decisiones sobre lo que me conviene.

—Conozco una buena profesora —replicó Tom con una sonrisa de esperanza.

—Yo también. Para empezar, nunca pienses que vas a atarme a alguien que no sea el increíblemente valiente e impresionante hombre que tú eres —le reprendió ella con vehemencia—. ¿Entendido? —Callie le golpeó el pecho con un dedo.

Él le agarró la mano delicadamente y le besó el dorso.

—Sí, señora. Te quiero. Si me dieras otra oportunidad...

Callie le posó en los labios los dedos de la otra mano. Él le había tocado el acordeón y delante de más gente. ¿Qué más podía pedir? Sólo a él. Era lo único que quería.

—Yo también te quiero —declaró ella.

—¿Tanto como para casarte conmigo?

Callie asintió con la cabeza, hecha un mar de lágrimas.

—¡Eh, tú, malnacido! —exclamó Tex mientras se abría paso entre la gente—.

¡Has hecho llorar a mi nieta!

—Le he pedido que fuera mi mujer —se defendió Tom.

—Y yo he aceptado —añadió Callie.

—Vaya, os ha costado... —Tex sonrió abiertamente—. Cualquiera con el seso de un mosquito se habría dado cuenta de que estabais enamorados.

—Estoy de acuerdo —confirmó Wanda mientras se acercaba a ellos —, pero hay más buenas noticias. Kate ha tenido una hija y las dos están muy bien.

—¡Guauuu! —exclamó Tex mientras chocaba los cinco con Wanda.

Las dos abuelas se abrazaron y Tom tomó entre los brazos a Callie.

—¿Estás segura? —le preguntó Tom.

—Primera lección, nunca dudes de lo que dice tu profesora, pero, sí, estoy segura.

—Los téjanos habláis demasiado —susurró Tom antes de besarla.

EPÍLOGO

Dos meses más tarde...

NO HAY nada como un marine que se casa con el traje de gala —afirmó Striker.

—Ya deberías saberlo —replicó Tom—. Llevamos unos cuantos en la familia.

—Yo me fugué —le recordó Steve a su hermano gemelo.

—Empiezo a pensar que ojalá yo también lo hubiera hecho —susurró Tom.

—Muérdete la lengua —intervino su madre—. Todavía no puedo creerme que hayamos reunido a tanta familia con tan poca antelación.

—Está feliz de ver a todos sus hijos —apuntó Striker con una sonrisa.

—Y nietos —añadió Ben con su hija en brazos.

—Sí, y nietos. Es increíble que nuestras mujeres tuvieran las hijas a la vez; en el mismo minuto. Aunque la mía pesó más —puntualizó Striker.

—Un par de gramos —desdeñó Ben.

—Competitivos hasta el final... —su madre suspiró.

—Así que mi boda sólo es una excusa para que os reunáis todos, ¿no? —

preguntó Tom.

—Para mí, sí —respondió Steve—. Por cierto, ¿os he comentado que mi mujer está embarazada?

—La mía también —replicó Rad.

—¿Espera gemelos? —siguió Steve.

—¡No me lo creo!

Steve asintió con la cabeza.

Tom le dio una palmada en el hombro, el equivalente a un efusivo abrazo para un marine. Luego, dio un golpe a Rad para felicitarlo.

—Bueno, ya está bien de hablar de bebés —zanjó Tom—. Tengo que casarme.

Tengo que cumplir esta misión. Steve, ¿tienes el anillo?

—Afirmativo.

—¿Todo el mundo sabe su función? —insistió Tom.

—Hijo, somos marines —le tranquilizó su padre—. La situación está controlada.

—Me espanta perder a mi hijita —le comentó su padre a Callie mientras esperaban a hacer la entrada.

—No vas a perderme. Vas a ganar un hijo. Un marine. Bueno, a toda una familia de marines. Como habrás comprobado, los Kozlowski son como una piña.

—Sí, eso me ha parecido.

Sonaron unos acordes y Callie sonrió al comprobar que era la música de La guerra de las galaxias, aunque pronto se convirtió en la marcha nupcial.

—Te quiero, cariño —le dijo su padre—. ¿Preparada? —le preguntó mientras le daba un beso en la mejilla.

—Preparada —contestó Callie sin vacilar.

La iglesia estaba repleta de personas que eran importantes para Callie y Tom.

Marines, profesores, alumnos y amigos. Sobre todo, familia.

Mientras avanzaban por al pasillo hacia el amor de su vida, Callie comprendió que había encontrado al marine de sus sueños.

Tom, mientras la veía acercarse, comprendió que había encontrado la mujer que necesitaba.

Estaban hechos el uno para el otro.

La ceremonia transcurrió sin contratiempos hasta que llegó el momento decisivo.

—Puede besar a...

Tom no esperó a que terminara la frase y tomó a Callie entre los brazos. Ella se rió ante tanta ansia y le rodeó el cuello con los brazos. La iglesia se llenó de vítores y Tom besó a la novia con una pasión que hizo que todas las mujeres suspiraran y se abanicaran.

Fin